

dice que el nuevo Ministerio admira fervorosamente á Bismarck, y no escribe en francés, y despues de haber traducido Aristóteles, solamente le falta una cosa, comprenderlo. Así, de un hecho reciente se ha derivado una declaración de guerra que comienza por suave modo y concluirá en abierto rompimiento. Con motivo de las amenazas de bombardeo á la ciudad albanesa, cuya posesion trae hoy en litigio porfiado á los montenegrinos y á los turcos, los rojos franceses intentaban celebrar una reunion protestando contra las alianzas de Francia con los reyes y contra los bombardeos de los pueblos por las escuadras.

Habíanse congregado ya centenares de emigrados á las puertas del preferido sitio; habíase anunciado discursos de los primeros oradores communes; habia propuesto un célebre intransigente las fórmulas que debían votarse; pero el Gobierno, temiendo que los amigos de la paz le armaran una guerra y lo comprometieran tristemente con los gabinetes europeos, ha disuelto la manifestacion y ha enviado los manifestantes á sus respectivos domicilios. Triste y precaria libertad la de un pueblo, cuyos ciudadanos, siquiera sean los más exagerados y ardientes, no pueden reunirse ni siquiera para proclamar y sostener el mantenimiento de la paz pública en toda Europa. Pero tal es el destino de los Gobiernos arbitrarios y desconocedores de aquellos derechos naturales que así deben extenderse sobre todos los hombres como se estiende el sol sobre todas las frentes.

Un Gobierno que prohíbe las asociaciones religiosas, y que pone el veto de su arbitrariedad al derecho de asociacion en cualquiera de sus formas, ha de responder ante la conciencia pública y ante el mundo entero, de todo aquello que digan sus vejados súbditos. En Suiza, en América, en la Gran Bretaña, jamás el Gobierno responderá de lo que digan los ciudadanos en los clubs; pero en esa Francia, donde todo se limita por una autoridad arbitraria, todo se condensa sobre esa excesiva autoridad. Y turba por culpa de esta política las pacíficas relaciones internacionales y el pacífico comercio entre los pueblos el último demagogo que quiera pronunciar un discurso más ó ménos violento en el último rincón de un circo de caballos. Mal ha procedido el Gobierno, aunque tuviera por excusa la inmensa gravedad de los asuntos europeos; pero el periódico de la Presidencia, el periódico de la direccion política, el periódico de la mayoría parlamentaria, despues de haber contribuido á nombrar un ministerio, en vez de apoyarlo y robustecerlo, se empeña en combatirlo y matarlo.

Así, los Ministerios se suceden en Francia con una rapidez vertiginosa; las situaciones carecen de autoridad; la presidencia de la república pierde toda iniciativa; y el partido republicano se desgarran en una interior oposicion que, latente hoy, puede estallar mañana en grandes é irreparables antagonismos.

Nada me duele tanto como tener que registrar actos poco favorables al crédito de los partidos radicales en Europa, de esos partidos á quienes pertenezco por mis doctrinas políticas, por mi historia, por mi tradicion, por mi nombre, por todo cuanto soy, por todo cuanto valgo, por todo cuanto represento en el mundo. La política italiana se halla en situacion tal, que no puede salir ni debe salir del régimen parlamentario más ó ménos amplio, sobre cuyas bases ha fundado la obra milagrosa de su unidad y el ejercicio práctico de sus arraigadas libertades. Y como no puede salir del régimen parlamentario, precisa sostener al Ministerio Cairoli, único capaz de ampliar las libertades públicas, de extender el sufragio electoral, de contribuir á la educacion popular, de sostener un movimiento pacífico y ordenado hacia grandes y seguros progresos.

El día que el ministerio radical presidido por Cairoli caiga, quitéselo de la cabeza el partido avanzado, no será él quien le reemplace, no; le reemplazará un ministerio conservador. La política en Italia, tal como están las bases fundamentales de su situacion, no puede ir allende un ministerio Cairoli. La extrema izquierda de la Cámara, sus ilustres representantes, el patriota Bertani, por ejemplo, en su patriotismo, en su honradez, en su amor á la libertad, no se encargaria, no, hoy de un Gobierno del cual no podría responder ante el mundo ni ante la historia.

Por consiguiente, todo lo que hagan los avanzados contra el Gobierno de Cairoli ¡ah! en último término lo hacen contra sí mismos. Y desconociendo esta verdad inconcusa, pululan las sociedades secretas en Bolonia como si estuviéramos bajo el Gobierno de los Papas; caen muertos los Bersaglieri que en 1862 prendieron á Garibaldi en colisiones sangrientas con el pueblo que debía haber olvidado en su presente libertad tales nefastos recuerdos; renuncian los garibaldinos, y á su cabeza Menotti, los puestos parlamentarios y municipales, diciendo que no quieren auxiliar á un Gobierno cómplice de los jesuitas; cae en prision el popular Cándio, yerno de Garibaldi, conmoviendo y agitando profundamente á Génova; preséntase en esta ciudad Garibaldi en persona, venido desde su legendaria isla de Caprera, donde tantos corazones liberales tienen puestos sus más caros afectos, á consolar á su hija, y todo se agita, y la agitacion llega en su grado máximo á tomar el carácter de las grandes perturbaciones.

Digámoslo con dolor, pero digámoslo con verdad; si los propios amigos quitan fuerza y prestigio al Gobierno radical, vendrá pronto, muy pron-

to para desgracia y castigo de todos, un Gobierno conservador.

La cuestion de Oriente se complica más cada día. Y no puede ménos que complicarse dada la falta de unidad y la sobra de recelos entre las potencias europeas. No hay cosa peor en política, ya nacional, ya internacional, que la duda en las ideas y la vacilacion y la incertidumbre en el proceder y en la conducta. O las potencias no debieron convenir en imponer á Turquía, aunque fuese por fuerza, el tratado de Berlin, ó las potencias debieron cumplir su convencion y realizar sus acuerdos sin consideraciones de ningun género y sin vacilar ni un minuto. Pero instan, apremian, amenazan, y cuando parecia que pasaban á poner por obra sus acuerdos, reunidas ya las escuadras, notificado el bombardeo, retroceden, y al retroceder, dejan su autoridad y su influencia heridas de muerte en el concepto de la indómita é incontrastable Turquía.

Los albaneses, á pesar de tener opinion de bárbaros en el resto de Europa, conocen que la demostracion naval no pasará de comedia mal ensayada si deja de ser seguida por un desembarco en armas. Luego, estos buques acorazados modernos, á pesar de su formidable aspecto, son de tal delicadeza, que temen á cada paso tropezar con un torpedo, que abandonan las costas cuando no están bien iluminadas, que necesitan dejar los puertos faltos de profundos calados. Además, las posiciones que ocupan los albaneses en la montaña de Mazura, á muchas leguas de Dulcigno, en el camino de Antivari, no pueden ser molestadas por los proyectiles de las flotas, ni circuidas por los montenegrinos, y dan por tanto lugar á una de esas resistencias en las cuales son los orientales tan duchos.

Las causas principales de todas estas desventajas, se encuentran, á no dudarlo, en la falta de inteligencia entre los pueblos europeos. Unos, como Inglaterra y Francia, quisieran la anexion del Epiro y de la Thesalia á Grecia sin dificultades ni peliagos; otros, como Austria, quisieran, por el pronto, Salónica y más tarde Constantinopla para fundar un imperio greco eslavo, con el representante de la casa de Hapsburgo á su cabeza; otros, como el imperio alemán, quisieran dar al Austria los restos del imperio turco, para ser ellos los acaparadores del ducado de Austria reunido al grande imperio alemán y los poseedores quizás del Tirol, de Trento y de Trieste; otros, como los rusos, sueñan con la resurreccion de un imperio bizantino que se extendiera desde el Bóforo al Báltico; todos aspiran á grandes combinaciones políticas, que mutuamente se contrastan y se destruyen mutuamente.

En esta complicacion gravísima, Francia comprende que puede suscitar antes de tiempo la cuestion europea; que la cuestion europea puede antes de tiempo traer de nuevo la segunda guerra franco-prusiana; que la segunda guerra franco-prusiana puede resultar tan fatal como la primera, deseosa Alemania de tomar un pronto desquite á sus derrotas económicas en los campos feraces de la vecina Francia. Y hé aquí explicado el secreto de la retirada de las potencias y del abandono de todo desembarco en las costas albanesas y de todo asalto á Dulcigno.

No cesa ni un punto la conspiracion nihilista en la opresa Rusia. El Emperador huye, como es natural, de los frios y de los horrores del Norte, y busca, como es natural tambien, aire y luz en los templados climas de Livadia. Pues en esos climas, lejos del centro de las agitaciones moscovitas, van á buscarle sus implacables perseguidores, que parecen la personificacion siniestra de sus atroces remordimientos. Se ha descubierto una conspiracion para hacer saltar el ferro-carril que debía recorrer el Emperador, y se ha descubierto otra conspiracion que llevaba en las entrañas de un buque inglés, mezclada con cargas de carbon, depósitos de dinamita. Tal es el horror y el odio que inspiran á los oprimidos sus opresores.

EMILIO CASTELAR.

LAS COMPAÑÍAS DE FERRO-CARRILES

ANTE LA OPINION PÚBLICA.

I

Al empezar este trabajo nos parece oír ya los ayes del paciente á quien aplicamos la cantárida, como remedio del mal que corroe á las empresas, y que hace 25 años han inoculado ellas á los intereses generales del país. Vamos á ver si acertamos á que nos lea el público, ya que los mismos españoles decimos que no leemos ni aún lo que nos conviene, y mucho ménos artículos largos que producen generalmente nostalgia, aún entre aquellos lectores aficionados á saber de todo un poco.

No conocemos raza más aficionada que la nuestra á querer ser riquísimos pronto, á tener mucho oro sin trabajar (que, dicho sea de paso, es el afán de toda la humanidad) sin reparar en los medios.

¿En qué consiste, me decía el otro día un español de los netos, que cuasi todos los extranjeros que aquí vienen con los calzones rotos, hacen fortuna en esta tierra de la novena, toros y lotería? Hombre, yo le diré á Vd., creo que es por que saben más que nosotros, incluso el señor francés Mr. Detroyat, que conociendo la debilidad de

este pueblo, ha envuelto en cada número de su periódico *La Europa* un higo, ó sea, un décimo de la lotería, que con él funda, para que la letra éntre mejor con un dulce.

Pero no divaguemos.

Creemos llegado el momento de residenciar las instituciones denominadas Compañías de trasportes por ferro-carriles, como llegó el de hacer salir los colores al rostro del Banco-Hipotecario, verdadero *quet-a-pens*, que ocupándose de todo ménos del objeto principal de sus Estatutos, es consentido por los Parlamentos y decretos, pues aquellas y este son fruto de la imprevision de los Gobiernos, de la ignorancia de los poderes públicos y altamente anormales é inmorales.

Pocas son las Compañías de ferro-carriles que tienen en nuestro país acaparados los servicios de trasportes; no llegarán á media docena, y con tendencia á que dos de ellas, el Norte y Mediodía, ó sean MM. Pereire y Rotschild se dividan la España en dos lotes, formando dos Estados dentro del gran Estado. Así es que todo lo que tenemos que decir en estos artículos será cuasi para las dos Compañías del Norte y Mediodía, pues el Noroeste es aun un mito, y las Compañías catalanas y andaluzas no tardarán en ser absorbidas por las primeras.

Las Compañías, como instituciones que son hoy de una importancia político-social grande, creadas, no para dar satisfaccion á los intereses generales del presente y del porvenir, sino armadas por el poder mismo contra todos los intereses esenciales del país y sus tendencias legítimas, son las árbitras del crédito, del cambio, de la industria, agricultura, comercio, minas, etc. y aun del mismo Gobierno; porque tienen en su poder la explotacion del instrumento incomparable que se titula ferro-carril, y con él domina todo el trabajo circulatorio; son además, sin quererlo ni saberlo, los agentes de una revolucion radical sin ejemplo en los fastos de la humanidad, pero opuestas al interés del público que deben servir, y al progreso del que son órganos, tanto por la naturaleza, estension y duracion de las concesiones, como por su constitucion, su organizacion, tarifas y explotacion; son inconscientes en la ley que rige la industria de los trasportes de disminuir el peso muerto y aumentar el peso útil, la cual rige tambien para las otras industrias, determina la ley de division del trabajo de A. Smith, la de los salarios y gastos generales de una empresa, considerando á la vez, segun las circunstancias el primero en el servicio humano, el aparato motor, el vehículo y la superficie de traccion; el segundo en la masa, la velocidad, la regularidad y la frecuencia, etc., pues lo que hace la baratura ó carestía del transporte, no es la magnitud de los vehículos ó de la locomotiva Crampton, ó la superioridad de la potencia motriz, sino la relacion del peso muerto al peso útil; en una palabra, los empresarios de trasportes por ferro-carriles, lo mismo que los demás por tierra y por agua, no saben más que la ciencia del cálculo; y las matemáticas y las especulaciones del álgebra no han impedido á los hábiles ingenieros, á hacendistas no lerdos y á empresarios listos el caer en errores groseros por el desconocimiento de las leyes más sencillas de la Economía política, relativas á la produccion, al movimiento y la distribucion de la riqueza, pues no se reduce todo á contarla, pesarla y medirla; los administradores, consejeros, gentes del arte ó ingenieros, jurisconsultos de esas sibaríticas empresas, no saben en realidad más que malgastar los intereses de los accionistas, pagándose sueldos pingües y escatimando los pequeños sueldos y aún á veces el personal de conservacion y explotacion de las vías; cada Consejo de Administracion es un pequeño Estado dentro del grande Estado, compuesto de ex-ministros, ex-directores, grandes de España, banqueros, etc., de todos los partidos; ya carlistas, más conservadores que de otras fracciones políticas, ya fusionistas, moderados, y pocos demócratas republicanos, liberales, porque estos suelen llegar siempre tarde, capaces de oponerse por la grande influencia de que gozan en todos los centros oficiales, no digo yo á todas las circulares recientes del excelentísimo señor ministro de Fomento sobre explotacion, policia y seguridad de la vía pública aunque sea con diplomacia, sino con arrogancia; pues hay además para estos casos, directores facultativos en algunas de esas empresas, tan exclusivos, absolutos, arrogantes é infalibles, que tratan cual oscuros subalternos á todos los miembros de la gerarquía ferro-carrilesca; y aun á los de fuera de ella como si fueran autócratas ó dragomanes; y si no, dígasenos si es posible, que en ningun país del mundo se tolere á una Compañía lo que se consiente en el nuestro á la del Norte, por los legisladores ó el poder ejecutivo de este país, *el que desde hace diez y seis años se alberga en un malo y feo barracon*, que algunos llaman la Estacion principal de la capital de la Monarquía española, hecho por el francés empresario de entonces Mr. Noel (otro que en cinco ó seis años vino pobre, se fué rico á Francia y arruinó en el barrio de Salamanca á unos cuantos españoles) en los años de 1860 al 64, tanto las personas como el material, pues esto no debe consentirlo por más tiempo el señor ministro de Fomento, Lasala, y debe, en un plazo breve, para no ver por más tiempo este escándalo, so pena de pasar él como otros muchos por un ministro injusto y parcial, hacer que la Empresa del Norte lleve á cabo el proyecto de modificacion, ensanche y construccion de la nueva Estacion principal de la cabeza de sus líneas,

porque así lo exigen el bien público, lo que está mandado, y el principio de equidad y de justicia, pues hacer otra cosa es rebajar el principio de autoridad del que tan celosos se muestran los hombres que se titulan de la suprema inteligencia, y obligarnos á creer que aquí en España el capricho y bienestar de unos cuantos, es en contra del bien general la suprema ley.

Las Compañías de ferro-carriles, tal como las ha hecho la legislación sobre la materia, no están á la altura de su misión, ni su servicio es de aquellos que puede inspirar confianza y seguridad al país, porque no están constituidas en armonía con los derechos del Estado y con el destino de las vías férreas; pues sustituidas ó reemplazando al Estado en todo, no son la representación genuina del progreso en España, sacrifican los intereses generales, su manera de explotar llena de imprevisión, de agiotaje y de confusión, acusa una incapacidad de la ciencia económica, y compromete la libertad pública, la emancipación de las clases trabajadoras y aun el porvenir de la civilización y de la paz; deseamos que las Compañías vivan mejor, pero trabajaremos y haremos propaganda, porque su constitución, sin dejar de ser anónima así como su sistema de explotación, se reformen, indicándolas lo mucho superfluo de que mal viven y lo no poco útil que desconocen ó no quieren admitir.

Las Compañías de ferro-carriles conocen el monopolio de las vías, tan solo: saben hacer subir las acciones y obligaciones, exagerar los dividendos, disimular los gastos, porque no aprenden á reducirlos, acaparar el tráfico, formar fusiones de otras líneas y Compañías, formar y hacer madurar las primas, echárselas de protectores de la libertad comercial, del trabajo é intereses generales; saben aparecer como guardianes de la fortuna pública, etc.; y si no, demuéstrennos que no es ese el objeto único y el mayor de aquellas, la sustancia quincenal ó diaria de sus boletines, periódicos, y diarios, que asalariados por las mismas, defienden en ellos sus actos, pues nosotros iremos probando con el tiempo en este periódico, que no saben más ni conocen más, á pesar del gran lujo de sus administraciones y de sus oficinas de estadística, control, movimiento, etc., etc.; y no tengo aquí en cuenta el clamoreo del folletín, el charlatanismo del anuncio y del reclamo, el quejido, fugaz ó insistente, apologetico ó acusador, de los intereses subalternos, que según el sentimiento que los dirige, se declaran favorables ó no á los ferro-carriles, los maldecen ó los ensalzan hasta las nubes, defendiendo que el privilegio de la explotación de las vías férreas pertenece, no al Estado, sino á las Compañías, incluso la propiedad por un gran número de años, formando una nueva categoría de propiedad como las minas, y no considerándolas como parte inalienable del dominio público, engolfándose así en una cuestión escabrosa y difícil, que es preciso convenir, lectores, en que no han aclarado aun los más violentos debates de juriscultos eminentes de Europa y América, y para la que hay razones en pró y en contra.

Quedan aquí en este artículo puestos los jalones indicadores del juicio contradictorio que permanece abierto contra las empresas de ferro-carriles; en los sucesivos acentuaremos el ataque, si así nos conviniese, que si nos convendrá, y no lo dejaremos de la mano ni ahora, ni en otras épocas, hasta que veamos cumplida la justicia en materia de legislación y administración de estas vías públicas.

P. CALVO Y MARTIN.

ESPAÑA Y SUS COLONIAS.

ARTÍCULO VIII.

De lo expuesto resulta que pocas conquistas conoce la historia, caso de haber alguna, que, siendo de tal importancia, haya costado tan poco á la nación que la llevó á cabo, y bien puede afirmarse que aun los más pesimistas, los que creen que ha sido un grave mal para esta nación el descubrimiento de aquella, y los que tienen por sistema registrar y exagerar todos los inconvenientes que van en pos de todo hecho que la humanidad admira, no sostendrán que uno de los males que, según ellos, acarrió á España la conquista de que venimos ocupándonos, ha sido los sacrificios hechos por la nación para conseguirla. En efecto, bajo el punto de vista de los recursos pecuniarios, todos los gastos hechos en las expediciones de Colon y sucesivas, están muy lejos de alcanzar los regalos hechos por aquellos á los Reyes Católicos y á su nieto Carlos I, regalos que, como hemos visto, consistían en metales y piedras preciosas, debidos á la generosidad calculada de los conquistadores para tener propicia la corte de España, y además en la quinta parte de los tesoros que se encontrasen (con frecuencia antes de perderlos sus dueños), que, según lo establecido, correspondía al rey de España. Para que se juzgue lo valioso de esta participación, baste decir que Carlos V recibió en una sola vez, de uno de los vireyes, veinte quintales de oro; y con objeto de abreviar, no queremos añadir otros ejemplos. En nuestro concepto, queda suficientemente demostrado que en lo referente á intereses materiales, España, lejos de perder, ha ganado en los primeros pasos de aquella conquista, que son los que, ordinariamente, exigen mayores sacrificios. Por lo que hace relación á los hombres, ni los doscientos y tantos que acompañaron á Colon, ni los seiscientos que

llevó Cortés para la conquista de Méjico, ni los ciento cuarenta y cuatro que acompañaron á Pizarro, Almagro y Luque en la conquista del Perú, ni los mil ochocientos escasos que, capitaneados por Pánfilo Narvaez, llevaron la misión de contrariar las empresas de Cortés y concluyeron por ponerse á sus órdenes, son un número suficiente para que una nación de las condiciones que tenía España en aquella época, y aun en un estado de paz y tranquilidad de que estaba muy lejos de gozar, los tome en cuenta bajo el punto de vista de la despoblación del país; pero hay que agregar á todo esto, y los lectores de LA AMÉRICA lo habrán notado ya, que la adquisición de aquellos dominios ha tenido un carácter peculiar, consistente en que se han llevado á cabo por hombres que solicitaban del rey de España el permiso para hacer nuevas conquistas sin pedir á éste más que su autorización, haciendo por su cuenta los gastos que fueren necesarios; y guiados por el deseo del lucro y de adquirir posición, llevaban á cabo aquellas admirables empresas bajo su cuenta y riesgo. Hemos visto además que la mortandad de españoles por los hechos de guerra ha sido bien escasa, y añádase á esto que un gran número de los que tomaban parte en aquellas aventuras satisfacían un deseo ó necesidad de su vida y su manera de ser, de tal suerte, que no hay ofensa para su nombre ni es aventurado el afirmar que si no hubieran encontrado aquella salida á sus hábitos generosos y á su valerosa actividad, habrían, probablemente, concluido de una manera menos honrosa para ellos y útil para la patria.

No era de esperar de la perspicua actividad que caracterizaba á Fernando V que dejase las conquistas en su tiempo realizadas en la anarquía, y sin una manera regular de gobernarlas. Así es, que creó el Consejo Supremo de Indias, el cual, algo modificado por su nieto el emperador, fué el centro Supremo de lo que pudiera llamarse el poder legislativo de aquellos dominios, y siguió rigiendo hasta 1810. Parécenos que en este particular no puede atacarse á los españoles de veleidosos ó muy dados á innovaciones. Los decretos, órdenes y sentencias de dicho Consejo, fueron elevadas á leyes por un decreto de Carlos el Hechizado, y por otro de éste se dió igual carácter á todos los que en lo sucesivo saliesen del mismo centro, siendo este conjunto lo que se conoce con el nombre de Leyes de Indias, comprendiendo todo lo referente á derecho civil y criminal; relación entre las autoridades civiles, militares y eclesiásticas; derecho de conquistadores y conquistados.

Como hemos visto, se han formado juicios muy contradictorios respecto á las leyes de Indias. Claro está que, dado el gran período que abraza esta legislación, las distintas generaciones, los diversos criterios y las opiniones dominantes en cada época, han de resentirse de falta de unidad, y que al lado de algunas que son justas y hasta mimosas con los indígenas, han de encontrarse otras que, con justo título y á la luz del criterio que dominan los tiempos que alcanzamos, pueda calificárselas de injustas y tiránicas.

Pero ni á las generaciones ni á los individuos debe juzgárseles sino con arreglo á las ideas que dominaban en su tiempo. En términos generales puede afirmarse que las leyes de Indias son muy superiores, por su sabiduría y humanidad, á los procedimientos un poco anárquicos que otras naciones, hoy más adelantadas que nosotros, aplicaron á sus colonias.

Por decreto de 1519, dado por Carlos I, quedaron agregados todos aquellos dominios á la corona de España, constituyendo en la época de nuestro apogeo y en las zonas tórrida y tropical, cuatro vireinatos y cinco capitanías generales. Había en cada uno de ellos una real Audiencia al frente de la administración de justicia, la que entendía en todos los asuntos civiles que no excedieran de la suma de 10.000 pesos, teniendo el deber de publicar todos los acuerdos que hubieran sido aprobados por las dos terceras partes de sus individuos, y el de comunicar todo lo que tuviese alguna gravedad al Supremo Consejo, que tenía su asiento en Madrid, tan rápidamente como el estado de las comunicaciones lo permitieran, reemplazando además al virey ó capitán general en las ausencias ó vacantes. Había también en cada uno de los territorios así divididos, un intendente que estaba al frente de la gestión financiera, y estos funcionarios eran nombrados por el rey en completa libertad, lo cual llevaba consigo todos los inconvenientes del favoritismo. En este particular no estábamos ni más ni menos adelantados que las otras naciones que figuran á la cabeza del movimiento europeo y, aunque sea penoso confesarlo, es lo cierto que de aquel vicio no nos hemos curado, y todo se reduce á haber cambiado el influjo de un favorito ó de una cortesana, por el de un hombre influente en uno de los partidos militantes que tanto abundan en nuestra época, y que, ya para favorecer á un deudo ó á un protegido, ya para pagar servicios dudosos prestados á la política, ya también para contentar á algunos á quien se teme, se manda todos los días para ponerse al frente del gobierno absoluto de países que cuentan por millones sus habitantes, á hombres que en más de una ocasión y por más que estas sean las excepciones, nos produciría sorpresa verlos á la cabeza de una municipalidad de alguna importancia; pero ¡qué importa! el caso es enviarles á disfrutar aquellos pingües sueldos, que no están en relación ni con la riqueza del país, ni con los servicios que pres-

tan en la administración, ni con los emolumentos de funcionarios de superior categoría.

El objetivo del protector y del protegido, no es precisamente que al frente de nuestras colonias se encuentren hombres idóneos que por su saber y sus condiciones sirvan á la patria corrigiendo vicios inveterados, poniendo de manifiesto añejos errores y contribuyendo de esta manera al desarrollo de que es susceptible la provincia ó colonia ultramarina; no, el objetivo es otro, á saber: que el agraciado haga, en muy pocos años, una fortuna que proporcione á él y á su familia todas las comodidades y placeres de la alta y escogida sociedad, que esta por su parte no tiene el mal gusto de preguntarle cómo ha hecho su capital, pues se contenta con saber que tiene magníficos palacios, muchos y elegantes trenes y que da reuniones y comidas, que no sólo por su buen gusto sino por su esplendidez y riqueza, serían dignas de un soberano.

¡Ah! si en estos tiempos viviera Diógenes y encendiera su famosa linterna para buscar no un hombre como él deseaba, sino el fondo de moralidad de esta sociedad moderna, mucho había de calentarse la cabeza hasta encontrarla: pues ¿no conocemos todos el hecho, más de una vez repetido, de firmar pagarés por cantidades respetables, no á plazo fijo, sino para cuando se obtenga el nombramiento de un importante cargo en una de nuestras posesiones ultramarinas? Y en este caso, como siempre sucede, la moda iniciada por las clases superiores se comunica fácilmente á todas las demás; y así no es raro el ver un hombre que ha desempeñado en Ultramar un destino, aunque superior á su mérito, sobradamente modesto, á su vuelta después de dos ó tres años, batir palacios, tener caballerizas y hacer la vida de gran señor. Y si alguna vez abrigó el temor, mientras estaba en ejercicio, de que los tribunales pudieran proporcionarle un disgusto por el olvido de su deber ó por tener el haber demasiado presente, bien puede tranquilizarse, que algún dendo ó protector influente en la política estará dispuesto á ampararle, más ó menos desinteresadamente; y las exigencias de aquella hacen que los Gobiernos pasen desapercibidos algunas irregularidades. Escusado nos parece decir que no nos referimos á éste ni á aquél partido, pues todos obran lo mismo y sobre el particular tienen pocos reproches que hacerse. Tampoco podemos hacer referencia á personalidad determinada; pero, ello es lo cierto que si, en lo antiguo como en lo moderno, ha habido autoridades superiores en aquellos dominios que han sido modelos de honradez é inteligente laboriosidad y han prestado servicios á su patria y á sus administrados, débese más á la casualidad, que hizo recayese la elección en personas dignísimas, que al deseo de acierto y severa imparcialidad que ha debido presidir dicha elección.

Al poco tiempo llevaron los españoles á aquellos países las instituciones municipales con los fueros y prerogativas que tenían en España, no tardando en echar raíces en aquel nuevo suelo esa base fundamental de todo Gobierno representativo y escuela donde aprenden los pueblos á ocuparse de la gestión de la cosa pública. Pero no acomodaba la existencia de los Ayuntamientos á los que, andando los tiempos, fueron los encargados del poder ejecutivo aquende y allende los mares; así que se les cercenaron sucesivamente todas las atribuciones que les eran propias, dejándolos reducidos á una aparente administración local, y reemplazándolos en parte con unos delegados del capitán general, ó virey, llamados capitanes de paz que encontraremos más tarde en las provincias ultramarinas, restos de nuestra antigua grandeza, con el nombre de capitanes pedáneos ó gobernadores militares, y que, entonces como ahora, eran y son en la inmensa mayoría de los casos, un motivo de disgustos y de sacrificios para los pueblos. Tampoco faltaban vireyes celosos por el bien é ilustración de sus administrados que se apresuraban á llevar allí los descubrimientos más importantes de Europa, siendo uno de ellos don Antonio Mendoza, que consiguió fuera á establecerse Méjico, en 1555, un lombardo que aportó una imprenta y enseñó el arte de imprimir, no sólo allí desconocido, sino en la mayor parte de las poblaciones importantes del viejo continente: 30 años después llevaron los jesuitas al Perú el maravilloso invento de Guttenberg.

Inútil parece decir que, desde los primeros días de la conquista, España llevó su unidad católica y su intolerancia, y dicho se está que con todo el acompañamiento de órdenes religiosas entonces conocidas. Era esto natural en un pueblo que, como el español, había luchado durante muchos siglos por su independencia, teniendo por bandera la religión del Crucificado.

No es esto un motivo de crítica, pero sí el método de propaganda, que fué, como ya hemos visto, el medio sencillísimo de amenazar con la muerte á los que no se daban por convencidos, y como era natural, este espeditivo procedimiento fué origen de funestas consecuencias para perseguidos y perseguidores. En efecto, los pobres indios ó se retiraban del contacto de los españoles, huyendo á los bosques, ó tenían la nueva creencia en los labios, y en el corazón su antigua idolatría y, como es natural, esto sucedió en la inmensa mayoría de ellos. Los empeñados más directamente en propagar nuestra fé, ignoraban aun aquella profundísima y exacta sentencia de Ignacio de Loyola, «el más temible de todos los enemigos es el no tener ninguno

delante, y la comprobación de ella no se hizo esperar. El clero español que fué á aquellos dominios tenía apenas necesidad de ejercer su misión evangélica, puesto que donde la fuerza y el temor hablan, no es necesario acudir á la conciencia y al sentimiento: así que no tardaron mucho en entregarse á una vida de holgazanería y de crápula á que les escitaban las riquezas poseídas y que habían sido arrancadas á aquellos infelices á quienes trataban de convencer. Pronto se notó el fenómeno, que hoy mismo se observa en alguna de nuestras colonias, de ocupar el clero peninsular todos los puestos de la gerarquía eclesiástica que llevaban anexos posición y provecho, y formando casi exclusivamente de las razas indígenas ó mestizas el bajo clero que, ignorante y todo como era, había de ejercer más tarde ó más temprano una verdadera y decisiva influencia, cuyos efectos hemos sentido duramente cuando sonó la hora de la emancipación. ¡Quiera el Angel tutelar de la Pátria inspirarnos para poner remedio al mal, si no hemos de sentirlo en el porvenir, en el archipiélago filipino!

Cierto que sería difícil y absurdo, dadas las ideas dominantes de aquella época, el pretender que estableciéramos allí la libertad de cultos; pero no lo es ménos que, teniendo en cuenta las luchas religiosas del siglo xvi, no hubiéramos, siquiera por egoísmo, implantado en aquellos dominios un grado de tolerancia que, haciendo más llevadera nuestra dominación, hubiera traído á las posesiones españolas parte de las emigraciones que se verificaron de diferentes países de Europa, huyendo de las persecuciones religiosas, y que hubieran aportado la mayor de las riquezas que se conoce; hombres morales, activos é industriales.—Pero, ¿cómo habíamos de ser intolerantes en Europa y tolerantes y justos en América! En comprobación de lo que decimos, permítasenos recordar que hacía fines del siglo xvi, conquistaron los holandeses una parte de lo que forma hoy sus dominios en el archipiélago de la Sonda, viviendo allí, para bien de aquellas colonias y no escaso beneficio de la metrópoli, tranquilo y bien remunerado, el clero de las religiones protestantes, católica, mahometana, budhista, brahmanista y otras formadas de la mezcla de alguna de las anteriores. La suerte estaba echada; habíamos pasado el Rubicon, no para vencer como César, sino para marchar de torpeza en torpeza hasta llegar poco ménos que al total aniquilamiento. No estaba en la naturaleza de las cosas que las dinastías que han reinado en este país fueran el sosten del fanatismo perseguidor en Europa y de la tolerancia en América.

Al pueblo español, caído de sus alturas, perdidas sus libertades y sumido en una profunda y superstitiosa ignorancia, no le era dable tener bríos para otra cosa más que para seguir ciegamente la conducta que de consuno le imponía una avara y desatentada teocracia y unos reyes á ella supeditados.

Verdad es que había en aquel país religiones que, como la de Méjico, llevaban su absurdo hasta el sacrificio de víctimas humanas en holocausto á su gran dios Vitziliputli, y que no podían ni debían nuestros mayores permitir tan feroces y bárbaras costumbres; pero es de toda evidencia, según lo han demostrado los hechos, que aquellas razas no eran tan vigorosas ni tenaces que no tuvieran sobrados medios los españoles para prohibirlas en absoluto la continuación de tan inhumana costumbre, sin necesidad de imponerles por la fuerza las verdades de la religión católica.

Por una ley fisiológica que, como todas las que son naturales, se cumple inflexiblemente, todo órgano que no funciona se atrofia; toda inteligencia que no se ejercita, disminuye ó desaparece; toda musculatura que no se pone en juego, se debilita; todo organismo que no se mueve, se desintegra; y toda corporación que no ejerce su misión propia, marcha á su ruina.

Si el clero español, en el nuevo mundo, se hubiera encargado de su misión civilizadora, atrayendo aquellos pueblos á la cultura cristiana por los medios que le eran propios, el de la predicación y el ejemplo, otra hubiera sido su influencia en el presente y en el porvenir, y otros también los resultados beneficiosos que la pátria hubiera obtenido.

A pesar de esta conducta intolerante que tuvo el clero español de aquende y allende los mares, no puede negarse que, todo en general, y muy especialmente las comunidades religiosas, se mostró más caritativo y humano con el vencido que el de otras sectas disidentes. Ello es lo cierto que allí, como en todas partes, más de una vez se han interpuesto las comunidades religiosas entre las exigencias del vencedor y las reclamaciones del vencido, y en las desavenencias surgidas entre ellas y los empleados de la administración pública, ya por cuestión de intereses, ya de amor propio y de mando, ya por mútuas y recíprocas inmiscuaciones del poder eclesiástico y el civil; y en la mayoría de los casos, y cuando los intereses de los indios estaban por medio, se inclinaban á su defensa. El tipo más noble y más saliente y que mayor y más ilustrado interés ha demostrado por la suerte de los desgraciados indios, ha sido el bien conocido Frai Bartolomé de las Casas, que escribió una narración fiel y exacta de lo que allí acontecía, enviándola á los reyes de España; y tal sello de imparcialidad y liberalismo llevaban sus observaciones, que no se permitió su publicación hasta nuestros días, gracias á un distinguido lite-

rato y hombre público que ha vuelto á recordar el de aquel eclesiástico virtuoso, haciendo en ello un acto de justicia y de alta conveniencia para el país. Los humanitarios deseos de mejorar la suerte de los indios, llevaron al Padre las Casas á proponer la introducción de negros esclavos, y aunque á consecuencia de esto cupo á España la triste honra de iniciar la esclavitud de africanos en América, no puede hacerse un cargo por ello, si se tiene en cuenta por un lado el móvil á que obedecía, y por otro que participaba de la preocupación entonces reinante de que los negros eran una raza maldita, descendientes de Caín, y que llevan en el color de su rostro escrita la maldición de Dios. Debe tenerse en cuenta que á muy pocos hombres les es dado elevarse por encima de las preocupaciones de su época, y por eso afirma un escritor inglés de gran mérito, que el hombre se parece más á la sociedad en que vive que á sus propios padres. No es posible, dada la índole de estos escritos, el hacer mención de todos los individuos pertenecientes á las órdenes religiosas que, comprendiendo su alta y civilizadora misión han prestado allí grandes servicios á la humanidad y á la pátria. Pero permítasenos citar á Bernardino de Sagun que dedicó sesenta años de su vida en enseñar á los indios el alfabeto, la escritura, el conocimiento de la lengua castellana y aun el de la latina; predicando la religión cristiana, sí, pero sin violentar sus creencias. ¡Qué alta y sublime misión la del sacerdote que así comprende sus deberes!

Cediendo á aquella preocupación, pero muy principalmente á la razón demostrada por los hechos, de que el africano es más vigoroso y resistente que el americano indígena, continuó aumentándose la trata de esclavos y reemplazándose el trabajo indio por el del africano. Decimos que principalmente debido á aquella circunstancia, por que en el interés de los amos y colonos estaba el obtener mayores rendimientos de los terrenos que cultivaban, y aún sin la preocupación antedicha hubieran preferido el negro al indio. Hasta tal punto es esto cierto, que siempre que han luchado las creencias con los intereses personales ó colectivos aquellas han llevado la peor parte.

Si España tuvo la desgracia de llevar allí los primeros esclavos negros, no puede formarse por esto un cargo, puesto que la esclavitud es tan antigua como las sociedades organizadas, y todas las naciones de Europa la habían tenido y aún quedaban, en muchas de ellas, sobrados vestigios para que fuera dable á ningún país pensar en lo odioso é inconveniente de aquel hecho que no queremos calificar de institución. Tan cierto es lo que decimos, que la misma Inglaterra, que tuvo la gloria de iniciar la abolición de la esclavitud y llevarla á cabo en este siglo en todo: sus dominios, en algunos de los tratados hechos con España, al final de una de tantas guerras como entre las dos ha habido, exigió como condición que se le concediese la exclusiva en la trata de esclavos para América. Al siglo xix, tan superior á los anteriores por su moralidad y elevación de sentimientos, como por su saber y cultura, cabe la gloria de batar en brecha por todos lados la absurda y repugnante trata de carne humana; y España, lo decimos con rubor, en el último quinto de este siglo tiene aun en una de sus más importantes posesiones de Ultramar, la esclavitud, bien que disimulada con otro nombre, cabiéndole la inmensa fortuna al partido radical de ser el que llevó la abolición completa y absoluta á otra de nuestras Antillas, prestando con esto un servicio á la humanidad y á la honra de la pátria.

Hemos citado antes, al tratar del interés que en más de una ocasión mostraron las comunidades religiosas en favor de los indígenas, los consoladores ejemplos de Fray Bartolomé de las Casas y Bernardino de Sagun. A fin de dejar este punto concluido, citaremos otro ejemplo, no tan consolador pero más importante si cabe, referente á lo que apuntamos sobre disidencias entre dichas comunidades y los empleados de la administración, el cual tuvo efecto en el Paraguay. Ya hemos dicho que después de haber descubierto Diaz Solis el Rio de la Plata, Gabelo y Garcia conquistaron aquellas tierras. El trato de los conquistadores con los conquistados no ha sido todo lo humanitario que la justicia y el interés de consuno exigían, hasta el punto de que muchos de aquellos infelices se retiraban á los bosques por no caer bajo el dominio de españoles y portugueses; y por si esto, y las rivalidades entre los españoles que ejercían mando, no bastaba, vino á complicarlo una constante y encarnizada lucha entre el clero y los funcionarios públicos, lucha á veces sorda, pero con frecuencia viniendo á las manos y empleando para dirimir sus contiendas la última razón. De manera que durante un período bastante largo, aquel país fué el teatro de la más desenfrenada anarquía, hasta que en 1586 fueron llamados los jesuitas al Paraguay. Anteriormente se habían establecido en el Brasil y alcanzado notable éxito. Los fueros de la verdad exigen el hacer constar que mostraron en aquella ocasión un valor, una constancia y una abnegación poco comunes, penetrando en aquellos bosques vírgenes y trabajando con tal paciencia y acierto, que lograron captarse la confianza y simpatía de aquellos desgraciados indios perseguidos por españoles y portugueses poco ménos que si fueran fieras.

En 1610 fueron autorizados por el rey de España para establecer municipalidades bajo la alta vigilancia de aquél. Todo parece indicar que su primer

pensamiento fué establecer allí un patriarcado cristiano y tener á los indios bajo una disciplina religiosa, acomodada á las necesidades de ellos, á los cuales miraban como unos niños, y por consiguiente, no darles otra instrucción técnica que la puramente indispensable para una vida simple y patriarcal. La enseñanza se redujo, pues, á la economía doméstica, la agricultura, la cria de ganados y con preferencia á todo su absoluta sumisión á la Iglesia por medio de algunos ejercicios piadosos, entre los cuales figuraban el ayuno y la flagelación, suministrada con no escasa economía. Por lo demás, el trabajo impuesto por ellos á los indios, no era excesivo, y el trato ordinario tenía un tinte de dulzura real ó aparente, no llegando su lenidad hasta el punto de perdonar cualquier falta de sumisión, pues bien conocida de todos es la costumbre, que consistía en que, después de haber sentido un indio como castigo de alguna falta las caricias de veinte ó treinta azotes, que dejaba sus espaldas en un estado asaz lastimoso, se levantaba, y puesto de rodillas, besaba la mano del padre ó encargado que tales caricias acababa de hacerle. De cualquier manera que fuese, llegaron á reunir algunos miles de hombres bajo su dominación. En cuanto á la distribución de la propiedad, los reverendos fueron fieles á los primeros tiempos de la tradición cristiana, así que un fondo comunista era la manera de ser de aquella asociación, un poco modificada, porque no sólo vivían las familias separadas, sino que á cada una de ellas se le daba una pequeña parcela de terreno para su casa, huerto y necesidades más perentorias. Lo demás se trabajaba y recolectaba por los habitantes é iba á parar á una especie de pósito bajo el dominio de los padres, el cual servía, según afirmaban, para subvenir á las necesidades del comun según fueran presentándose; pero fuese por el exceso de productos ó por otra razón cualquiera, es lo positivo que la mayor parte de aquellos se vendían y eran exportados con no pequeño provecho de la compañía.

En nada descuidaron tampoco el educar á los indios militarmente. No sólo levantaron fortalezas para defensa del territorio contra las invasiones salvajes, sino que los mismos padres se pusieron á la cabeza conduciéndolos al combate, convertidos en soldados, habiendo en una ocasión reunido un ejército respetable para aquella época por su número, armamento y organización.

El país quedó herméticamente cerrado para españoles y portugueses, que no podían entrar sino formando parte de la comitiva del gobernador ó del obispo, según aseguraban, para evitar que los extranjeros corrompieran las sencillas y piadosas costumbres de aquellos indios; si bien hay quien afirma que dichas medidas eran dictadas con el fin de que allí, como en todas partes, ningún profano se enterase de los medios y procedimientos de gobierno empleados por la Compañía.

También hay que decir en su obsequio que suprimieron la pena capital, reemplazándola con la de prision perpetua; y en general, su administración de justicia era más suave de lo que podía esperarse en aquella época.

Hemos dicho que instruyeron militarmente á los indios, y que, en casos dados, los mismos padres los guiaron al combate. No había sido inútil esta instrucción, y en un encuentro habido entre tropas portuguesas, y seiscientos indios mandados por un jesuita, se demostró con la evidencia de los hechos, que estos indios eran susceptibles de llegar á ser soldados valerosos, y el padre demostró también que el manejo de la cruz y la estola no le había disminuido su coraje y que su brazo derecho no estaba atrofiado, pues manejaba bizarra y diestramente la espada. Ya se comprenderá fácilmente que los párrocos de los diferentes grupos de aquella población eran exclusivamente de la Compañía, y hasta tal punto vigilaban el que nadie se inmiscuyera directa ni indirectamente en su gobierno, que la prohibición de penetrar, ó por lo ménos la de detenerse en algún pueblo, no sólo se extendía á los sacerdotes y religiosos de otras comunidades, sino también al obispo; y á consecuencia de quejas formuladas por el rey de España, una carta del padre provincial ordenaba que se permitiera á aquél recorrer los pueblos y aún detenerse en ellos, pero de ningún modo mezclarse en sus asuntos interiores, ni tomar determinación alguna.

Por el tratado de 1750 celebrado entre España y Portugal, aquella cedió á esta siete distritos municipales. Los jesuitas Ibañez y Miramon indicaron á sus hermanos de la Compañía que era más prudente transigir, permitiendo que aquellos siete distritos fueran separados del Paraguay; pero la mayoría de los padres oyeron de tan mal grado semejante proposición, que al segundo lo encerraron en una de aquellas prisiones suaves muy conocidas de todas las comunidades religiosas con el nombre de *in pace*. El primero tuvo más fortuna, pues fué simplemente expulsado, ó él se marchó á tiempo, viniendo á concluir sus días en Madrid, donde escribió un libro sobre la orden del cual no ha publicado más que el primer capítulo. Aquí pasó sus días bajo la protección del Gobierno y en una vida totalmente oscurificada.

El dios Marte había soplado en el oído á los padres, y como la naturaleza humana es frágil, sucumbieron á su vanidad embriagadora del éxito de las batallas; así que rechazaron indignados el susodicho tratado, levantaron un ejército de 20.000 indios y se propusieron defender el país. Lucha-

ron valerosamente contra las fuerzas reunidas de España y Portugal, hasta que en 1753, la fuerza, que es la sancion de todo derecho, juzgó en contra de ellos. Fueron vencidos no quedándoles por consiguiente más recurso que resignarse al ver repartir el Paraguay entre las dos naciones ibéricas. Los pobres indios no fueron ganando gran cosa en la victoria de españoles y lusitanos, y en cuanto á los padres fueron tratados simplemente como rebeldes.

MANUEL BECERRA.

(Continuará.)

EL BANCO HIPOTECARIO.

La prensa ha dicho y repetido que la operacion de crédito llevada á cabo últimamente por el ministro de Ultramar por veinte y cinco millones de pesetas sobre pagarés para atender á necesidades urgentes de la Isla de Cuba, ha sido realizada con el Banco hispano-Colonial, el Banco de Castilla, y el Banco Hipotecario.

Ya tenemos á este último establecimiento interesado en otra nueva operacion con el Tesoro público, despues de haberlo hecho poco tiempo há en el empréstito de 375 millones del Tesoro de Cuba.

Entretanto, ¿qué desarrollo han tenido sus operaciones hipotecarias?

El último balance mensual del Banco, acusa 25 1/4 millones de préstamos hipotecarios, de los cuales debe haber estinguídos 1 1/10, pues que aparecen en el pasivo del balance cédulas hipotecarias amortizadas y por reembolsar por esa cantidad.

De modo que en 30 de Setiembre último habia 23 4/5 millones de préstamos vigentes.

En fin de 1879 tenia préstamos hipotecarios vigentes por 20 2/3 millones.

Resulta, pues, que el aumento en los nueve primeros meses de 1880 sólo ha sido de 3 1/4 millones ó en cifra exacta 3,27.

Hará por lo tanto en 1880, guardando la proporcion que hasta ahora se halla, la misma cantidad próximamente que en 1879, que fué menor que la de 1878 y que la de 1877. Probablemente resultará aún menor que la de 1879, porque en fin de este último año el importe total de los préstamos (sin descontar las amortizaciones), fué de 23 1/4 millones. El importe total en 30 de Setiembre aparece, segun el balance, en 25 1/4 millones; aumento en los 9 primeros meses del año 2 millones escasos de pesetas.

De modo que con arreglo á los datos oficiales del mismo Banco tenemos.

Totalidad de préstamos sin deducir amortizaciones.

Fin de 1879.....	23.298.285 pets.
Fin de Setiembre 1880.....	25.283.215. »

Aumento..... 1.984.930

Recordaremos ahora nuevamente que el movimiento de la Deuda hipotecaria en España se estima en 660 millones de pesetas, y que el total de dicha deuda se aprecia segun los cálculos más prudentes, en 4.000 millones de pesetas; cifra que, como ya otra vez hemos dicho (1) no puede tenerse como exagerada.

Comparemos ahora unas cifras con otras.

Total de la deuda hipotecaria	4.000 millones.
Total de préstamos del Banco	25 1/4 »

Movimiento anual de dicha Deuda. 660 millones.

Aumento en los préstamos del Banco, fin Setiembre último sobre fin Diciembre 1879..... 1 9/10 »

Realmente, ¿vale esto la pena de que haya un Banco Hipotecario privilegiado?

¿Valia esto la pena de que por un decreto—20 Julio 1875—se modificase la ley de 2 Diciembre 1874 á la que debe el Banco su creacion, y que no le concedió el privilegio que le fué dado despues por aquel decreto?

En el mismo balance hallamos préstamos sobre valores y dobles por 4 millones, más 4 2/3 millones de billetes emitidos por el Banco y que éste llama hipotecarios, designacion que podria hacer que se confundieran con los préstamos á la propiedad, siendo así que proceden de una operacion con el Tesoro, ligados como se hallan á los 16 1/4 de pagares de bienes nacionales descontados al mismo.

Basta comparar esas cifras con las referentes á los préstamos hipotecarios, antes citados, para convencerse de que las operaciones de Crédito territorial son puramente un pretesto para tener un Banco, con título privilegiado, y hacer con el Tesoro y con particulares, pero á lo que se ve, con el primero especialmente, operaciones que nada tienen que ver con el Crédito territorial.

El capital del Banco sirve de garantía subsidiaria á las cédulas. Debe servir, por lo ménos. Así lo reconocia, además, el Banco en su Memoria de 13 Mayo 1876 y ofrecia en ella que con el restablecimiento de la paz y del crédito tendrian mucha mayor extension y desenvolvimiento sus negocios.

Debia suponerse que por «sus negocios» enten-

dia el Banco aquellos para los que fué especialmente creado y que en su título mismo se designan, los préstamos á la propiedad. Y esto lo reconocia tambien en la misma Memoria esplicitamente.

Hacia estas afirmaciones, al mismo tiempo que dedicaba no pocos razonamientos á defender el privilegio que en el año anterior se le habia concedido por un decreto, que modificó de hecho la ley antes citada, y la de 19 de Octubre de 1869. De manera que, en resumen, el Banco decia al público en su Memoria:

No se inquieten los propietarios por que el Gobierno me haya concedido el privilegio exclusivo de emitir cédulas. Esta medida era conveniente y necesaria, porque nadie reúne tantos elementos como yo para el crédito territorial, y ahora que tengo el privilegio, con el restablecimiento de la paz y del crédito, ya se verá cómo desarrollo mis negocios.

Y en efecto, sus negocios habrán sido desarrollados, porque poco despues de haber obtenido el privilegio contratava con el Tesoro público, segun real orden de 2 de Setiembre de 1875, un préstamo de 17 millones de francos y 13 millones de pesetas, operacion que no pretenderá el Banco que tenga nada de crédito territorial, aunque fué hecha con garantía de títulos del 3 por 100 por 205 1/3 millones nominales con todos los cupones desde el de 1.º de Julio de 1873.

Esto sería, sin duda, en recompensa del privilegio obtenido.

Por lo que toca á los negocios del Banco, no dudamos, pues, que los haya estendido, y ménos puede dudarse habiéndole visto tomar parte últimamente en el empréstito de Cuba de 375 millones, y ahora en la operacion de 25 millones sobre pagarés tambien para el Tesoro de Cuba.

Pero en cuanto á los negocios de los propietarios que necesitan préstamos sobre sus propiedades, estos son otros negocios, un *altro paio di maniche*, que dicen los italianos, y son para el Banco hipotecario, no objeto preferente de sus operaciones, como decia y ofrecia en la Memoria antes citada, sino objeto completamente secundario.

Y contra los hechos y los números de los documentos oficiales del mismo Banco, que hemos citado, no hay escusa ni sofisticacion posible.

Algun empleo es forzoso dar al capital para que no permanezca improductivo, decia tambien la misma Memoria, y como de los 50 millones de pesetas nominales tiene 20 desembolsados, hay que hacer operaciones para obtener un interés.

Pero si ese capital estuviese colocado en valores sólidos, ese objeto se obtenia de la misma manera, y el interés así obtenido, junto con los beneficios producidos por las operaciones hipotecarias desarrolladas como debieran estarlo, constituiria el dividendo para los accionistas.

No sería acaso tan crecido como traficando con el Tesoro público; pero aquí conviene tener presente este punto importante:

¿Se ha constituido un Banco Hipotecario, y por añadidura con privilegio esclusivo, para dar dividendos á tal ó cual grupo de accionistas, ó se ha constituido para auxiliar á la propiedad?

Indudablemente para lo segundo. Para lo primero no habia necesidad de hacer una ley y reforzarla despues, modificándola por un real decreto. Ahí están la agricultura, la industria y el comercio bien necesitados de capitales, y allí tienen los grupos de accionistas que quieren reunirse, dividendos que explotar sin ponerse á la sombra de un Banco nacional privilegiado, y sin que el Estado venga á ayudarles en su trabajo, como si el Estado no tuviera otras cosas que hacer y que no hace, mezclándose en cambio en aquellas en que no deberia meterse.

No; no es la conveniencia de no dejar improductivo el capital de garantía lo que puede justificar que el Banco Hipotecario se dedique ni con preferencia ni sin ella á operaciones con el Tesoro, préstamos sobre títulos etc., abandonando el objeto principal de su creacion.

Abandonando, decimos, y las cifras antes citadas lo confirman ampliamente.

Por lo mismo que el capital del Banco constituye una garantía supletoria para los tenedores de cédulas, deberia estar la parte desembolsada de ese capital colocada en valores sólidos; colocada y no destinada á la especulacion, y sujeta á las eventualidades que la especulacion puede traer en un momento dado.

Ese mismo razonamiento empleaba el *Crédit Foncier* de Francia; «necesito no dejar improductivo mi capital de garantía.» Y poco á poco, para que aquel capital produjera, fué entrándose de especulacion en especulacion hasta que llegó á la situacion que todos los hombres de negocios conocen, y hasta ponerse al borde mismo de su ruina, que cualquier incidente pudo haber precipitado, por las pérdidas considerables que el capital sufrió en aquellas especulaciones.

Y si la catástrofe, ayudada por el pánico que en tales ocasiones nace y crece con rapidez vertiginosa, hubiera estallado, y bien poco faltó para ello, ¿quién pretenderá sostener que las cédulas hipotecarias, á pesar de la garantía de las fincas, habrian conservado su valor de cotizacion? ¿Quién puede sostener que no habrian sufrido una depreciacion considerable con grave perjuicio de los tenedores?

Pues esto es lo que hay que tener presente, mirándose sin cesar en aquel espejo.

El Banco Hipotecario hablaba de sus negocios en la Memoria de 13 de Mayo de 1876, ofreciendo estenderlos y desarrollarlos. Ya hemos visto y de mostrado que esos negocios no son los de la propiedad.

¿Son por ventura los de los tenedores de cédulas?

Ménos aun. Son pura y simplemente los de los accionistas del Banco, y aun esto mientras no llegue á la situacion del *Crédit Foncier* cuyo camino va tomando.

Los tenedores de cédulas toman estas como capital de colocacion, en el sentido estricto de la palabra.

Pero al mismo tiempo el Banco emplea su capital en operaciones de especulacion, y esta es la imprudencia que censuramos en interés de los mismos tenedores de cédulas.

Probablemente la generalidad de estos no tiene costumbre de descifrar balances, tal vez ni siquiera tienen de ellos conocimiento. Pero suponen que un Banco al que el Gobierno ha dado un privilegio esclusivo no necesita que el público se preocupe de sus valores.

Y precisamente hay que preocuparse de ellos á causa de ese mismo privilegio.

El Gobierno que permite á otro Banco, tambien privilegiado, que esté fuera de la ley, con tal que haga operaciones con el Tesoro y le mantenga la Deuda flotante, no irá ciertamente á preocuparse de las operaciones de especulacion del Banco Hipotecario, ni del uso que éste hace de su privilegio, siempre que ayude tambien al Tesoro.

Pero aún descartando todas esas eventualidades, que no deben, sin embargo, olvidarse, porque con tiempo es como deben preverse y ser evitadas siempre resulta que el Banco Hipotecario busca lo principal de sus beneficios en operaciones que nada tienen de crédito territorial; que desatiende las que debian ser objeto preferente de su atencion y de sus esfuerzos; que sólo con la necesidad de ampliar estas se disculpó la concesion del privilegio, y que habiéndosele concedido un derecho é impúestole al mismo tiempo un deber, no siendo este cumplido, como no lo es, el derecho tiene que desaparecer.

Esto es; que procede derogar el decreto de 20 Julio 1875 que concedió el privilegio volviendo pura y simplemente á la ley de 2 de Diciembre 1874.

J. M. ALONSO DE BERAZA.

EL ESTILO.

Escribir es cosa fácil, porque escribir es transmitir el pensamiento y el pensamiento es una funcion natural del espíritu, una vez éste en posesion de la palabra.

Pero escribir bien es muy difícil, porque para escribir bien se necesita pensar bien, y los buenos pensadores están diseminados por el mundo con una escasez que desconcierta.

Concepcion clara, imaginacion animada, instruccion sólida, expresion correcta y esta otra cosa indefinible é inestimable que se llama el buen gusto; tales son los ingredientes necesarios en la constitucion de lo que ordinariamente se llama el estilo.

Mantener el equilibrio entre todos estos elementos, mezclarlos con proporcion y medida cargando oportunamente de color la exposicion de las ideas y de los sentimientos; hé aquí la cuestion que debe resolver el escritor; hé aquí el problema cuya perfecta solucion está sólo reservada á naturalezas excepcionales y escogidas.

Los hombres, por medio de las imágenes de los objetos y de reactivos sensibles á la luz, han logrado fijar á perpetuidad y con incomparable exactitud estas imágenes: la fotografia ha consumado ese prodigio que no es la menor de las glorias de la ciencia; pero, ¿y el alma, y el espíritu, y estas sustancias intangibles, más sutiles que la luz misma, más elevadas que el universo de los sentidos, cómo conocerlas, cómo fijarlas, cómo propagarlas, cómo transmitir las por medio de su imagen como el cuerpo?

Una punta de acero y algunas gotas de tinta; este es el medio; estos son los instrumentos, bien toscos á la verdad, con que se revelan, se fijan, se propagan y se transmiten las imágenes de las almas. Su secreto consiste en un no sé qué de típico, de especial, de esclusivo que caracteriza las producciones mentales del hombre, y que todos han convenido en llamar el estilo.

Y en esto no hay nada de extraño, ni de paradójico, ni de erróneo, porque la escritura es la fijacion de la palabra, y la palabra es el único medio de revelacion espiritual del alma, como las impresiones son el único medio físico de revelacion de las formas corpóreas. Así como la fotografia fija los cuerpos por su expresion, que es su forma, la escritura fija las almas por su expresion apreciable, que es la palabra.

¿Qué es, pues, el estilo? Puede decirse de él, con respecto á la palabra hablada ó escrita, lo que decia del alma con respecto al cuerpo el incomparable Tomás de Aquino. Este definia el alma diciendo que era la forma sustancial del cuerpo: el estilo es como la forma sustancial de la palabra: es una cosa como su traba, su urdimbre, su carácter, su espíritu, su esencia, su alma: es, á causa de la superioridad del espíritu, lo que decia Buffon en una frase tan justamente célebre como exacta: *el estilo es el hombre mismo.*

(1) Véase LA AMÉRICA de 8 Junio 1880

Es el estilo un carácter tan distintivo de un hombre que con él sucede lo que con el rostro y la figura. Buscad entre los muchos millones de hombres que habitan hoy toda la tierra; remontáos á todas las generaciones que vivieron en épocas pasadas, y con dificultad encontrareis dos personas que se asemejen físicamente hasta el punto de confundirse. Haced lo mismo con los estilos, y todavía será más raro hallar una perfecta semejanza; pues es más difícil encontrar dos almas semejantes que dos cuerpos gemelos, y tal vez imposible hallarlas iguales.

Tenia muchísima razón el ingenioso naturalista francés: *el estilo es el hombre*. Fácil es cambiar artificialmente su propio rostro, disfrazar su expresión, su forma, su color; cambiar el metal de su voz, alterar el aire de toda su figura; pero el estilo, como el color de los ojos, es inalterable: todo esfuerzo intentado para ocultarlo, cuando se está expresando sus propias concepciones ó sentimientos, es inútil, y en vez de ocultarlo lo revela mejor.

No podemos menos de sonreirnos cuando vemos un hombre que no es José Selgas, y que por lo mismo no tiene su misma alma, y por consiguiente su mismo estilo natural, trata de imitarlo. Aquel quebrantamiento de las frases, aquella trituración de las ideas separadas violentamente, aquella mutilación forzada, enemiga del ritmo cadencioso tan necesario en la prosa como en el verso, nos hacen pensar en los lagartos despedazados, cuyos trozos parecen con vida porque tienen convulsiones.

No es imitando automáticamente como el estilo se mejora: es perfeccionándose á sí mismo; es estudiando para desarrollar sus facultades y sus gustos; porque la grotesca gesticulación imitativa no es el gesto natural que anima y acentúa la expresión.

El estilo es como el vo de la palabra: no se puede hacer abstracción de él; en donde quiera que ella esté, allí estará; y si él no está, la palabra estará muerta: será un simple sonido sin sentimiento ni significación. El estilo es el hombre.

El estilo ni se da ni se adquiere; pero, como lo hemos dicho ya, sí se perfecciona; y su perfección depende del incremento de las facultades y aptitudes indicadas al principio de este escrito. El Estilo puede cambiar en un mismo hombre, y en épocas más ó menos lejanas, pero conservando su índole general, su tipo, su carácter, su genio: nunca habrá un cambio completamente radical, porque no le es permitido al hombre cambiarse absolutamente á sí mismo. «Natural y figura hasta la sepultura» ha dicho, con razón, la sabiduría de las naciones.

El estilo es como lo llamado por los joyeros *las aguas* de una piedra preciosa; la talla no las purificará ni las enturbiará más de lo que naturalmente son: la talla pondrá de relieve ó más visibles sus buenas cualidades y encubrirá discretamente sus defectos para el exterior; pero la talla no alterará nunca su constitución íntima.

Entre un millón de escritos sobre un mismo tema reconoceréis el de un amigo íntimo con quien hayais tenido un comercio activo de ideas; y lo reconoceréis en su obra con tanta certidumbre como si viérais su rostro estampado en ella. A algunos, á los que no son observadores, parecerá esto una exageración tal vez, y podrían presentarnos, como objeción, casos personales; mas á éstos podrían contestárseles que los que no se fijan en las fisonomías, ó no tienen la facultad retentiva de las imágenes, pueden no reconocer tampoco á un amigo que se haya ausentado algún tiempo ántes, ó á quien vean con otro traje que el acostumbrado; y sin embargo, nadie puede negar que la fisonomía de un hombre es uno de sus principales caracteres distintivos, el más importante quizá de todos los que caen bajo el dominio de los sentidos.

El goloso, el hombre de la sensualidad que ha perfeccionado el órgano del gusto, halla diferencias marcadas, distinciones inequívocas, en manjares que conservan el mismo sabor para el abstinentes ó el ascético. El buen criterio en materia de letras, cuando no es genial, es el resultado de una prolongada y laboriosa experiencia. Aquí, como en todas partes, tropezamos con la necesidad y los beneficios del trabajo, esta bendita maldición celeste.

Decid á todos los literatos existentes y pasados que expresen á su manera esta sencillísima frase: «Son las doce de la noche;» y entre ellos uno, pero uno solo, Shakespeare, dirá como en los *Sueños de una noche de Estío*: «La lengua de hierro de media noche ha dicho doce.» Aquél que entre sus muchos estudios literarios haya comprendido las producciones de este hombre extraordinario que, en vez de escribir, grababa ó esculpía, lo reconocerá en la más sencilla de sus frases con la misma certidumbre y delicia con que un sabio cador de vinos exclama, saboreando el contenido de una copa: hé aquí el Tokay, ¡el vino de los reyes!

Del mismo modo el conocedor en pintura exclama en presencia de un cuadro: hé aquí un Rubens, hé aquí un Murillo, hé aquí un Velázquez, sin equivocarse jamás, ó el músico recoge las notas que vagan por el aire agitadas ó lentas, tumultuosas ó apacibles, juguetonas ó melancólicas, para reconocer inequívocamente en ellas las inmortales armonías de Rossini, de Beethoven ó de Mozart.

Porque en todas las cosas, hasta en el más insignificante artefacto, hay estilos; y estilos inequí-

vocos, porque así como nunca se hallará en la rosa el perfume de la violeta, ni se oirá el gorjeo del ruiseñor en la garganta del hipopótamo, ni en las linfas del riachuelo el estrépito de la tronante catarata, nunca se hallará la palabra enérgica en el alma débil, la expresión suave en el corazón violento, ni los grandes estilos en las almas vulgares.

Todo es armonía en las obras de Dios. Lavater ha escrito páginas admirables sobre la correlación armoniosa de las facciones del rostro humano; y Cuvier ha hecho milagros de ciencia deduciendo formas generales de insignificantes incidentes.

Tomad, según el primero, los más excelentes atributos de diversas hermosuras; juntad los dos hermosos ojos de una mujer hermosísima con la bella frente de otra que también lo sea; y con el labio de purísima perfección de una tercera; y con el cabello incomparable de otra; y así sucesivamente hasta completar un sér humano. ¿Os figurais haber alcanzado así el tipo supremo de la perfección artística? Pues os engañais lastimosamente: porque el resultado será un monstruo.

Tomad, como lo hacia el otro sabio mencionado, el diente de un animal desconocido, sepultado en las entrañas de la tierra muchísimos millones de años ántes de que la pisara la planta pecadora de la humanidad; y de deducción en deducción, por medio de una lógica rigurosa, cuyo único fundamento es la armonía y el orden, reconstruireis, sin equivocaros en una línea, toda la fantástica figura de aquel sér que fué una realidad más extravagante que las más locas y atrevidas quimeras deliradas por la imaginación humana.

Unidad vária ó variedad una: tal parece ser la ley general de las creaciones de Dios, que por ser de Dios, son esencialmente lógicas....

La literatura es una paleta tan rica de colores que puede hallarse en ella un número infinito de matices, distintos todos; de tal suerte que á la palabra *estilo* puede aplicarse todos los calificativos de todas las lenguas. Hay estilos altos, estilos bajos; estilos claros, estilos oscuros; estilos suculentos, estilos inspidos; estilos robustos, estilos secos; estilos fecundos, estilos áridos; estilos dulces, estilos amargos; estilos largos, estilos cortos; estilos encantadores, estilos repugnantes; estilos hidrópicos, estilos tísicos; estilos retozones, estilos soporíferos; *et cetera...* y este *et cetera* comprende todos los adjetivos de la lengua castellana, empleados en sentido metafórico.

¿Cuál es el mejor de todos ellos? Sólo se puede contestar así, á esta pregunta: *el más natural y el más oportuno*; porque la naturalidad es el donaire, y la oportunidad la sal de todas las cosas. El sarcasmo en una escuela amorosa; la poesía erótica en una disertación matemática; el alfiler en una belicosa proclama; la metafísica en una balada; el buen humor en una oración fúnebre; la chanza en una necrología; la diatriba en una pastoral; la chocarrería en un sermón, son contrasentidos inaguantables, por brillantes que sean las cualidades del literato ó del orador cuando los aplica á situaciones que ni los exigen ni los soportan.

Tal vez este discernimiento constituya la parte principal de lo que se llama *el buen gusto*, ó sea, á nuestro entender, el refinamiento de la sensibilidad conseguido con la experiencia. Esta experiencia consiste en el estudio, en el trabajo lento, asiduo, persistente, cuidadoso, tenaz, sobre los buenos modelos que indican el camino, y sobre los malos que, por el contraste, lo señalan también.

Peró, para que este trabajo sea provechoso no basta hacerlo sobre los clásicos antiguos que son expresiones de otra época, muerta ya; sino que es preciso también hacerlo sobre los autores contemporáneos que tienen más vida por representar mejor el espíritu de la época.

Conocemos profundos humanistas, eruditos conocedores del griego, del latín y del español antiguo que, á fuerza de vivir entre las fosas literarias, han adquirido un estilo que pudiera llamarse *cadavérico*, por el fuerte olor á momia que de su lenguaje se desprende. Ni un átomo de calor, ni un rayo de imaginación circula por sus páginas escrupulosamente correctas, sin duda, pero yertas, rígidas, estiradas, sin la más leve animación que conmueva simpáticamente el alma de los lectores.

La corrección es un precioso elemento del estilo; pero no es lo esencial de él: *la corrección no es el alma*.

La idea es el objeto principal de todo escrito y como el esqueleto que lo consolida y le da forma. Es imposible la existencia de un escrito que merezca este nombre sin ideas ó juicios que expresar, ora sea para manifestarlos, ora para transmitirlos. En ciertos géneros literarios, como en el didáctico, la idea es exclusivamente el objeto y el fondo, pero toca al estilo darle relieve y nitidez á esta idea para que consiga su objeto el escritor. Para ellos, ó para otros muy análogos, es para los que el estilo llano, claro, sencillo y transparente es inapreciable. La palabra corre por sobre las ideas, enlazándolas y uniéndolas, como las ondas transparentes de un riachuelo sonoro que dejan ver hasta la más pequeña piedrecilla, hasta la más menuda arena de su fondo: así se percibe, y sin esfuerzo, hasta el más insignificante pensamiento en el ánimo del escritor. Este es el estilo de las inteligencias claras y de los corazones sinceros.

La imaginación, luz mágica que da cuanto toca vida y resplandores, es otro de los elementos necesarios para marcar y realzar los sentimientos y las ideas: es el encanto y el poder de los grandes poetas y de los grandes oradores. La imaginación,

en el sentido literario de esta palabra, es la facultad predominante de los hombres de verdadero genio que se revelan y se reconocen en todas partes, hasta en la exposición de una fórmula algebraica, que *no pocos* reputan lo más frío y más prosaico de todo cuanto existe.

Sin embargo, esta casualidad sin la idea que es hija de la instrucción, no basta por sí sola para formar un escritor que merezca el nombre de perfecto ó de notable. Cuando leemos un escrito de estos niños que rebosan en sentimientos ardorosos y se evaporan en imágenes llenas de fuego y de colores, sin ningún pensamiento sólido y estable, nos parece contemplar un cuadro pintado con humo y fuego: el menor soplo disipa el uno y apaga el otro, no quedando nada, ni aún el lienzo.

Para que la excesiva imaginación sea aceptable en la literatura es necesario que esté apoyada por la idea exacta que es como el núcleo de las imágenes, como el cuerpo sólido que se coloca en el interior de una llama para que ésta irradie y resplandezca con mayor intensidad. De otro modo, el escritor se asemeja á cierta experiencia neumática que consiste en hacer hervir el agua por la carencia de presión. Los que no saben hacer más que una fantasmagoría de figuras de retórica, son hombres que *hierven á frío*, probablemente por la vacuidad de su cerebro. La imaginación es el color, pero la idea es el sujeto necesario para que aquel sea aplicable. *La idea y la imaginación si están en el alma*.

La idea es como el acero de la elocuencia que, armada de la lógica invencible, taladra y desmenuza los obstáculos: la imaginación es como el fuego que devora lo que por su naturaleza se escapa á la acción de la primera. No hay poder humano que en las campañas del espíritu pueda resistir á estas dos fuerzas combinadas, porque con este *acero incandescente* se consume lo que no se puede despedazar.

La erudición es un tesoro en que el alma del hombre estudioso almacena los adornos y las armas defensivas y ofensivas; pero su llave debe estar encomendada á la sobriedad y á la prudencia de un guardian que para ser útil debe ser discreto. Este guardian es el buen gusto, el tacto literario que sabe mantenerse á tanta distancia de la charla inoportuna, como de la fastidiosa sequedad. Manejado así, ese otro elemento es necesario para la perfección y la gracia del lenguaje, porque como lo decía Goethe: «Para saber bien alguna cosa es necesario saberlas todas». Esto es indudablemente imposible, pero se aproxima más al ideal del escritor el que haya logrado acumular mayor número de conocimientos que sean tan variados como exactos.

Imposible nos parece que un buen literato, en el sentido ordinario de esta palabra, escriba bien sobre mecánica, sobre geología, sobre química, sobre industria, sobre astronomía, sobre metafísica, sobre las artes liberales, si no las conoce á fondo con la verdadera significación y con el uso oportuno de sus términos y modismos técnicos; y que pueda engalanar sus escritos con imágenes adecuadas extraídas de ciencias ó de artes en que sea absolutamente lego.

La idea, pues, que forma el esqueleto y el alma del escrito; la imagen que le da vida, animación, colorido y simpatía; la corrección que perfecciona y armoniza las formas; la erudición sóbria y acertada que interesa é instruye.....; y todo esto cubierto y enlazado por un estilo de gasa, al través del cual, y de la imagen, se perciba la idea con claridad y sin violencia, tal es para nosotros el bello ideal del escritor.

FRANCISCO DE P. MUÑOZ.

Medellin, (Nueva-Granada).

DE LA PINTURA ESPAÑOLA CONTEMPORANEA.

Discurso leído ante la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando por don Manuel Cañete, al tomar posesión de su plaza de académico de número.

Si al atravesar esos umbrales, llamado por vosotros á intervenir en las áridas tareas de esta ilustre corporación, no hubiera de ocupar un asiento que la muerte ha dejado vacío, ¿qué satisfacción podría igualar á la que me ha proporcionado vuestra honrosa benevolencia? Pero como no hay en el mundo dicha cumplida, nublá mi gozo en tan solemne ocasión no ver aquí al Sr. D. Juan Montenegro (cultivador amante de la pintura), ni al sábio magistrado y repúblico, al noble y fervoroso amigo D. José María Huet, modelo de integridad, que ántes que nadie quiso traerme á vuestro lado, y cuyo nombre vive impreso en mi corazón con indelebles caracteres.

Nos ha tocado vivir en época muy azarosa; época de luchas civiles, de transformación social y política, en que hemos visto á los vándalos de la civilización destruir monumentos inapreciables debidos á la piedad, riqueza ó buen gusto de nuestros mayores; quemar tablas y lienzos maravilla de la pintura; despedazar estatuas y bajo-relieves admiración de los siglos.

Resucitando errores pulverizados ya repetidas veces á impulsos de la verdad; agitando antorchas que deslumbran, pero no iluminan, los apóstoles de la que hoy se juzga nueva idea corren ciegos al revuelto mar de una barbarie no menos destructora y sangrienta que la de Atila, y amenazan á los puros deleites del espíritu con espantoso naufragio. Desvanecidos por el demonio de la soberbia, preciados de vivir en el siglo de las luces, llevan su obcecación y fanatismo al extremo de llamar siglos oscuros y semi-bárbaros al que erigió catedrales como las de Toledo, Leon y Búrgos, y al que abrió

paso á un nuevo rumbo de la civilizaci6n universal con la invenci6n de la imprenta y el descubrimiento de las Indias occidentales. Como si el saber humano hubiera reservado exclusivamente para ellos los tesoros de la ciencia, miran con irritante menosprecio la portentosa edad que ilustran edificios como el Escorial, pensadores como Soto y Melchor Cano, escritores y poetas como Granada, Leon, Mariana y Cervantes; escultores como Berruguete y Becerra; pintores como Blas del Prado, Vargas, Juanes, Navarrete, Pantoja, Sanchez Coello, Roelas y cien otros mäs. Semejante ofuscazi6n deja ver que no es la modestia patrimonio de esas gentes, si no hemos de atribuir á ignorancia ó á malicia su afanoso empeño de abatir las prodigiosas creaciones y notables adelantamientos de las edades pretéritas.

No vengo á este lugar como apasionado cantor de pasadas glorias, ni ménos aún como detractor de glorias presentes. Vosotros que habeis hecho esfuerzos tan patrióticos, y no siempre afortunados, para evitar la destrucci6n de monumentos artísticos, sabeis mejor que yo á cuän alto punto logré subir el culto de las Bellas Artes en los calumniados tiempos de la preponderancia española, y cuänto hay que trabajar, no ya para sobrepujar á los arquitectos, escultores y pintores de aquella época, sino para competir dignamente con sus aciertos y perfecciones. Mas si la notoriedad de su mérito no ha bastado á impedir el sañudo afan con que los mentidos regeneradores de nuestros dias vilipendian cuanto ha nacido al amparo de la civilizaci6n católica, móvil y fuente verdadera de la grandeza de España, tampoco fuera justo dejarse arrastrar en la corriente de ese odioso exclusivismo contestando á una injusticia con otra, ni tener en poco el esfuerzo de los que modernamente han luchado por sacar al arte español de la postraci6n en que yacía.

El novísimo renacimiento de nuestra pintura, iniciado y desarrollado ántes de mediar el presente siglo, prueba que la facultad de producir obras bellas no se ha extinguido entre nosotros. París, Viena y Filadelfia han premiado en sus grandes certámenes universales no pocos lienzos de pintores españoles. Francia, Austria y los Estados-Unidos de la América del Norte han mostrado á la faz del mundo que á pesar de hallarnos envueltos en tanta civil discordia, en tanta lamentable ruina material, intelectual y moral (fruto acerbo de añejas culpas y de recientes desórdenes), el número pictórico vive y florece en nuestro suelo, compitiendo á veces sin mengua con el de naciones más adelantadas y más felices. Pero ese florecimiento de la pintura, que de cuarenta años á esta parte ha demostrado tal vigor, ¿es tan cabal y fecundo en todo como pudiera y debiera ser para ponerse en consonancia con las arrogantes exigencias de la cultura actual? Salvas excepciones honrosísimas muy recientes, ¿no presenta entre nosotros á cada hora síntomas de mortal y lamentable extravío?—Permitidme someter á vuestra consideraci6n algunas breves observaciones sobre materia tan importante, y cumplir así con la obligaci6n, fácil para cualquiera de vosotros, difícilísima para mí, que me imponen los Estatutos de esta preclara Academia.

Desdichada raza, señores, la de aquellos que prescinden de la tradici6n y miran con desden los ejemplos y enseñanzas de lo pasado. Su prurito de romper la misteriosa cadena cuyos eslabones enlazan insensiblemente los descubrimientos y el saber de los siglos, tanto como la esfera social ó política es funesto y asolador en las regiones del arte. No quiere esto decir que el artista se haya de atener en sus creaciones á ninguna pauta dada: el nombre mismo de creaci6n excluye semejante servilismo. Pero téngase presente que así como tratará en vano de traducir su pensamiento en bellas composiciones pictóricas el que carezca de toda noci6n de dibujo, por aventajadas que sean su aptitud y facultades, así también andará á ciegas y se descarrará muy luego quien fiado en esas facultades y esa aptitud, poseedor ya de los medios de representaci6n peculiares de la pintura, creyéndose con elementos suficientes para volar por sí solo, prescinda del estudio de los grandes maestros y del exámen comparativo de las diversas escuelas, que contribuye tanto á formar ó depurar el gusto.

Atinadamente observan algunos que las Bellas Artes tienen una peculiaridad notable; y es, que el más claro entendimiento y el juicio más exacto, unidos á la mayor erudici6n y á la más constante laboriosidad, de nada sirven si el artista carece del sentido interno que hace percibir con claridad la belleza, si no está dotado de la íntima facultad que lleva en sí la potencia de crearla.

A esta verdad comprobada en todas épocas por la multitud de artistas mediocres que pasan sin cautivar la atenci6n de los entendidos ni dejar huella en la historia, añade un escritor, destrísimo en quilatar el mérito de los pintores contemporáneos, que no cabe en el arte un progreso análogo al que es posible en las ciencias. Porque, bien mirado, ¿qué poeta ha conseguido sobrepujar á Homero? ¿Cuál á Dante? ¿Qué escultor de ahora vence á Fidias? ¿Quién oscurece á Ghiberti? ¿Dónde hallar hoy pintor ninguno que supere á Leonardo de Vinci, á Rafael ó á Miguel-Angel? Con razon harta se asegura que la concepci6n de lo bello, que para realizarse y exteriorizarse emplea las formas y símbolos externos que la excitaron, no es adicionalmente perfectible. Renuncie, pues, á merecer nombre de artista quien carezca del sentimiento de lo bello y no revele en sus obras lo que podríamos llamar vida del alma.

Nadie medianamente versado en estas materias ignora que la imitaci6n es el medio, no el fin del arte. Y si la imitaci6n es ineficaz por sí sola para crear obras bellas cuando el artista se limita, no á interpretar idealizando, sino á copiar estrictamente lo que vé, sin poner en tal labor nada suyo, ¿qué será cuando en vez de buscar el pintor modelo en la naturaleza, aunque sea para reproducirla con nimia fidelidad, lo busca en las genialidades ó defectos de uno ú otro pintor célebre? ¿Qué será si, además de seguir por tan mal camino, carece del sentido interno y de la poderosa facultad á que antes me he referido?

Un profundo orador sagrado que excede á muchos tratadistas de estética en su manera de concebir y expresar claramente lo que es el arte, lo que constituye al artista y qué entiende por belleza, me ahorra el trabajo de discurrir por cuenta propia sobre estos particulares. Permitidme resumir

su pensamiento y recordar aquí sus palabras, para sentar con autoridad tan competente premisas en cuyas consecuencias importa mucho fijar la atenci6n.

Segun él, «el arte es la expresi6n de la belleza ideal en una forma creada; y la obra de arte consiste en dar forma sensible al bello ideal, no sólo á semejanza de la hermosa naturaleza que se ostenta á nuestros ojos, sino también de la hermosa idea que como pura estrella derrama su luz desde el fondo de la esencia divina en el fondo del alma humana.» Lo que constituye al artista, lo que al ménos le predispone á crear obras maestras, es «un modo superior que le está reservado de ver lo bello que se manifiesta y de sentir lo bello que vé; no la intuici6n ni la imitaci6n de las cosas creadas tales como son y como se observan en la realidad fenomenal, sino la intuici6n y la expresi6n de las cosas vistas en la luz trasfigurativa de su ideal, la potencia de ver y alcanzar ese ideal en grado supremo, y de darle realidad visible en brillante forma.»

El elocuente orador á que me refiero entiende, además, de acuerdo con la doctrina de San Agustín, que la belleza en quien se compendian y enlazan unidad, variedad, conveniencia, proporci6n, simetría, poder y armonía, es el esplendor del orden; mas no del orden abstracto, vacío y muerto, sino del vivo y resplandeciente que lleva consigo el esplendor de la unidad. Ahora bien, si ante el orden y armonía que salen del fondo y brillan en la superficie de los seres no sentís las súbitas intuiciones y viva penetraci6n de lo bello; si al recorrer en la tierra las varias gerarquías de belleza que en ella se pueden ver, no subís gradualmente la escala misteriosa que conduce de la contemplaci6n de las bellezas terrenas á la de las celestiales; si no os eleváis hasta su arquetipo eterno, y vuestra contemplaci6n de la belleza real no está bastante libre de la esclavitud de la materia para empujaros con sublime soplo á contemplar la belleza ideal; en suma, si vuestro génio no logra subir hasta el ideal mismo, y no al ideal abstracto, vacío, estéril y muerto, único que sobrevive á la extinci6n de las doctrinas espiritualistas, sino al concreto, sustancial, vivo, que reside en Dios,—jamás llegareis al punto culminante de la creaci6n artística; porque nunca pondreis en vuestras obras ni un reflejo de aquella belleza divina por la cual son bellas todas las cosas, y sin la que nada bello existiría en la naturaleza ni en el arte (1).

Perdonad, señores académicos, si repito en este lugar especies que no teneis olvidadas, y que son elementales para cuantos rinden culto á la belleza artística esforzándose por darle vida en sus obras ó procurando desentrañar y apreciar sus misterios y excelencias. Bien sé que nada de lo que yo diga aquí será nuevo para vosotros. Ni poseo la intuici6n y el saber necesarios para inventar teorías luminosas sobre la filosofía del arte, ni abrigo la insensatez de apoderarme de las ajenas y darlas por propias, como lo hacen muchos que presumen de originales y se avilantan á doctrinar á los que pueden ser sus maestros. Mas por conocidas que os sean tales nociones, con las que están de acuerdo estéticos de muy diversas escuelas, conviene recordarlas para que se graben en la mente de la juventud estudiosa, ya que hoy son tantos los consagrados al ejercicio del arte que, debiendo alimentar con ellas su espíritu, dan muestras de desconocerlas ó olvidarlas.

No me cansaré de repetirlo: artista que se desentiende de la belleza ideal circunscribiéndose á reproducir groseramente lo que se ofrece á sus ojos, ántes que por verdadero artista se ha de tener por enemigo del arte. Escuela que prescinda en sus creaciones de cuanto hay en el hombre de más elevado, inmaterial y divino, en vez de producir bellas obras sofocará la inspiraci6n y acabará por matarla, ó lo que es peor todavía, por degradarla y envilecerla.

El arquitecto insigne á quien se debe la cúpula de San Pedro; el que esculpió con cincel prodigioso las figuras de David y Moisés; aquel cuyos peregrinos pinceles han dejado en la Capilla Sixtina la maravillosa escena del juicio final, el que pulsando la lira de Dante brilla entre los poetas clásicos italianos de la edad de oro, ha dicho en versos que no morirán:

L'immortal forma al suo carcer terreno
Come angel venne;

y lo ha dicho, seguro de que nadie podría decirlo con mayor conocimiento de causa, porque en su opini6n, fundada en principios ya sentados por la docta antigüedad,

Non ha l'ottimo artista alcun concetto
Ch' un marmo solo in sé non circoscrive
Col suo soverchio, e solo a quello arriva
La mano che obbedisce a l'intelletto.

Si las especulaciones de filósofos y críticos destinadas á investigar los fundamentos de la belleza ó su atinada encarnaci6n en obras artísticas no estuvieran contestes en buscar el verdadero sér de lo bello en algo que está por encima de los medios y el modo de ejecuci6n de las diferentes artes, la autoridad de un hombre como Miguel-Angel bastaría para persuadirnos de que la simple reproducci6n de un modelo, cuando no la anima el fuego interno de la inspiraci6n, es ineficaz para poner en movimiento la especie de corriente eléctrica que se establece, á vista de una bella estatueta ó de un cuadro hermoso, entre el alma de su creador y la del que admira lo creado.

Miguel-Angel lo ha visto con la portentosa visi6n de los génius próceres, y ha traducido su idea en el lenguaje de las musas para que la virilidad y armonía de los versos la hiciese más eficaz y duradera: la forma inmortal, esto es, la forma bella, que sobrevive á la existencia del que le da sér, como ángel venido de las alturas toma cuerpo en su cárcel terrena, que es la obra de arte, mediante la inspiraci6n alimentada por la belleza ideal, manantial perenne de aguas vivas. En su opini6n los grandes artistas no abrigan pensamiento alguno que no esté encerrado en el mármol, velado por aquella porci6n de la piedra que ha de arrancar el cincel; más sólo consigue darle bella forma la mano que obedece á la inteligencia. Esto que dice el Fidias del Renacimiento refiriéndose á la escultura, puede igualmente aplicarse á la pintura y á todas las nobles artes en quienes la mano, es decir, el medio de ejecuci6n, no es ó no debe ser otra cosa que

mero instrumento de la inteligencia. Cuando no la obedece, y el procedimiento material, por decirlo así, procura sobreponerse á la inspiraci6n, al sentimiento, á la fantasía, en una palabra, á la ideal belleza que en su representaci6n artística no parte de invenciones caprichosas ni de extravagantes ensueños, sino de los datos que le proporciona la naturaleza misma, no hay para qué decir que el arte pierde la dignidad que lo realza para convertirse en una especie de oficio mecánico desnudo de toda persuasiva elocuci6n.

Tenemos, pues, que la ciencia moderna que ha sistematizado el estudio filosófico de lo bello, ahondando en él y procurando subir al conocimiento de sus primitivas fuentes, y el esclarecido poeta, el gran pintor, escultor y arquitecto que á este conocimiento fundamental y teórico ha unido como ningun otro desde la clásica antigüedad el dominio y soberanía en la práctica de todas las Bellas Artes, están concordes en el modo de apreciar su esencia, y dejan ver que en realidad de verdad el arte no consiste en reproducir la forma de los seres ó de los objetos con sus simples accidentes materiales y reales, bellos ó feos, sino en encontrar la expresi6n sensible de la fórmula ideal de las cosas, encarnándola y vivificándola armónicamente en sus creaciones.

¿Sigue ahora esta tendencia, propende la pintura española á realizar hoy este augusto fin?

Para contestar con mayor conocimiento á tales preguntas conviene echar una ojeada sobre las vicisitudes que ha experimentado aquella desde que Carreño y Coello cerraron con llave de oro el gran período de nuestras glorias pictóricas. Procuraré hacerlo brevemente para no causar demasiado.

No me detendré á investigar las causas que originaron la decadencia de nuestra pintura en las postrimerías del siglo XVII. Aunque algunos la atribuyan exclusivamente á las ideas que á la saz6n reinaban entre nosotros y al menoscabo que por ent6nces experimentaba nuestra grandeza, desmoronándose rápidamente aquel sin igual imperio que desde el tiempo de los Reyes Católicos habia predominado en el mundo, la verdad viene á desmentir esta absoluta, en desdoro de los que mutilan ó descoyuntan la historia si los hechos no encajan fácilmente en el molde del sistema que aspiran á sublimar. Los reveses de la fortuna, caprichosa con los pueblos como con los hombres; el conjurado interés de naciones muy poderosas, tanto más sañudas enemigas de España cuanto más habian sentido largos años el peso de nuestra prepotencia militar y política, y mil otras circunstancias eventuales, que no es de este momento apreciar, coadyuvaron á debilitar y enflaquecer el poderío español, que no podía sustraerse á la ley comun segun la cual las naciones, lo mismo que los individuos, tienen sus épocas de crecimiento y apogeo, de decadencia y ruina.

Mucho ántes que España empezara á descender del s6lo de su esplendor, la pintura (casi olvidada ya en Italia del encantador espiritualismo de Giotto, del Beato Angélico, de Gozzoli, de Credi, del Perugino) habia caído desde la sublimidad ó hermosura de un Leonardo, de un Miguel-Angel, de un Bartolomé de la Porta, de un Rafael, de un Tiziano, de un Andrés del Sarto, de un Corregio, en suma, de la maravillosa pléyade que ilustró el último tercio del siglo XV y la primera mitad del siguiente, en depravaci6n y amañeramiento muy deplorables. Tan así es, que los historiadores de las Bellas Artes en aquella privilegiada península no pueden ménos de enojar el valor de los esfuerzos que efectuaron para atajar la corriente de la decadencia, ántes de terminar el buen siglo, Barocci, los Caracci, el Caravaggio, Cardi de Cigoli y algunos otros pintores, grandes sin duda comparados con sus coetáneos; pero que no lograron dominar enteramente las cumbres donde florecieron y brillaron aquellos insignes maestros.

Ejemplos hay en nuestra historia, y ejemplos eficacísimos que contradicen también á los que señalan como origen de la decadencia del arte español durante el siglo XVII la índole esencialmente católica de nuestra civilizaci6n y cultura en aquella época. Por más que los enemigos de todo elemento vigoroso de autoridad se ensañen hoy principalmente con lo que llaman fanatismo de nuestros mayores, suponiéndolo causa primordial ó única de los errores y desastres que amenguaron nuestra importancia intelectual y abatieron las fuerzas de nuestra naci6n al declinar y sucumbir la dinastía austriaca, nadie podrá negar (prescindiendo de lo que ocurría en otros dominios de la inteligencia) que en el siglo XVII el teatro español se remontó á las mayores alturas, avasalló al de las demás naciones de Europa, y asombró al mundo con la sin igual abundancia, con la variedad y riqueza de sus prodigiosas creaciones. En ese mismo siglo de menoscabo para nuestra España aprendieron á manejar los pinceles y llenaron de maravillosos lienzos alcázares, templos, y claustros los dos pintores de mayor fama y que han sobresalido más entre todos los españoles: Velázquez, el portentoso naturalista, el noble talento del que dijo Mengs que no quiso seguir á nadie; aquel á quien la moderna crítica francesa estima el primero de los maestros, y ante cuyos insuperables retratos cree Viardot que la imaginaci6n puede evocar á los hombres de otra era y renovar el milagro de Prometeo: Murillo, el pintor del cielo, que supo hermanar la verdad de la naturaleza con el más poético idealismo, y del que piensa un ilustre italiano del siglo presente, el erudito y celebrérmo César Balbo, que para ser tenido en todas partes por el segundo pintor del mundo le falta únicamente ser más conocido fuera de su patria; que tal vez no se le pueda llamar segundo sino del único *inarrivabile* Rafaelo (1).

Concierten estos fenómenos los que suelen tergiversar los hechos por fanatismo ó por sistema, y sigamos adelante.

Al nacer el siglo XVIII y dejar de existir Carlos II á principios de Noviembre de 1700, la pintura y los pintores de mérito relevante habian acabado ya en España. Muerto Carreño en 1685 y Cláudio Coello en 1693, el arte que tanto ilustraron en aquellos dias de general extravío procurando mantener en vigor las máximas de los buenos maestros, sin dejarse contaminar del corruptor y degenerado eclecticismo que á la saz6n prevalecía en Italia y en toda Europa, vino á perderse en el mal gusto difundido por el ejemplo de las atrevidas y desbordadas obras del napolitano Lucas Jordan,

(1) El P. Fátim.

(2) *Delle arti del disegno.*

á quien la moda del tiempo colmó de favores aclamándole rey del arte; el cual, á pesar de su fogosidad, de su génio, de sus extraordinarias facultades, extremó el vicioso estilo de Pedro de Cortona, y cuyos peligrosos arranques, deslumbrador arteficio y desvariada franqueza precipitaron ó acabaron de hundir la pintura en el abismo de lo amanerado y de lo falso.

Terminada la guerra de sucesion, asegurado en el trono de España el nieto de Luis XIV, el recuerdo de la predileccion que tenían en Francia por las Bellas Artes le indujo á procurar restaurarlas en su nueva pátria, devolviéndoles el esplendor que habían alcanzado en ella bajo el cetro de los Felipes, y de que tuvo la pintura representantes capaces de honrarla hasta en el reinado de Carlos II. Ni las corrientes de la época ni el estado general del país eran apropiados para conseguirlo. Las buenas intenciones de Felipe V, ilustre fundador de la dinastía Borbónica, se estrellaron en escollos insuperables. Cuando el contagio es universal y está en la atmósfera, la voluntad y la fuerza humana son impotentes para vencerlo y dominarlo á su arbitrio.

Considerando el estado á que había venido la pintura, merced á los creadores del estilo fácil y abreviado, fascinador y engañoso, como atinadamente lo califica un benemérito compañero nuestro (1), Fernando VI dió nuevos pasos en la reforma del gusto y adoptó cuantas medidas se creyeron conducentes al logro de tan alto fin. Mas ni los afamados pintores traídos á España para que aleccionasen y sirviesen de norma á la juventud; ni la creacion de esta Academia, que desde sus primeros dias contribuyó á dirigir los estudios por mejor camino, dieron tan prontos y bien sazonados frutos como eran de desear. Para regenerar el arte sacándolo del laberinto en que se perdía, se necesitaban los esfuerzos de un coloso; y ni Hovasse, ni Amiconi, ni Vanlío, ni Giacuinto, ni ninguno de los que entonces enseñaban entre nosotros la enseñanza artística, poseía el temple del alma necesario para sobreponerse á la moda y subordinarla vigorosamente á principios que ellos mismos desconocían ó eran los primeros en desatender.

Gracias á la ilustrada proteccion del trono, la pintura empezó al fin á experimentar cambio notable bajo el cetro de Carlos III, volviendo á templar su sed de hermosura en el puro raudal de la naturaleza, y convirtiendo su distraida atencion al estudio de los preclaros maestros de los siglos de oro. Mengs, aplaudidísimo en Italia y Alemania, cuyas obras se buscaban desde Rusia al cabo de Finisterre, segun lo afirma Cea Bermudez en su erudito y copioso *Diccionario*, fué el llamado por Carlos III á realizar tal mudanza. Si no pudo llevarla á cabo del todo, más bien que á falta de saber y de entusiasmo (en lo que sobrepujaba á sus más célebres competidores) ha de atribuirse á falta de resolucion y brío, á la carencia de aquellas enérgicas facultades sin las cuales nadie logra imponerse y dominar por completo. Sin embargo, sus vastos conocimientos y sanas doctrinas, en quien cifraba principalmente el rey Carlos la esperanza de devolver á la pintura el esplendor que había perdido, empezaron á sacarla del desconcierto en que desfallecía, empleando para lograrlo más severidad en el diseño y mayor nobleza de estilo, y atendiendo á la expresion y á la belleza ideal de un modo punto ménos que ignorado entre los pintores de aquella época.

Como ha sido siempre más fácil corromper y destruir que regenerar y edificar, la reforma del gusto á que las lecciones de Mengs y sus buenas máximas dieron principio, tardó mucho en acreditarse y en echar raíces. Para efectuarla con mayor alcance y rapidez habria sido necesario el impulso de un hombre de génio. Desgraciadamente, ni Maella, flojo y desmayado de suyo, ni Bayeu, el mejor discípulo de Mengs y el más apto para abonar su enseñanza, pueden aspirar á tan alta gloria.

Túvolo, sin duda, grande y originalísimo el celeberrimo aragonés D. Francisco Goya y Lucientes, naturalista como Velazquez, fantástico como Hogarth, enérgico como Rembrandt, y delicado tambien á veces como Tiziano y Veronés, y aun como Watteau y Lancret, segun dice atinadamente, compendiando el valor de sus cualidades distintivas, uno de los escritores que avaloran é ilustran más á esta docta corporacion (2). Sin embargo, la índole misma y el carácter independiente de Goya, contribuyendo á crearle un estilo propio, defectuoso á veces, pero siempre rico en bellezas y tan fogoso como distante del amaneramiento y frialdad de sus coetáneos, le hacian poco á propósito para encauzar el gusto de los demás y atraerlos al camino donde su especial manera de interpretar la realidad, sus genialidades y fantasías alcanzaban tantos y tan señalados triunfos.

Este génio excepcional, harto peligroso para sus imitadores, fué la más alta expresion de la pintura española en el reinado de Carlos IV, no juzgado todavía con la imparcialidad y rectitud indispensables á la historia verdadera. Mas aunque en Goya se vieron reaparecer con singulares impulsos el fuego y la castiza espontaneidad patrimonio de los Riberas y Velazquez, de los Zurbaranes y Murillos (mérito que supieron estimar y recompensar Carlos IV y Fernando VII, de quienes fué pintor de cámara), su ejemplo no consiguió sobreponerse al espíritu rutinario de la generalidad de los maestros, ni apartar del austero clasicismo con que David restauraba en Francia la pintura á los que aquí empezaban á seguirle, imitando y exajerando su sistema.

Para encontrarla otra vez encaminándose al sendero que enlaza lo bello ideal con la realidad humana y la correccion del diseño con la verdad del colorido y el encanto del clarooscuro, de la composicion y la expresion, fuerza es venir al reinado de Doña Isabel II; á los memorables dias en que la inmortal Cristina (como entonces llamaban todos á la Reina Gobernadora) salvaba el trono legítimo asegurando la corona en las sienas de su hija, y daba impulso á la regeneracion del arte sacándolo del sistemático amaneramiento que ni el poderoso estimulante de la originalidad de Goya había logrado abatir.

Agente principalísimo de cambio tan saludable y fecundo fué la bien encaminada enseñanza de esta Academia, y

sobre todo la del sábio profesor de su escuela que ha dejado larga prole de egregios artistas honra del nombre de Madrazo. A él más que á nadie se han debido en nuestros dias los sólidos cimientos de la educacion pictórica. Su profundo saber, sus grandes dotes de maestro y la elevacion de sus doctrinas contribuyeron muy eficazmente al renacimiento de nuestra pintura en el segundo tercio de este siglo. Séame dado rendir aquí á la buena memoria de D. José Madrazo el tributo de alabanza que por ello le corresponde, ya que hoy se alejan tanto de sus provechosas máximas muchos de los que debían estar más interesados en seguirlas, aunque sólo fuese atendiendo al interés de su propia gloria.

En aquellos años de incesante agitacion en que España pugnaba por emanciparse del antiguo régimen, sin que la defensa de las opiniones políticas se hubiese convertido aún en cierta especie de oficio lucrativo para los que saben utilizarlo sin escrúpulos de conciencia, el arte, considerado en todas las esferas propias de su actividad, luchaba entre nosotros por regenerarse y romper trabas inútiles ó perniciosas. Llenos de fé, los pintores que admiraban el giro dado á las obras de su inspiracion por Overbeck y Cornelius, por Ingres, Delacroix, Glaire, Delaroche, Ary-Scheffer y cuantos contribuían en Alemania y en Francia al renacimiento de la pintura procurando con fecunda libertad realizar lo bello cada cual por distinta senda, apartábanse en nuestro país del mal gusto y de la enervadora rutina que durante el siglo anterior había viciado y malogrado tantas excelentes facultades.

No es de creer que se haya borrado tan pronto la memoria de aquellas felices tentativas despertadoras del generoso entusiasmo que por sí sólo es un estímulo para engendrar grandes obras, ni que se haya olvidado la paternal solicitud con que esta Academia se esforzaba por excitarlo y mantenerlo desarrollando en sólidas enseñanzas el germen creador de la verdadera belleza artística. Citar aquí el nombre de los que más y con mejores frutos sobresalieron entonces, sería ofender la modestia de algunos que me están oyendo. Pero ello es que en aquel inolvidable período hasta los mismos pintores de mérito educados en la escuela de los Maellas y Bayeus y pagados de sus condiciones peculiares, como don Vicente Lopez, trataron alguna vez de buscar el acierto por otro camino, merced á la eficacia ineludible de tan poderoso influjo.

El ejemplo del trono contribuyó tambien á propagar el amor del arte. Aún me parece estar viendo estos salones honrados en más de una pública exposicion con pinturas debidas al hábil pincel de la augusta Reina Cristina; y fuera ingratitud no recordar con satisfaccion que un príncipe de sangre Real, el Infante Don Sebastian de Borbon y Braganza, se sentaba entre vosotros y tomaba parte en vuestras benéficas tareas, gozándose en añadir á sus timbres el de apasionado y entendido cultivador de las Bellas Artes.

Ni fueron de poca monta por aquel entonces los esfuerzos del Gobierno en pró de la regeneracion del arte y del poderoso estímulo del interés del artista. Apelando á cuantos medios se le ofrecían para conseguir la una y dar al otro la satisfaccion posible (secundado siempre con empeño por la buena voluntad y las luces de esta docta corporacion), empleando gruesas sumas en adquirir cuadros premiados, abrió á los pintores un porvenir que no hallaban sin tal auxilio; por donde vimos en breve suceder á las modestas exposiciones anuales celebradas en este edificio otras y otras, en períodos ménos angustiosos, ya en los claustros y galerías del antiguo convento de la Trinidad, hoy ministerio de Fomento; ya en las extensas cuerdas de la nueva Casa de Moneda; ya en otros locales dispuestos expresamente para ello, y más capaces de albergar el creciente número de cuadros de varios géneros con que jóvenes llenos de ardor se presentaban en esos certámenes, ansiosos de satisfacer nobles necesidades del alma y de cojer lauros en el huerto de la inspiracion artística.

¡Hermoso renacimiento el que empezó con obras tan bien pensadas y sentidas como el *Godofredo de Bouillon*, las *Murias en el Santo Sepulcro* y el *cuadro de los Girones*; que daba fe del espíritu romántico en los brillantes lienzos de Villamil, Zorrilla del paisaje (tan fantástico, tan desaliado é incorrecto como el versificador, pero no ménos poeta), y que fué desarrollándose y tomando vuelo hasta llegar al punto en que lo admiramos en las últimas exposiciones anteriores á la desastrosa revolucion del año 68!

Temeroso de incurrir en olvido ó en predileccion injusta, no citaré aquí nombres propios. Séame dado, no obstante, recordar con patriótico orgullo el triunfo alcanzado en París por nuestro Eduardo Rosales compitiendo en una exposicion universal con los más famosos pintores contemporáneos de otras naciones. Hijo del renacimiento efectuado bajo el cetro de doña Isabel II, Rosales, arrebatado á la gloria de la pátria en edad florida, descollaba entre los brillantes jóvenes que se han ido dando á conocer ventajosamente en los diversos ramos de la pintura de treinta años á esta parte. Rindiendo culto á la belleza ideal, procurando seguir en los medios de expresion las huellas de nuestro gran naturalista del siglo XVII, aquel inolvidable pintor hace recordar con sus obras, y muy principalmente con el cuadro de *Isabel la Católica dictando su testamento* y con los dos *evangelistas* que habían de ornar el ya destruido templo de Santo Tomás de esta córte (muestra elocuentísima de la majestad y elevacion á que era capaz de subir), los buenos tiempos de la pintura de historia.

Con igual poder en el límite de sus facultades, y con mucha mayor fortuna, otro pintor de altas prendas arrebatado tambien en flor á la admiracion del mundo que no se cansaba de aplaudirlo (tal vez porque su índole se ajustaba más á las caprichosas exigencias del tiempo presente), hizo no ha mucho resonar en todo el orbe la fama de nuestra moderna pintura. ¿Quién que se precie de amar lo bello desconocerá el nombre de Fortuny? ¿A quién ha de ocultársele que para obtener con la sola recomendacion del mérito el aplauso de naciones como Inglaterra, como Francia, como Italia, cuna del arte moderno donde se custodian los más preciados tesoros del arte antiguo, es necesario estar dotado de excelentes calidades?

Y sin embargo, lo mismo Rosales que Fortuny han contribuido al descamino en que hoy vemos á la mayoría de la

juventud consagrada al cultivo de la pintura. La franqueza, quizá extremada, que en ellos era modo genial y propio de interpretar la naturaleza y de expresar lo que pensaban ó sentían (franqueza que no puede emplearse discretamente sin profundo estudio del natural, sin gran dominio del dibujo y del color), en manos de sus imitadores, mal preparados para usarla, se ha convertido en incorreccion y desaliño, cuando no en medio fácil de reproducir ó de realizar lo feo.

Mas no por ello se imagine que al ejemplo de Rosales y á la singular estimacion con que acogieron en París los cuadros de Fortuny, pagados de su brillante estilo, se deba atribuir exclusiva, ni siquiera principalmente, la mala direccion que han tomado en estos últimos tiempos casi todos los pintores españoles enamorados de lo que hoy se nombra *realismo*. Suponerlo así fuera dar en injusticia notoria. El rebaño de imitadores serviles de artistas que sobresalen por su originalidad, tal vez los ménos aptos para imitados en lo que constituye su privativo carácter, lleva en el pecado la penitencia. Limitándose á ver por ojos ajenos, apártase voluntariamente del camino de la verdad, donde no entrará con planta segura quien no estudie y observe sin preocupaciones la naturaleza misma. Esos imitadores de una forma ó de una manera dada, aves de paso en las regiones del arte, no serían peligrosos ni influirían en la marcha y direccion del gusto, si únicamente reflejasen el imperio accidental y momentáneo de un capricho de la moda. Pero ejercen influencia muy trascendental y nociva cuando al servilismo de semejante imitacion va unido el sistemático empeño de prescindir de lo que es de esencia, y de reducir el arte bello á mero esclavo de los medios materiales. Este absurdo materialismo (que se lo concede todo á la forma y al color, y se lo niega más ó ménos deliberadamente al espíritu, á la poética expresion de la belleza ideal, alma verdadera de la inspiracion artística) tampoco entrañaría por sí sólo grandes peligros para la futura suerte de sus creaciones, si no fuera manifestacion parcial de un contagio que se extiende por casi todos los dominios de la actividad humana. Porque lo es, y encuentra en la crítica, no ya quien lo atende, sino quien lo aliente dando pábulo á la propagacion de un mal que tiene más hondas raíces de lo que algunos se figuran, es necesario aplicar el cauterio de muy explícita condenacion á la desvariada creencia que ha venido á torcer el rumbo de la pintura española empujándola hácia el abismo de la nulidad más deplorable.

No hay que forjarse ilusiones: encadenarse por ofuscacion de entendimiento á una opinion equivocada; empeñarse en el triunfo de un falso sistema, porque halaga los sentidos ó alimenta la inclinacion de materiales instintos; desentenderse de lo sobrenatural y perdurable para echarse en brazos de lo terrenal y transitorio, como si no estuviéramos dotados de cuerpo y alma, y ésta no venciese á la muerte traspasando el límite de la mundana existencia, podrá satisfacer á los que reniegan de su origen celestial; pero es vivir constantemente, sin darse cuenta de ello, al borde de un precipicio.

No, no es tal el fin á que debe aspirar el arte. Para que la pintura cumpla el destino que está llamada á realizar, es menester que no se resigne á vivir en situacion tan precaria; que rompa con varonil energía las duras trabas que le han impuesto en nombre de una libertad engañosa; que no se postre en los altares de la mentira que deslumbra con capa de realidad; que no se haga cómplice de los bastardos elementos que por tal camino pudieran arrastrarnos luego á la barbarie. Bajar desde las maravillas pictóricas de la capilla Sixtina, desde las sublimes concepciones de Vargas, de Juanes ó de Murillo, desde los grandes lienzos históricos de Velazquez, y áun desde los mismos cuadros que en este siglo inauguraron y prosiguieron felizmente el renacimiento de nuestra pintura, hasta los desdichados engendros sin vida espiritual y sin verdadero sentido humano en que se apalace el *realismo*, ó hasta la fatigosa repeticion de asuntos pueriles é insignificantes, por lo comun reproduccion chapucera de ciertos tipos en que Goya ejerció su pincel, es punto ménos que hacer burla de lo que hoy se llama enfáticamente *mision civilizadora* de las Bellas Artes.

De ese trasnochado *goyismo* que tanto priva, y á que ha dado a as la mal regida aficion del vulgo que presume de inteligente, no es responsable el esclarecido maestro con cuyo nombre se escuda. Sigúenle, no en sus imperfecciones y yerros, sino imitando lo que hay en él de delicado y hermoso; sigúenle en interpretar la naturaleza con la sinceridad que él lo hacía; piensan como él pensaba (sin que yo trate ahora de apreciar la índole de sus ideas), y entonces los que parodian su estilo, á fuer de espíritus independientes, no aparecerían tan vacíos, ni se pondrían en pugna con los encantos de lo bello como acontece á cada paso.

Yo bien sé que el arte se presta á representar toda clase de asuntos, con tal que se haga sin prescindir de sus razonables prescripciones, y que por ende fuera injusto menospreciar las bambochadas de Teniers ú otras obras de especie análoga, porque no encierran el alto concepto que tan elevadamente supo expresar el pintor de Urbino en la *Escuela de Atenas*, en el *Pasmo de Sicilia* y en la *Transfiguracion*. Pero á medida que la pintura se aleja de los grandiosos pensamientos y creaciones sublimes para deleitarse en representar asuntos vulgares ó pedestres, necesita más suplir con el atractivo de la verdad y con la perfeccion de los medios empleados para darles realidad artística (como en los *Borrachos* de Velazquez) la ausencia de más elevadas condiciones.

¿Lo hacen así los pintores que blasonan de *realistas*, arrastrados en las cenagosas corrientes del materialismo que aspira á despotizarnos? ¿Aciertan aquellos que creen que la invencion ha de reducirse á copiar con la implacable exactitud del fotógrafo cuanto hay en la naturaleza, y que la realidad es el único fin á que ha de dirigirse el arte? Después de lo que ya he manifestado, está de más la respuesta. Mas si no se dedujese de cuanto he dicho, daríanla con afrentosa elocuencia los abundantes ejemplos de ese lastimoso extravío que ayer mismo nos avergonzaban en la Exposicion del año 75, fruto amargo de las funestas doctrinas que se complacen en romper todo freno de autoridad bienhechora.

«Reducir las artes imitativas á la expresion de lo real, ha dicho un crítico insigne (1), querer que el pintor, el esta-

(1) El Excmo. Sr. D. José Caveda.

(2) El Ilmo. Sr. D. Pedro de Madrazo.

(1) Gustavo Planche.

tuario, el poeta se propongan como objeto supremo la transcripción de lo que ven, es renegar de la naturaleza y del poder de la imaginación.

Decid, pues, enemigos de las tradiciones y máximas en que se formaron los célebres artistas de la antigüedad y los famosos pintores del renacimiento; vosotros que os figuráis contribuir á la libertad y al progreso artístico ateniéndoos servilmente á la mera reproducción del modelo que os ponen delante, ¿creéis que es proceder con independencia, que es progresar, en el buen sentido de la palabra, olvidar el hermoso papel de intérpretes de la naturaleza, tener en poco el gran estilo cimentado en la idealidad poética? ¿Juzgáis que valen más que el ejemplo de los grandes maestros, que dan mejor testimonio de la fecunda libertad del gusto las grotescas manifestaciones del malhadado realismo actual (calumniador inconsciente de la realidad artística) cuya estrechez de miras y falta de solidez constituyen una de las peores maneras que han infestado el campo de la pintura? ¿Ignoráis que en vano trataréis de producir bellos cuadros, si no conseguís que en ellos se compenetren lo ideal y lo real? ¿No os han dicho que el arte, lo mismo que el hombre, ni es sólo materia, ni es sólo espíritu, sino armónica y perfecta conjunción de uno y otro? Pues si os lo han dicho (y á lo ménos debíais saber cosa tan elemental) ¿por qué cerráis los ojos á la evidencia? ¿Por qué os engolfáis más cada vez en la selva oscura donde podéis llegar á perder de vista la noción fundamental de lo bello?

Señores académicos, hace más de veinte siglos, cuando el cristianismo no había difundido aún por el mundo sus eternas verdades y los sabios yacían envueltos en las tinieblas del error pagano, Pitágoras y Platon sostenían que el fin de la vida era hacerse semejante á Dios. Afirmáronlo también los Santos Padres después de la redención humana, porque a verdad es una siempre y no se amolda al capricho ni á la vanidad del tiempo. Hoy se suele pensar otra cosa. Hoy no falta quien crea, ó aparente creer, que el fin de la vida es hacerse semejante al bruto. Pues bien, si en el arte, como en la vida, es antigualla procurar acercarse á Dios alimentando el espíritu con la sávia de la belleza ideal; si se ha de estimar como progreso, como alto y supremo fin esclavizarse á la materia y hacerse semejante al bruto, por mi parte renuncio á la gloria que me pudiera caber en tan noble semejanza.

MANUEL CAÑETE.

DE LA NOVELA CONTEMPORÁNEA

EN ESPAÑA.

Nos proponemos resumir en el presente trabajo los más importantes que se han dado á luz sobre la novela contemporánea en España, asunto que encierra provechoso interés, sobre todo para quien no está familiarizado con el movimiento intelectual en ramo tan fecundo de la literatura novelesca. Reconocemos que nuestros apuntes resultarán tal vez incompletos, particularmente al tratar de aquellas producciones, que, merced á su mérito, deben considerarse como joyas del arte, de las que por sus atractivos alcanzan unánimes aplausos y celebridad, embelesando al lector y pasando luego á formar parte del patrimonio de la literatura europea; pero en último caso, lisonjéanos la idea de prestar un servicio modestísimo al público, llamando su atención hácia un género literario, tal como hoy lo concebimos y comprendemos, el más importante y trascendental que reconoce la sociedad moderna.

I

Cuanto más atrasado en cultura, tanto más se aproxima el hombre al estado primitivo de la sociedad, mayor desarrollo tiene su imaginación á costa de su entendimiento adormecido, y mayor afición le inspira todo lo que habla á ella. Por eso, quienes más se aproximan al estado salvaje, de cuyo son razonadores y cuenteros, mostrando á todo lo que sea narración de sucesos históricos ó fabulosos una atención suma, un afán ardiente, que en el hombre muy civilizado no se encuentran. El motivo se explica satisfactoriamente. La curiosidad es cualidad inseparable de todo sér que piensa, y tanto más viva, cuanto mayores son las dificultades que halla para ser satisfecha. En un pueblo adelantado en cultura el ánsia de saber que acompaña á nuestra naturaleza, encuentra con facilidad modos de saciarse; la esfera de las ideas se dilata y se estiende al infinito, y apenas basta para abarcarlas el humano entendimiento (1).

La novela es un género de ficción y de entretenimiento en que aparece el predominio de la imaginación y las invenciones de la fantasía, teniendo ménos parte la reflexión de la inteligencia y el trabajo severo del discurso. Nos trasladamos con la novela del órden real al mundo ideal y de las creaciones artísticas; y por esto parece que tal género debe colocarse entre los términos de la prosa y de la poesía. Su importancia se deduce de diferentes consideraciones. No se dirige á una sola clase de lectores, ni tiene gracias y bellezas; á todos deleita porque se funda en una propensión universal é ingénita á la naturaleza humana. El amor á las ficciones, el gusto por lo nuevo, variado y maravilloso se encuentran en todos los hombres, descubriéndose desde que sus facultades empiezan á despertarse: se manifiesta en una ú otra forma en todos los pueblos, sea cualquiera el grado de su civilización y cultura (2).

Ya coloque la novela á sus personajes en humilde y reducido teatro, ya en el de la vida común, ya en el de elevada esfera, la entonación de su estilo puede ser tan vária como las situaciones que presenta. Como le es familiar cuanto á la sociedad pertenece; como puede reunir en solo un punto cualidades que en ella aparecen diseminadas; como su dominio es más extenso y libre que el drama y le es lícito prodigar los detalles y las descripciones, y mezclar el lenguaje de la imaginación al de la crítica, y pintar y explicar al propio tiempo, puede también mostrar con tan poderosos auxilios, más clara y vivamente, los resortes que agitan el corazón del hombre.

No oculta la novela el disignio de instruir á sus lectores. Sin las pretensiones del filósofo enseña con el halago deslumbrador de la poesía toda clase de verdades, incluso las abstractas, aun al alcance de inteligencias débiles ó frívolas, y máximas sociales de gran interés para la vida práctica sin el aparato sentencioso del moralista. Por este artificio medio nos convierte en observadores, hácenos ver lo que diariamente pasa delante de nuestros ojos, desapercibido ántes para ellos; y reuniendo la verdad á la invención ofrece al juicio el espectáculo de lo existente, y á la fantasía el de la idealidad embebecida por la verosimilitud en costumbres y pasiones. No es, pues, extraño, con tan preciosas cualidades, que fijando sus escenas poderosamente nuestra atención, obtengan ventaja sobre las observaciones que puede sugerirnos la vida real; porque sereno y libre el ánimo de la parcialidad ó el interés que suelen inspirarnos en ella los afectos, permitenos un exámen más tranquilo, y por consiguiente ménos expuesto á peligrosos errores. Más aun: la lectura de algunas obras, no sólo derrama purísimo deleite en el ánimo, sino que á veces produce en él mayor enseñanza que la que suele adquirirse en el mundo, tras la amarga experiencia de los años, y quizás á precio de prolongados infortunios.

Aun merece interés más grave, considerada la novela bajo su inevitable influencia en las costumbres. Ningun ramo literario la iguala en este punto. Sólo el drama es el único que se eleva á su altura, pero jamás en tan amplio horizonte como ella, por lo mismo que su voz no es tan constante ni suele llegar hasta las poblaciones humildes (1).

Verdaderamente, el género novela, incluyendo en él los cuentos, abarca tanto y encierra tal variedad, que á más de una necesidad humana satisface, y á más de una de las facultades del hombre se dirige. Es alimento de la curiosidad más vulgar, y es así mismo recreo del entendimiento más alto, alumbrado con la luz de la ciencia, y dotado de la mayor delicadeza de gusto. La vieja más ignorante cuenta su cuento, oyéndola con singular placer los niños y hasta los grandes. El ingenio más privilegiado crea en su fantasía personajes y lances donde va hermanado lo real con lo ideal, preponderando ya el uno, ya el otro elemento en la mezcla, y ahora mueve los afectos, ahora excita la imaginación, alternando en ser satírico con pretensión de corregir las costumbres, pintando la fealdad y ridiculez del vicio, ó tierno para halagar y mover nuestras más dignas pasiones, ó elevado para levantar con la admiración los pensamientos infundiendo altas ideas é impeliendo á grandes hechos.

Pretender acabar con el influjo de las novelas, sería temerario desatino. Son hoy muchos los que leen, y en el leer no puede ménos de buscarse, á la par que instrucción, y con frecuencia más que instrucción, entretenimiento, y este le proporcionan las historias inventadas como lo que más, poniéndole al alcance de todos. Si aún quienes no saben leer gustan de oír contar y de contar, con aprender á leer se adquiere un medio de satisfacer afición tan natural; medio rara vez desaprovechado (2).

Desde los primeros ensayos publicados en 1833 y 1834, y que están muy lejos de llegar á la altura á que sus mismos autores se han elevado en otros géneros, esta clase de producciones (las novelas) ha quedado como desdenada; y Walter Scott, Victor Hugo, A. Dumas, J. Sand, F. Soulié, Balzac, Jules Janin, de Vigny y otros escritores extranjeros, han abastecido en España la insaciable curiosidad del numeroso público, que pone sus delicias en una lectura donde no tienen rivales ni hasta ahora imitadores afortunados.

En la vida individual de las sociedades modernas, la novela ha reemplazado al interés social del poema antiguo. Era el poema el libro de los templos, el libro de las plazas, de los teatros y de los juegos circenses; de los grandes concursos, de las solemnidades públicas: la novela es el libro del hogar doméstico, del gabinete, del sofá modernos; el libro de los sentimientos solitarios de cada corazón, el poema de las actuales aisladas pasiones de todas esas almas que no se reúnen en ninguna parte para cantar, para orar, para sentir y llorar algo en común (3).

Aparte de las novelas tontas, de las novelas anatómicas, y de las novelas socialistas, todos los demás géneros son buenos; como que recrean

(1) Fernandez-Espino: *Influencia de las novelas en las costumbres (Estudios de lit. y de crit.)*

(2) A. Alcalá Galiano: *De la novela*, trabajos dados á luz en esta Revista, 1862.

(3) Nicomedes-Pastor Diaz: *De las novelas en Esp.*, art. inserto en el tom. 3.º de las *Obras* de este publicista.

la mente, como que embelesan el ánimo de una manera delicada y apacible. El género descriptivo, el dramático, el histórico; la pin ura de caracteres, la narración de sucesos extraños, las combinaciones de imaginación ó de enredo; todo ello es verdaderamente humano, y todo suministra un vivo interés á las más nobles facultades de nuestro espíritu. Cuando Chateaubriand nos presenta en *Renato* el vago refinamiento de unas nebulosas pasiones que son triste consecuencia de la vejez de nuestra sociedad, y cuando Bernardino de Saint-Pierre lo hace en *Pablo y Virginia* de la candidez de otras que llevan el sello de inocencia propio de las situaciones patriarcales, mi entendimiento y mi corazón los siguen á uno y otro terreno; los acompañan por una y otra vía y llegan á un placer igual, ora derramando lágrimas de ternura, ora desgarrándose en simpáticos afectos por un dolor que nos penetra hasta el fondo de las entrañas. Si por acaso aparto de allí los ojos y los llevo á donde Walter Scott nos retrata con admirable lucidez las verdaderas costumbres de la Edad Media, Lesage la del décimo sétimo siglo, Cooper los hábitos de los indios y de los *plantadores* americanos, Bulwer las finas maneras del mundo aristocrático de nuestros días; á donde Manzoni nos ofrece sus admirables *Desposados*; á donde Alejandro Dumas, con una incansable facundia, con un relato escénico que tiene pocos parecidos, y con una desenvoltura de imaginación que aturde tanto como embelesa, nos dá en sus *Mosqueteros* un libro real de caballería, como es posible en el siglo décimo nono, el contentamiento y la satisfacción quizá no son menores, y el doloroso placer de las lágrimas se vé reemplazado por otros, á veces de tan delicada ley, y siempre igualmente racionales, de análoga dulzura, de semejante y no ménos vivo interés (1).

No fué por cierto Cervantes quien primero realizó la idea que tenemos de la novela en nuestra lengua; mucho antes que él la introdujeron, y en ella ejercitaron su ingenio, aunque á la verdad no con tanto acierto y maestría.

Y no pudo ménos de ser así. Cuando florecía aquel grande novelista, la lengua castellana contaba ya algunos siglos de aplicación, no solo al trato familiar, sino aún á los usos literarios. El placer de oír la relación de hechos amenos y curiosos es tan natural á la humana índole, que forma una de las más vehementes fricciones de la niñez; y el de contarlos tanto se pega á nuestros hábitos, y tanto con los años va venciendo, que se mira como el más sabroso entretenimiento de la ancianidad. Así es que precisamente la novela ha de empezar con la lengua; y no ha llegado esta todavía á su completa formación cuando aquella existe ya (2).

Contra las novelas se ha levantado muchas veces la voz de sacerdotes, de padres de familia, de honradas matronas. Y ¿por qué sus clamores? ¿Qué males denuncian? ¿Es tal su gravedad? ¿No hay remedio para ellos? ¿Ha de condenarse la novela como género de literatura esencialmente malo y pernicioso, digno de ser proscrito en las repúblicas bien ordenadas? La novela se rige en este punto por las mismas reglas que todos los demás libros; las hay buenas y malas, provechosas y funestas y reprensibles. Las unas merecen ser puestas sobre la cabeza; las otras, condenación y vituperio. Si porque se escriben malas novelas hubiera de proscribirse su composición y lectura, habria que desterrar también por la misma causa la comedia.

(Que la novela es en sí misma perjudicial y abominable! Caemos en semejante error, indignados al ver las más que llegan á nuestras manos y ocltamos á la vista de nuestros hijos, si para ello nos da tiempo la inagotable facundia del géneo del mal y la bárbara inundación producida por la facilidad con que hoy se da todo á la estampa (3).

El gran defecto de la mayor parte de nuestros novelistas, es el haber utilizado elementos extraños, convencionales, impuestos por la moda, prescindiendo por completo de los que la sociedad nacional y coetánea les ofrece con extraordinaria abundancia. Por eso no tenemos novela; la mayor parte de las obras que con pretensiones de tales alimentan la curiosidad insaciable de un público frívolo en demasía, tienen una vida efímera determinada sólo por la primera lectura de unos cuantos millares de personas, que únicamente buscan en el libro una distracción fugaz ó un pasaje de deleite (4).

Es providencial el florecimiento de la novela entre nosotros, auge y resurrección que nadie pone en duda ni fuera de España. Algunos autores, pocos todavía, pero ya serán muchos, sintiéndose llenos de fuerzas adecuadas, han emprendido la meritoria empresa de remover y conmover la conciencia nacional, y hablando á la fantasía de nuestro pueblo con poderosas imágenes llenas de frescura, originalidad y *sabor de patria*, despiertan en él los dormidos gérmenes del pensamiento reflexivo de un sueño de siglos. Porque no hay que olvidar que no toda la filosofía es científica ni si-

(1) D. F. Pacheco: *Prólogo á las Obras completas* de Fernan Caballero.

(2) B. C. Aribau: *Disc. preliminar sobre la prim. novela esp.*, flo. 3.º de la *Bibliot. de aut. españoles*.

(3) Nocedal: *Disc. de recep.* en la Academia Española.

(4) Benito P. Galdós: *Observaciones sobre la novela contemp. en Esp.—Rev. de España*. 1870.

(1) E. F. de Navarrete: *Bosquejo hist. sobre la novela Esp.*, t. 2.º de la *Bib. de autores españoles*.

(2) Cano: *Lecc. de lit. gen. y esp.*

quiera metódica, ni escolástica siquiera; hay también la filosofía de todos los días y de todas las horas, es el pensamiento moviéndose aunque no quiera, viendo y juzgando aun á su pesar, que son los de la razón unos ojos que no tienen párpados, y no hay lo de cerrar los ojos si se trata del alma. España desde el siglo XVI no ha dejado de filosofar; lo que hizo fué filosofar de la peor manera posible: tuvo un sistema, á saber: que no se debía pensar. Para este modo de filosofar, que podría llamarse filosofía necesaria, sirven admirablemente las obras literarias, y la novela tendenciosa á filosófica ó como se quiera, es ahora en nuestro país de gran oportunidad.

La primera filosofía, aun en este aspecto vulgar, es la filosofía de lo absoluto (aunque fuese para negarlo), y así lo han comprendido nuestros buenos novelistas, que por esta razón y otras no ménos atendibles y que miran al tiempo actual y á las condiciones de nuestra raza han tratado el problema religioso bajo uno ú otro aspecto en sus principales producciones (1).

Pero lo que entre nosotros prepondera es la bella literatura, y justo es decir, que si no atraviesa uno de sus más prósperos períodos, tampoco se halla en grave decadencia. Un importante fenómeno se obra en ella, y es el desarrollo progresivo de la novela género hasta el presente muy descuidado y abatido entre nosotros. En la actualidad contamos con novelistas que pueden sostener dignamente la competencia con los extranjeros, siendo de notar que ninguno de ellos imita los extravíos de los franceses, si se complace en narrar inverosímiles aventuras ó sostener perniciosas teorías (2).

El novelista que hoy nos quiera deleitar, ha de ser observador, sagaz é inteligente, ha de pintarnos la vida real con acierto y con verdad, nos ha de presentar en relieve caracteres y tipos morales, ha de ser novelista, y además, un poco metafísico (3).

Siendo la novela, como se ha dicho, la enciclopedia del siglo, el que aspire á brillar hoy debidamente en ella necesita además de una rica imaginación regulada por el freno del raciocinio, de profundos y vastos conocimientos en todos los ramos del saber y en particular en el de la lengua en que escriba.

Obras dadas á luz sin pureza, sin corrección ni galanura, viven la vida de las flores, la vida de la popularidad, transitoria como el arrebato de la pasión, como el trasportamiento del delirio, para morir después sin dejar tras de sí huella alguna (4).

Conocido ya, por la primera parte de este Estudio—compendio y cifra de cuanto de notable han escrito nuestros más afamados publicistas,—el concepto que debe merecernos la novela en su sentido general, vamos á ocuparnos ahora en el desenvolvimiento que ha tenido este género literario importantísimo, en la presente época (5).

ANTONIO M. DUIMORICH.

(Continuará).

(1) L. Alas: *Gloria*, novela de Galdós.—*Rev. Europea*. 1877.

(2) M. de la Revilla: *Revista crítica*.—*Rev. Contemp.* 1875.

(3) A. Palacio Valdés: *Los novelistas españoles*.

(4) Abdon de Paz: *La novela esp.* Estudio histórico-filosófico desde su nacimiento á nuestros días, pub. en la *Revista de Esp.* 1869.

(5) Para un trabajo más extenso sobre la novela española, pueden consultarse, además de los libros y artículos citados en la primera y segunda parte del presente, los que á continuación se indican:

F. Schlegel: *Hist. de la lit. ant. y mod. y trad.* por P. C. T. 2.º

G. G. de Avellaneda: *Obras lit.* T. 5.º
Schaack: *Hist. de la lit. y del arte dram.* en Esp. T. 1.º, único traducido, que nosotros sepamos.

Ochoa: *Tesoro de novelistas españoles*, antiguos y modernos, hecho bajo la dirección y con una introducción y noticias por el mismo.

Andrés: *Origen, prog. y est. actual de toda la lit.* Tomos 2.º y 4.º

Tickenor: *Hist. de la lit. esp.* T. 3.º

Revilla y Alcántara: *Princ. de lit. gen. é hist. de la literatura esp.* Lecc. 39, 50, 51, 52 y 53.

Milá y Fontanals: *Princ. de la lit. gen.* Ilustraciones.

Valera: *De la naturaleza y carácter de la novela*, en sus *Estudios crít. sobre lit. y polít. y cost. de nuestros días*. Tomo 1.º

Duque de Rivas: *Disc. de contestación al de Noedal* en la Acad. Española.

Carreras: *La Novela*. Núm. 17 del T. 9.º de esta *Revista*.

Vidart: *Una nueva teoría acerca de la clasificación de las obras novelescas*.—*Rev. Contemp.* 1876.

Pancorbo: *La novela hasta Cervantes*.—*Rev. de Andalucía*. T. 10.

Luna: *Novelas ejempl.* de M. Cervantes. Números 309 y 310 de la *Rev. Europea*.

Herran: *El copo de Nieve*, novela de costumbres, de Angela Grassi.—*Rev. Europ.*, núm. 159 de la colección.

Armando Palacio: Artículos sobre Castro y Serrano, Villoslada, Selgas y Escrich en su libro *Los novelistas esp.*

Fernando Cos Gayon: *Sobre la novela Doña Francisca*, por D. F. Cutanda.—T. XVI de la *Rev. de Esp.*

BIBLIOGRAFÍA.

Goltschalk.—*Teatro nuevo*.—*Viaje á París de Emilio Castelar*.—*Memorias de un setentón*.

La fama de Goltschalk, de este genio del arte, ha volado por Europa y por América. La ciudad de Nueva Orleans, capital del Estado de Luisiana, fué su cuna. Nació el día 8 de Mayo de 1829.

Su padre, oriundo de Londres, estudió en las Universidades de Cambridge y Leipzig para optar al grado de doctor en medicina. En un viaje que hizo á América el joven doctor, fué presentado al conde de Brusle, cuya hija fué luego esposa de aquél, debiendo Goltschalk á esta circunstancia el ser americano.

Los cantos de los negros, las leyendas criollas exaltaron su imaginación infantil, las armonías de los bosques y de las florestas vibraron en su alma tierna, y á la edad de cinco años, sin maestro todavía, empezó á formular en el piano algunas de las melodías que oía, que los indios escuchaban maravillados, porque pasó sus primeros años en las orillas del lago Pontchartrain en Pass Christian, entonces habitado por tribus indias.

Sus progresos musicales fueron rápidos, su memoria era prodigiosa, y estimulado por las amonestaciones de su profesor, formó un sistema de nueva táctica musical, aplicando la *melomanta* lírica á la historia y á la geografía. Puso el arte poético de Boileau en doce por ocho, y se lo aprendió de memoria.

Su padre no quiso contrariar la vocación artística de su hijo Luis Morcau Goltschalk, y lo envió á París para que desarrollara sus facultades, cuando apenas contaba doce años de edad. Su maestro de piano fué Mr. Carlos Hallé, y después dirigió su educación artística el eminente profesor Camilo Stamaty. El discípulo no tardó en ser notable artista. Maleden, su maestro de composición, contribuyó más que nadie á desenvolver su talento para la melodía.

En 1844 dió, á ruego de algunas personas, su primer concierto en los salones de Playel, y entre las notabilidades que asistieron descollaba Chopin, que abrazó á Goltschalk y le dijo entusiasmado: «Bien, hijo mío, abrázame otra vez.» Debió este triunfo por haber ejecutado con un talento admirable el concierto en *mi menor*.

El mismo Chopin apreciaba mucho dos baladas *Ossian*, que Goltschark compuso para la fiesta de su madre; y la *Bamboula*, le *Banquier*, la *Sabané*, la *Moisseneuse* y la *Dance ossionique*, cuando apenas tenía diez y seis años. Un año más tarde hablaba con gran facilidad el inglés, francés, español é italiano.

Una primera pasión contrariada, que unió á su amada con el vínculo del matrimonio á un rival, no tan querido como el entusiasta corista, pero impuesto por el interés paternal, abrió en su corazón una herida, que la ausencia sólo podía curar, según la opinión de los médicos, y entonces viajó por Italia, donde conoció á las celebridades de la música y de la literatura.

En Suiza le distinguió la Gran Duquesa de Rusia, y dió conciertos en Suiza y Saboya, con gran aplauso, y contribuyó con el mágico poder de los sonidos á la fundación de un asilo en Yverdan, para socorrer á los ancianos.

Volvió á París y tocó en 1850, y 1851 en más de setenta y cinco conciertos: Playel fué su amigo, y le llamaba el sucesor de Chopin, y sus consejos fueron de gran valía para el joven pianista.

La reina doña Isabel le invitó venir á Madrid, y en las ciudades del tránsito, dió conciertos entre los bravos y los aplausos. En Madrid tuvo la fortuna de admirar al gran artista. Doña Isabel le envió las insignias de brillantes de caballero, y comendador más tarde, de la Orden de Carlos III. El Chiclanero le regaló la espada del célebre Montes.

Fué el héroe de una escena que pudo inutilizarle para el piano. Una *cantora* afamada de un café le atrajo una noche fría de Noviembre en 1851 al teatro de sus triunfos, atestado de la *gente del bronce*, donde Carmen, que así se llamaba, colocada de pie sobre una tarima, cantó las coplas más picarescas, con pimienta y sal, y Goltschalk la alargó una copa de Jerez, que apuró la *cantora*, diciendo: *apresiando, prendá*. Al mismo tiempo el artista invitó á los *ternes* que se hallaban á su lado á vaciar media docena de botellas y ganó sus simpatías. Entonces les ofreció hacerles oír la jota, el jaleo y las malagueñas, y sentándose en el piano, tocó los aires españoles de un modo, que entusiasmó á todos los concurrentes al cafetín, y Carmen quedó prendada desde aquel momento del admirable pianista. Varias veces le indicó, que un estudiante de medicina, celoso porque Carmen había preferido á un *Inglis*, como familiarmente le llamaba, había decidido vengarse del amante favorecido.

Una noche, después de un brillante concierto, entre la turba de admiradores que estrechaban su mano, recibió un apretón tan brutal de una mano de hierro, que le causó tan intenso dolor, que pasó una noche fatal, y llamado un médico á la mañana siguiente, reconoció fracturadas las tres falanges del dedo diestro del corazón del artista. Este recordó las amenazas del estudiante, se vió obligado á llevar el brazo en cabestrillo muchas semanas, y sólo después de medio año de curación, pudo volver á tocar el piano.

Dió un concierto á beneficio del Hospital de la Princesa, y envió además una suma de 15.000 rs. á las Casas de Beneficencia de Madrid.

En Sevilla, el duque de Montpensier le hizo un regio regalo; y de regreso á Madrid ejecutó con los más notables pianistas españoles su sinfonía nacional el *Sitio de Zaragoza* y su *Carnaval de Venecia*. Asistió toda la corte, y el pueblo madrileño le regaló una corona de oro con estas palabras: *A Goltschalk, el pueblo español*. Una carta de su padre le ordenó regresar á América, cuando la reina de Portugal le llamaba á su corte.

Su entrada en Nueva Orleans fué triunfal. Las autoridades, todos los músicos de la Luisiana, y millares de ciudadanos le acompañaron en procesion y le ofrecieron una corona de oro, y las señoras una magnífica joya de diamantes.

Goltschalk fué por primera vez á la Habana á primeros de Febrero de 1854. Su segundo viaje se verificó en los úl-

timos días de Enero de 1857, en compañía de la célebre Adela Patti. A principios de Diciembre de 1859 volvió por última vez.

La reina Isabel le había recomendado con gran entusiasmo al capitán general de la Habana.

Allí conoció á D. Nicolás Espadero, ilustre músico cubano, que ejerció una gran influencia en la gloria de Goltschalk.

La fascinación de su genio fué universal. Tocó su gran fantasía *Jerusalén*, que había ejecutado por vez primera, en el palacio de la duquesa Ana de Rusia, el día 26 de Agosto de 1850, en presencia de las reinas de Sajonia, Prusia y de los príncipes de esta nación y de Moldavia; y su gran fantasía sobre el *Carnaval de Venecia*, hicieron un efecto mágico en el salón del Liceo Artístico y Literario, poblado de todas las clases más selectas de la sociedad habanera.

Alcancó coronas en Santiago de Cuba, Remedios, Puerto-Rico y Puerto-Príncipe, con su magnífica *Fantasia di Bravura*, sobre temas de *Luzecia*, *Lucia*, *Sonámbula*, y para corresponder á la fama de Thalberg, con el cual se asoció para tocar en público, compuso una grandiosa fantasía sobre la ópera de Verdi, *Il Trovatore*, que entusiasmó en Nueva-York y en la Habana, entrelazando sus laureles con los del célebre Thalberg, que le ensalzaba como uno de los genios privilegiados.

Sus composiciones *Recuerdos de Cuba* y de *Puerto-Príncipe*, eran aplaudidas con furor.

Compartió sus laureles con la celeberrima Patti. Juntos recorrieron también Jamáica, Santo Tomás, Guadalupe y Martinica.

El gran festival que organizó en la Habana, fué un inmenso triunfo. Se verificó en los primeros días de Febrero de 1860. En el fondo del grande escenario del teatro Tacón, se levantó una gran escalinata para los ejecutantes, y en el primer término, y en el proscenio se colocó una orquesta monstruo con todos los artistas y aficionados blancos y de color, con todas las bandas militares de las guarniciones de la capital y de Matanzas, formándose además un cuerpo inmenso de trompetas. En segundo término, en forma de semicírculo graduado, se situaron los primeros cantantes, y la masa de coros; detrás, en la gran escalinata del fondo, se establecieron las bandas y charangas. Grupos de trompetas colocados en el gran patio, ejecutaron, en forma de ecos y contestaciones armónicas, combinados con los del escenario asombrosos conjuntos acústicos. La gran fantasía del artista se desplegó con la sinfonía *Noche de los Trópicos*, concepción gigantesca, en la que la belleza estética se amoldaba á los giros característicos del país.

Carlos IX, ópera de Goltschalk, prestó sus más inspiradas armonías al concierto, y una *Marcha triunfal* produjo el más grandioso efecto.

Las *escenas campesinas de los Trópicos*, demostraron su arte magistral en la música imitación de aquellas regiones, y ejecutó á solo, *Banjo*, pieza ejecutada con sorprendente acierto.

Una pasión secreta detuvo á Goltschalk en la Habana hasta 1862, en cuya época escribió, estimulado por su amigo Espadero, *Primavera de amor*, *Polonia*, *Tennelle*, *Ardenes*, *Gitanilla*, *Fantone de bonneur*, *Ojos criollos*, y el grandioso poema inédito, *Mazzeppa*.

El Sr. Espadero conservó algunas de las obras inéditas de Goltschalk, que publicó después de la muerte de este artista.

Partió á su patria, conservando los más gratos recuerdos de la Habana. Nueva-York le brindó nuevos triunfos y honores. *La overture de Guillermo Tell*, una transcripción del *Miserere del Trovador*, *Los murmullos eróticos*, tronos del gran pianista, así como un delicioso idilio sobre *Pastorella é cavaliere*, una magnífica transcripción original del cuarteto del *Rigoletto*, produjeron tempestades de aplausos. Los conciertos se sucedían con rapidez maravillosa. En las cartas dirigidas á sus amigos revelaba la agitación de su vida, y de su alma, que fué presa de profundas pasiones.

Entonces trabajó en la partitura de una ópera inédita *Isaura di Salerno*.

La guerra entre el Sur y el Norte de los Estados Unidos, le impulsó á dar conciertos á beneficio de los hospitales militares, llenos de heridos.

Recorrió todas las poblaciones importantes de la Confederación, y llegó á San Francisco de California, donde continuaron las ovaciones tributadas á su mérito, y en un banquete espléndido celebrado en su honor, le fué regalado por sus admiradores una medalla de oro, obra maestra del arte de la joyería, engastado el anverso con las iniciales de L. M. G. en brillantes, y el reverso ostentando las armas de California, cinceladas y circundadas por un ramaje de diamantes, y más abajo grabado este lema: «A Goltschalk, un recuerdo de sus amigos de California.» El valor de la joya ascendía á dos mil pesos.

En esta ciudad sintió una pasión violenta por una joven encerrada en un convento, por haber oído el timbre de su voz angélica en una ceremonia religiosa que se quiso elevar á una solemnidad musical, en la que tomó parte el ilustre artista. Encontró el medio de verla, hablarla, de comunicar á su alma el fuego de su amor, y consiguió arrebatarla del convento. La sociedad de San Francisco se conmovió al saber la fuga de la reclusa, que pertenecía á una de las más distinguidas familias, y los amigos íntimos de Goltschalk temieron los peligros á que se exponía, por las severas medidas adoptadas por las autoridades, que al fin consiguieron descubrir la verdad, y el artista se vió obligado á abandonar á su adorada, y se salvó, huyendo de San Francisco, de la prisión que le amenazaba. Pensaba en los medios de facilitar su perpétua unión; pero el rigor y la vergüenza minaron la existencia de aquella joven, y murió. Goltschalk, que recibió tan terrible noticia en el Río de la Plata, se alejó de todas las miradas, retirado cerca de un mes, y compuso su patética obra titulada la *Muerta*. Al tocarla Goltschalk, dice su ilustrado biógrafo D. Luis Ricardo Fors, tenía el rostro literalmente inundado en lágrimas. Ha sido la única vez que le he visto llorar, en toda la acepción de la palabra. Y añade en otra parte: «Goltschalk empezó á tocar, empezó á hacer sentir el frío, el frío que produce la proximidad de un muerto, sentí después campanas que doblaban; lágrimas y sollo-

zos que se confundían al ruido de un acompañamiento funeral, pausado, el acompañamiento fúnebre... vino á helarme luego el ruido del fétetro que caía en el fondo de una sepultura, el ruido de una piedra caída sobre el fétetro. Mi imaginación estaba en el cementerio.»

Goltschalk visitó las repúblicas del Pacífico. En Santiago de Chile organizó un *Festival* de 350 músicos. Este se verificó en 12 de Agosto de 1866 en el gran teatro. Colocó sobre una plataforma, elevada en el fondo, 80 músicos entre bastubas (contrabajos militares), trombones y sax-hornes (la artillería pesada); en otro tablado más al centro otros 80 entre cornetas, trompas, flües, etc., y á sus lados, formando alas, había 34 violines, 12 contrabajos, 8 violoncellos, 4 flautas, 4 oboes, 10 clarinetes, etc. En el centro y en el frente se habían colocado 40 tambores.

El *Festival* se distinguió, sobre todo, por la *Gran Marcha Solemne* que Goltschalk dedicó á Chile.

El entusiasmo rayó en frenesí.

Al salir del teatro recibió una ovación grandiosa: fué acompañado hasta su casa por una multitud inmensa, con las bandas militares á la cabeza, que le vitoreó con delirio.

El Ayuntamiento le regaló una medalla de oro, y los jóvenes de la ciudad le condecoraron públicamente con una estrella chilena de diamantes.

En Montevideo y Buenos-Aires dió sus magníficos conciertos, y tanta agitación y sus amores con una joven francesa facinadora, *Clelia*, alteraron su salud, y pasó á reponerla en un delicioso lugar denominado el *Tigre* en las cercanías de Buenos-Aires.

Los médicos más afamados le pronosticaron que si no tenía el valor de renunciar á los halagos de aquella mujer, moriría víctima de ellos.

Casi restablecido de su enfermedad, partió para el imperio del Brasil, y en el buque que le conducía iba *Clelia*, dotada de una viva imaginación, de hermosos y brillantes ojos negros, de esbeltas formas, y pié breve, un conjunto, en fin, de gracias coronadas por una abundante y sedosa cabellera rubia. Llegó á Rio Janeiro el 10 de Mayo de 1869. El gran artista fué obsequiado por el emperador Don Pedro I; la culta sociedad de Rio Janeiro le aplaudió y admiró su génio, que se eclipsó en la madrugada del 18 de Diciembre del mismo año. Día funesto en que exhaló su postrer aliento.

El duelo fué universal. Todas las clases de la sociedad, que le habían llamado cien veces á la escena, en el último *Festival*, lamentaron su muerte. El cadáver fué embalsamado á expensas de la Sociedad Filarmónica, por el señor doctor Costa Ferrar, que ofreció gratuitamente su servicio.

Todos los datos que pudo adquirir el Sr. Fors, que habia sido íntimo amigo de Goltschalk, confirmaron las causas de su muerte, justificando las predicciones de los médicos de Buenos-Aires.

El Sr. Fors voló desde esta ciudad á Rio Janeiro, y á Tijuca, pintoresca meseta á dos ó tres millas del Rio, donde habia sido conducido enfermo el gran pianista, y sólo vió su yerto cadáver.

El autor del libro, consagrado á enaltecer la memoria de Goltschalk, describe con la magia del estilo y del dolor sombrío de su alma, la desesperación y los sollozos de *Clelia*, á quien acompañó á caballo, hasta la cumbre del *Corcovado*, donde quiso ir, por haberla llevado á la cima de esa montaña, el artista, la última vez que salió con ella.

Desde allí vieron á lo lejos el cortejo fúnebre formado por centenares de personas llevando antorchas. Una banda de música cerraba la marcha. La orquesta de la Sociedad Filarmónica tocó la *Muerta*, una de las composiciones más conmovedoras del gran artista. Sus restos fueron conducidos al cementerio de San Juan Bautista, donde les dieron el último adiós el doctor Aquiles Varejao, y el Sr. Cardovo de Meneses, intérpretes de la tristeza general.

Clelia abandonó la América y regresó á Europa.

La familia del artista obtuvo la entrega del cadáver. Dos hermanas solteras residentes en Londres fueron las herederas de su fortuna, consistente en propiedades en los Estados Unidos y algunos fondos depositados en poder de personas de su confianza. El funeral fué espléndido y solemne en Nueva-York, á donde se trasladó parte de sus desconsolados parientes que residían en París.

El sentimiento por la muerte de Goltschalk fué profundo y unánime en su patria. Artistas, aficionados protectores de la música y una concurrencia distinguida llenó la iglesia católica de San Estéban.

La misa de Requiem en C menor de Cherubini, fué dirigida por el profesor Berge; cincuenta miembros de la *Union coral* constituyeron la masa vocal de aquella severa música religiosa. El *Dies Ira* fué cantado con maestría. La *Pensée poetique*, obra preciosa del malogrado pianista, arreglada para cuarteto y cantada con riqueza de sentimiento por Teresa y María Wernecky, Jameró y Bachelli.

La composición la *Muerta* fué ejecutada de un modo sublime por Berge. La caja metálica en la que se trasladaron sus restos de Rio Janeiro, fué colocada en un elegante ataúd de caoba; su tapa tenía una plancha de plata con esta inscripción: «Luis Moreau Goltschalk murió Diciembre 18-1869. Edad: 40 años. Los restos mortales de Eduardo M. Goltschalk, hermano del gran artista, inhumado hasta entonces en la necrópolis denominada *Calvary cemetery*, fueron conducidos juntamente con los del gran artista á Greenwood, bajo los mármoles de un monumento de construcción italiana coronado por un ángel. En el libro que nos sirve de guía se vé el grabado abierto expresamente, y por vez primera en cuero para embellecer sus páginas.

El libro del Sr. D. Luis Ricardo Fors contiene [datos muy extensos, y detalles interesantes sobre la vida del célebre Goltschalk, y juicios críticos muy brillantes sobre sus obras musicales.

Es un volumen precioso publicado por la *Propaganda Literaria de la Habana, premiada en la Exposición de Filadelfia*. Corresponde muy dignamente á su selecta *Biblioteca*.

Otras dos obras importantes ha impreso la misma *Propaganda*, una con el título de *Teatro Nuevo*, en el que su au-

tor D. José Roman Leal, desarrolla bellos y profundos pensamientos sobre el arte moderno, y le sirven de motivo las obras dramáticas de nuestro amigo y distinguido colaborador de LA AMÉRICA, D. José Echegaray.

Es un notabilísimo estudio de Fisiología y de Estética, escrito con admirable vigor de estilo.

La otra obra es debida á la elegante pluma del eminente orador D. Emilio Castelar, nuestro ilustre amigo. Su rico pincel retrata un magnífico cuadro de la moderna Atenas. Se titula *Un viaje á Paris*. Es un grandioso poema rico de imágenes y de profundos y elevados conceptos.

Resaltan armonizadas en mágico consorcio las elocuentes lecciones de la historia, las severas máximas de la Filosofía, iluminadas por el resplandor del ideal republicano, porque este libro notabilísimo abraza el período trascendental en que se estableció por tercera vez la República en Francia.

Le sigue un *Gula descriptivo de Paris y sus cercanías*.

La hermosa impresión de estas obras, sus limpidas y compactas letras, sus lujosas ediciones revelan de un modo admirable que las publicaciones que constituyen la *Biblioteca de la Propaganda Literaria* de la Habana, pueden competir dignamente con las más notables de las prensas extranjeras.

Mi antiguo y respetable amigo el Sr. D. Ramon Mesonero Romano publicó las *Memorias de un seton*, que abrazan el largo período que empieza en el 19 de Marzo de 1808, y termina en el año 1846.

Es un cuadro histórico palpitante de interés, en el que el ilustre escritor describe las escenas íntimas de su vida: los más gratos recuerdos de los afectos domésticos, asociados á los dramáticos sucesos políticos, que resaltan animados por el estilo castizo, culto, natural, sencillo, elegante, que ha resplandecido siempre en todas sus notabilísimas obras literarias. La merecida fama del *Curioso Parlante* ha sido grande, no sólo en nuestra patria, sino en Europa y América. Pinta con el pincel más vivo y rico de color las terribles escenas del 2 de Mayo y de la ocupación francesa. El heroísmo español electrizó de entusiasmo su alma juvenil.

Su espíritu observador, su juicio recto se distinguen extraordinariamente en la narración de los acontecimientos grandiosos, faustos ó adversos de una época tan azarosa, que contiene los interesantes capítulos de *Solamino y los Arapiles*, *Las Cortes en Madrid*, *Exhumación de las víctimas del 2 de Mayo*, *El regreso de Fernando VII*, y en extremo curiosos por los datos preciosos en que abunda, los que se titulan *Madrid y los Madrileños* y la *Corte de los Españoles*, que no excedía de 160.000 habitantes, ocupado su perímetro en su parte principal por unos sesenta conventos, además de los cinco ó seis derribados por los franceses, que no sólo llenaban sendas manzanas, sino que poseían además las contiguas, reducidas á la más raquítica condición, como propiedades explotables; del mismo abandono participaba el resto del caserío, por lo regular afecto á capellanías, mayorazgos, ó mostrencos (ignorados) ó sean *navos muertos*, cuyo aspecto repugnante y ruinoso denunciaba la fecha de un par de centurias.

Así se expresa el ilustrado é imparcial autor de las *Memorias*, que muestra con magistral espíritu observador el deplorable estado que ofrecía Madrid, con sus calles estrechas sin empedrado; llenas de basura, rebosando los pozos inmundos por encima de las losas, pobladas de cabras, corderos, cerdos, gallinas, pavos, que los vecinos de los pisos bajos sacaban á pastar á la vía pública, alumbradas de noche por menguados farolillos, y limpiados los pozos á mano, por falta de alcantarillas, con la ayuda de los carros á que dió nombre el general Sabatini.

Yo recuerdo que en mis infantiles años aún llegué á ser testigo del súpico aspecto que ofrecía esta capital, mejorada embellecida por el marqués viudo de Pontejos.

La *revolución*, *El siti de Cádiz*, en el que se encontró el señor Mesonero, como *militiano* voluntario de Madrid, á pesar de su escasa vocación por la milicia, *los usos, trajes y costumbres* de la sociedad madrileña en 1826, la *Juventud literaria política*. El *Parnasillo*, así llamado el antiguo café del Príncipe, á donde concurrían las celebridades políticas y literarias, entre las que se digna el Sr. Mesonero citar los modestos nombres de los *hermanos Asquerino*, *El Teatro de los Poetas*, *Madrid filarmónica y social*, *Mejoras locales*, *El Ateneo*, la *Prensa periódica*, el *Liceo* son los capítulos que descuellan en las *Memorias*, y lo que más admira, es la rica, y lozana imaginación del autor que á la edad avanzada de setenta y ocho años conserva el vigor, el gracejo, las galas de la dición; privilegio sublime de una vida sosegada, tranquila, consagrada al estudio, agena á las tempestades políticas, conservando digna independencia, mereced á los bienes de fortuna heredados, y acrecidos por un asiduo trabajo, al frente de los importantes negocios de su casa, después del fallecimiento de su buen padre, y por el cultivo de las letras, en las que campea su primer obra de utilidad reconocida que dió á luz con el título de *Manual de Madrid, Descripción de la corte y de la villa*, habiéndole sido negada su publicación por el supremo Consejo de Castilla, si bien luego tuvo el mejor acuerdo de permitir que se publicara.

Las *Escenas matritenses* redundaron en honra y provecho del *Curioso Parlante*, que más tarde, en 1834, de regreso de su excursión á los países extranjeros, dió á luz una *Memoria* ó apéndice á la última edición del *Manual de Madrid*, en el que propuso las más importantes y necesarias reformas en todos los ramos del servicio municipal, la formación de Sociedades científicas y literarias. Después nacieron el *Liceo*, *Instituto y Academia filarmónica*, en los que resonaron mis primeros humildes versos y los de mi hermano. También vieron la luz pública en el *Semanario pintoresco*, que habia fundado el Sr. Mesonero Romano. Cuando el autor de estas *Memorias* fué elegido concejal en 1846, escribió un extenso *proyecto* de mejoras generales, que abrazaba una reforma completa de la capital, redactó otro *proyecto de ordenanzas municipales*, y en los años posteriores se han ido realizando sucesivamente sus valiosas indicaciones.

Mucho debe Madrid al Sr. Mesonero, en sus sustanciales

mejoras, y sus *Memorias* son el bosquejo más concienzudo de los distintos aspectos histórico-político, literario y progresivo de la sociedad española en la primera mitad del siglo. ¡Llor al eminente escritor que goza el raro privilegio concedido á pocos seres de merecer la juventud eterna!

EUSEBIO ANQUERINO.

LA ESCLAVITUD DE LOS NEGROS.

COMO SE JUZGABA EN LOS PRINCIPIOS DEL SIGLO XVII.

Ni veo alguno que diga, que para ganar mercaderes por la tierra y por la mar, emplean y aventuran sus haciendas en mercaderías lícitas, que cuando ganan á veinte ó treinta por ciento, ó doblan la paradilla con arriscar sus personas, se tienen por grandemente venturosos; y tambien veo que otras veces no sacan lo principal, y que otras muchas pierden toda la hacienda, y otras que en cobrarla se pasan algunos años en pleitos, y con deudores aventuran las vidas, honras, y algunas veces las almas, que es mucho más que dineros.

Tambien oigo, que si es logro obligado á restitución y á penas pecuniaria y corporal y del alma llevar dinero por dinero, como pase de lo justo y permitido; y pregunto: ¿Cuánto mayor lo será comprar un hombre, de tanta ó más calidad y excelencia que no dinero, á trueque de ropas viejas, caracoles, bacinicas y de colas de caballo? Que es lastimosa vergüenza tratar de que por estas cosas tan viles se compran hombres tan nobles, y ver que nada nos deben, y que su servicio personal es hasta mil generaciones, y que gana un amo con el sudor de un esclavo, en el discurso de su vida, tal cantidad de dinero, que si bien se hace la cuenta, se hallará, que toda junta la hacienda, en conciencia, es necesaria para pagar al esclavo, que dice que lo es sin serlo. A esto dicen algunos que se halla en la Sagrada Escritura, que en Babilonia y Egipto hubo esclavos, como ahora los hay en Lisboa, Madrid, Sevilla y en todas las otras partes referidas; y responde un idiota con celo, que como saben alegar la esclavitud antigua, para hacer cierta esta otra, tambien digan que aquella la hicieron gentiles al pueblo de Dios, y que esta otra la hacen cristianos á gentiles, y que cuando éstos son cristianos no les dan, por serlo, la debida libertad que en su tierra poseían; y que sepan decir más, en provecho de la libertad que tratamos, la muerte de los primogénitos y aquellas plagas de ranas, ratones, mosquitos, langostas y las otras, con más ahogarse Faraon y sus gentes al pasar del mar Bermejo; pues tambien esto se halla en la Sagrada Escritura, y en ella misma celebrada la libertad del pueblo de Israel: y bien se pudieran temer otras tantas plagas y azotes por la injusticia que se hace á todos aquellos inocentes. Y si esto no los enfrena y detiene, los detenga lo que manda Dios en su ley: que no se haga mal al prójimo por modo ni vía alguna: y no sé yo cuál mal ni daño hay mayor que robar á esta gente morena la libertad, que Dios les dió, bien exenta y sin pensión, como la dió á nosotros. Y todo esto lo vean allá los teólogos, porque yo no tengo más letras que conocer D. G. M. y C., y para decir sumariamente, que como no quiero ser esclavo, (no digo toda la vida, ni los que de mí vinieren, sino un día ni hora), aunque sea del mayor Monarca del mundo, cuanto más de unos y otros, como están representados, que lo mismo dicen los negros, sino que nada les vale. Y sepan todos, á quien toca mucho ó poco de esta historia, que si yo fuera el confesor, que los oyera, que muy de otra arte les fuera; pues no sé á dónde se halla y se funda la ley tan contraria á razon, de que sean aquellos esclavos nuestros, y nosotros señores dellos; y bien sospecho que si ahora os pretendiesen prender para os hacer esclavo, que habiais de defenderos hasta morir ó libraros, y que, á más no poder, fuerades por fuerza esclavo, y que habiais de quejaros á Dios, al Rey y á los hombres como hacen aquellos otros.

Dijo más en alta voz:—¡Oh interese, que acometes cara á cara á cudiciosos, para quienes no hay ojos! Y si ven, no quieren ver, lo que de suyo está tan visto y tan bien entendido y tan sin contrario alguno, el cuanto aborreceré y castigaré Dios á los inhumanos que tienen voluntad y manos para comprar y vender, y para herrar y afeer el rostro de una criatura suya, que formó, así como formó á todos, á su imagen y semejanza, y no lo hacen los turcos á los cristianos, de quienes son enemigos capitales, por tener esta reverencia á Dios; y los nuestros, sin haber quien los avise ó reprehenda, amenace ó castigue, siguen en esto una vieja, fea y ciega costumbre de ir á Guinea, y venir della cargados de aquellos negros mal comprados allá y peor vendidos y tratados acá; pues ni lo uno ni lo otro pueden hacerlo en conciencia, de que muestran no tener pena, pues así se han estado, están y estarán hasta que ya despeñados los desengañará la muerte con la cuenta y con la paga.

Dijo más:—¡Oh dinero habido por vender negros; hacienda, digo, de duendes, que presto desapareces junto con el bien ganado! ¡Oh mal de males que siempre está viva la deuda, y clamando acreedores! ¡Oh desengaño, que aunque llegaste tarde, determinadísimo estoy de, satisfaciendo primero todos los daños por mí causados, asigurar lo venidero y aquietar la conciencia; que adonde quiera que voy, siempre me va remordiendo, y más, diciendo:—¡Oh hermano! huye luego de un trato injusto é impío, y vive como cristiano que sabe que tiene un Dios que no dice en sus mandamientos:—¡Oh españoles, andad á vender, lastimar, herrar y matar vuestros prójimos nacidos en Africa y Asia y habidos por zancadillas, ó por otros malos medios! y sí, dice:—Amarlos eis como á vos mismos, y quiero vivir como quien cree que hay muerte cierta, sin saberse la hora suya; juez sábio, justo, poderoso, y riguroso infierno sin fin, y gloria eterna: y así como lo dijo lo hizo, no siendo como los otros que aunque dicen mal del mal en mayores males se enredan.

Esto dicho, Periquito se despidió y caminó, y yo me fui muy poco á poco, considerando este hueso cuanto tiene que roer, y esta historia que notar, y caso tan moliente y corriente que mirar y remirar, y cuán poquito es el cuidado que dá, así para considerarse, como para resentirse, y para remediarse; debiéndose de justicia todo lo dicho, y mucho más, por la monta de lo mismo que tratamos, y de las partes culpadas, y de las pagas que habrá sin falta ni larga.

Ahora pregunto yo:—¿Qué es lo que gana ó pierde nuestra España por tener ó no tener aquel trato de Guinea? Y dirán los grandes siervos del oro, con bien hinchados carrillos, que duscientos ó trescientos mil ducados que dan á los contratadores, y más unos ciertos derechos. También yo digo, que si bien se mira se hallará, que nunca jamás con ellos se han quitado plazas al turco, ni moro, ni se han hecho obras lucidas y heróicas, ni se han de hacer; y si acaso las hicieren, que ellas se desharán apriesa, apriesa, pues con esta se hacen males de males á todas aquellas gentes, y aprisa, aprisa se gastan muchos millones de oro, y se han de gastar los negros de toda aquella Guinea; y tanto será así, como fué juzgado por experiencia. Y porque en esto ofrezca un poco de mi buena voluntad, digo: que si yo tuviera, diera á su Magestad cada un año aquella y más cantidad porque este trato muriese supitamente. Dirán que sino hubiere aquel trato, que no habría en las Indias negros que saquen oro y perlas, y sirvan á blancos en las casas y en los campos. Más yo pregunto: ¿qué se ha hecho de todo junto? y digo, que si estos negros se llevaran por cuenta de su Magestad, á los lugares á donde se saca el oro y perlas, y allí les diesen tierras para en ellas vivir casados y quien los doctrine y gobierne, y de los provechos la mitad fuese para ellos, la otra para su Magestad, tuviera muchas más perlas y oro, y los negros mucho más oro y perlas con que podrían comprar y gastar las mercaderías que de España les llevarán, y por ésta y otras razones habían de ir en grande aumento; lo cual no hacen, porque, como no los casan, todos se van acabando; y es fuerza que siempre lleven más negros, y que las Indias estarán siempre más hambrientas por crecer mucho los blancos que esperan vivir por negros. Y demás desto se excusarían las muchas y grandes ofensas de Dios, así públicas como secretas, que este punto encierra en sí, y los escándalos que suenan estos discursos; y cifro lo que pierde nuestra España; pues Italia, Francia y Alemania y toda nación de Europa no quieren por sus esclavos, que yo sepa, á los negros de quienes vamos tratando, sabiendo ser injusticia; y yo, como hijo della, digo á mi señora madre, que pues es hermosa y bella, ponga aparte este tan dañoso trato que parece que la desdora y afea, y á mí duele lo que se murmura della.

Y si quisiere saberse cómo se acabará este trato ruin, póngame á mí ó á otros, que sientan lo que yo desto siento, en Cartagena de Indias, Puerto-Rico, Santo Domingo, Habana, Honduras, Veracruz, Santa Marta, Margarita, Caracas, en el Brasil y otras partes, á donde acuden los navíos cargados dellos; y con sólo al tiempo de su llegada á los puertos meter en galeras los amos por diez años y dar libertad á los negros, de una vez estaba del todo acabado el trato tan para acabarse, y nuestra España, por este hecho tan ilustre, mereciera una corona de lauro; y en sí misma pueda hacer otro tanto. Con que le advierto que deste aviso, justo y cierto, no quiero que me den dinero, ni por este otro que se sigue.

De los negros que traen de Guinea á España, luego que hayan llegado búsqense los muchachos de todas castas, que sólo sepan sus lenguas. Estos tales los siembren por conventos, colegios y seminarios, y en ellos los oren, doctrinen y enseñen, con el amor y cuidado que á los blancos, y descubiertos los sujetos aquellos de más esperanzas, los harán estudiar hasta que sean teólogos, y los de más satisfacción, ordenados sacerdotes, les darán tal instrucción, cual conviene, y con esta, en los navíos que van á contratar á sus tierras, los enviarán á predicar á sus padres y naturales, de quienes entiendo han de ser bien recibidos, y mejor creídos, y muy presto aprovechados en los bienes de los dos géneros, de que carecen. Y demás desto lo digo por el buen concepto que tengo de aquesta gente morena, nacido de cursos largos, y así desta manera, de unos males tan grandes como los tenemos hechos, se sacarán para siempre grandes é infinitos bienes, dignos de ser celebrados en los siglos venideros, y premiados en el cielo.—Es ejemplo, en etíopes, el señorío del Preste Juan que, desde San Mateo acá, que se dice les predicó, se conservan en la fe, y en sus mártires Filipo, Eliseo y Andrés, y también en los de Congo, á donde con firmeza siguen la santa iglesia romana por predicarles portugueses; y otros muchos deste color, en letras grandes varones, y no menores en virtud, y lo mismo se debe y puede esperar de otros muchos, habiendo el modo y cuidado dicho; pues para acabar muy apriesa obras, por grandes que sean, es amor muy poderoso, y mucho más cuando no faltan los medios, como no faltan aquí, y porque Dios Nuestro Señor siempre puede, y todo lo bueno, santo y justo lo quiere. En suma, digo, señor, que Dios ayuda á quien se quiere ayudar, y que más vale ser su Magestad divina servido por negros, que ofendido por blancos, y si Dios se sirve que yo pueda desde la Australia, yo armaré y sentaré seminario en Lisboa para poderse hacer lo dicho con buena comodidad.

Finalmente; si del todo se quieren acabar todos los males de esta gente, guárdense estas justas leyes; cómprense, pues compraste; véndante, pues vendiste; pringente, pues pringaste; hiérrente, pues herraste; mántente, pues mataste; hagante lo demás que hiciste, y será pareja y no parcial la justicia, con recuerdo que, en contra de aquellas gentes, algunos han avisado, y pedido los premios que yo les diera de un castigo ejemplar.»

JUSTO ZARAGOZA.

(Continuará.)

RECUERDO HISTÓRICO.

Insertamos á continuación, para regocijo y solaz de los ultramontanos de aquende y allende los Pirineos, el siguiente documento que existe en la Cancillería del emperador Carlos V, en el archivo de Simancas. Es un trozo de las instrucciones que el emperador Carlos V daba á su agente diplomático en Roma, sobre lo que debía decir á Paulo III, autor de la liga defensiva contra España y el imperio, en el año de 1548, pocos meses antes de morir este Papa y que le sucediere Julio III. Dice así:

«El emperador con su Consejo ha concluido que lo temporal de la yglesia, estando en la mano de la dicha yglesia ha seydo causa que el ynperio de Roma está en grande manera abajado e diminuydo, y de sí mismo de pequeña fuerza y auctoridad, el qual antiguamente solia ser patron de todo el mundo, y por lo semejante la yglesia y Sede apostolica como cabeza por ser mas dada al Señorío temporal, ha perdido la mayor parte de la auctoridad espiritual y de la reverencia y devocion de los christianos. Por lo qual biendo que este abuso y confusion de lo espiritual con lo temporal es causa de tan grandes abusos, miserias, heregias y infelicidades de todos los christianos y principalmente de la Ytalia, de la Yglesia y del Ynperio: el há deliberado por via de paz, si el puede á fuerza de armas quitar tal confusion: restituir á la yglesia y Sede apostolica su estado y auctoridad unibersal del principado eclesiastico y al Ynperio su temporal. Plantar y establecer la silla ynperial en Roma y se asentar en su Capitolio, dexando el Vaticano á nuestro Santo Padre y juntamente hacerle reconocer unibersalmente de todos los Reyes y otra gente y tambien dexarle tanta señoría temporal en donde le plazera para conservar su dinidad. Y esto querria hacer el emperador con paz, reintegrando nuestro dicho Santo Padre y el Sacro Consistorio, restituyéndole la auctoridad unibersal de la Yglesia... Y por este medio el pontifice descargado de todos los negocios seculares podria entender en el gobierno unibersal de la Santa Yglesia, y como padre, pastor y arbitro de todos los principes christianos conservar á aquellos en paz y union, etc.»

LA REDACCION.

RETUERTA.

(HISTORIA DE UN MICROCOSMOS.)

Relato vulgar-trascendental.

I

El micros, el cosmos, el monos, el ontos y hasta el hippos están decididamente de moda.

Por eso nos hemos decidido á escribir la historia de un microcosmos, es decir (para los que no sean helenistas, como no lo somos nosotros) universo pequeño, en vulgar hombre. Tenemos á la vista las Memorias de Retuerta.

Unas Memorias inapreciables, porque son, por decirlo así, la pequeña imagen fotográfica de un tipo que por todas partes bulle, alborotándolo todo, metiéndose en todo y pretendiendo alzarse con el santo y la limosna.

Estos son los que dicen que el hombre, aún físicamente considerado, está en estado rudimentario, y predicadores de un evangelio filosófico por todas partes divulgado, pretenden hacer el hombre razon, el sér grandioso llevado por la ciencia nueva al exacto conocimiento de sí mismo, en perfecta armonía con sus necesidades naturales, con sus propensiones ingénitas, con los sentimientos en él immanentes.

Pero vengamos á Retuerta.

Él se irá desarrollando delante de nosotros en un proceso, que procuraremos sea lo más inteligible que podamos.

II

Sabido es que los aldeanos que logran hacer algun dinerillo, se apresuran á realizar un deseo que ha sido en ellos un objetivo tentador; esto es, tener un hijo clérigo que venga á ser el señor cura del pueblo.

El abuelo Retuerta no había podido tocar su ideal.

Había tenido muchos hijos, muchas enfermedades, muchos entierros y muy poca fortuna.

Pero uno de los Retuertas de él provinientes, había vuelto de América á su montaña con algunos cuartos, y encontrando á su hijo mayor que había dejado tamaño cuando se fué, ya crecidiello y listejo, para dar gusto á su padre, y por su gusto propio, envió á Sebastianillo á Oviedo para que estudiara latin, siendo de los que se llaman en Asturias *estudiantes de matraca*.

Abreviando y en resolucion, doce ó trece años despues Sebastianillo era don Sebastian, y cura párroco de su aldea, y el abuelo Retuerta, ya decrepito, sintió la felicidad de que su nieto le hiciera las alforjas para el viaje de que no se vuelve.

En cuanto al resto de la familia, se sintió feliz, y no ya ennoblecida, sino santificada.

Pero don Sebastian era misantrópico.

Se había ordenado contra su voluntad.

Había desgarrado su corazon al cantar misa, y sintiéndose esclavo, había exclamado:

—«A este bajo mundo en que vivimos le falta algo: el hombre no ha llegado á su verdadero destino; es esclavo de todo, se ignora á sí mismo, y por su ignorancia la fatalidad le arrastra como el viento á una hoja seca. Y sin embargo, hay en él, en su conciencia, un sér supremo, una omnisciencia, un *quid divinum*, que le impulsa y que no puede comprender.»

Don Sebastian era una monstruosidad, porque un clérigo racionalista es monstruoso: no se concibe, sino suponiendo que no es sacerdote de Cristo sino por accidente, guardando en su alma una protexta muda.

Sufría nuestro hombre los candentes recuerdos desesperantes de un amor perdido.

En su alma se había hecho un vacío que no podia llenarse sino con una amargura insoportable.

Por contera (si se nos permite la frase), la que causaba el hambre desesperada de su alma, la que para él representaba un universo de delicias, tanto más preciosas cuanto que no habían sido gustadas, se había visto obligada á casarse con un hombre aborrecido, como don Sebastian se había visto obligado á someterse á un estado para él de todo punto, hasta lo inexplicable, odioso.

Había sido cobarde, y pagaba la pena de su cobardía.

Había apurado el tormento indecible de casar, como

párroco, á la hermosísima doncella, que era su alma y su vida, con una especie de oso ricachon que estaba muy léjos de creer que el cura que le casaba maldecía y blasfemaba en sus adentros mientras leía con acento untuoso la epístola de San Pablo.

A tanto llegaba el dominio que tenia sobre sí mismo don Sebastian para ocultar bajo las manifestaciones exteriores, lo que en el alma sentía.

Pero en el punto mismo en que les dió las bendiciones, su alma, excesivamente comprimida, vino á la explosion, y el señor cura cayó redondo entre el altar y los desposados, y como herido de un rayo, por un accidente congestional.

Sacóle adelante el albérta, que sabía más que el médico, y don Sebastian estuvo dos años en un estado de idiotismo del que fué despertando lentamente: en fin, cuando volvió á su completo estado de razon, tenia los cabellos blancos, profundas arrugas surcaban su frente, su boca aparecía perpetuamente contraída por una mueca dolorosa, y en sus ojos hundidos aparecía algo que representaba la ferocidad de un lobo irritado.

Esto último fué desapareciendo tambien, pero quedó en sus ojos la expresion de un doloroso infortunio del alma sin consuelo.

Se le hizo odiosa la vida é insoportable la aldea.

Veía á cada paso á aquella por quien apuraba esa agonía que no mata sino muy á la larga, haciendo de la vida un tormento innominado, porque no hay lenguaje que baste á expresarlo.

Ella le miraba con sus grandes ojos azules ansiosos cuando le encontraba, é inmediatamente los apartaba como horrida por el pecado multiforme que sentía revolverse indómito en su alma.

En la misa, don Sebastian sufría lo inexplicable.

Allí estaba ella.

La voz del cura se hacía trémula y ronca, y viéndola con dos pequeños, uno de ellos en los brazos, salía de sus ojos algo formidable, sonaba su acento lúgubre y siniestro; hubiera podido decirse que Satanás, obligado á ello, celebraba el santo sacrificio.

Acabó por espantarse de sí mismo don Sebastian.

Feroces ideas de venganza y exterminio le daban tenazmente guerra, y al fin vendió su hacendilla, renunció el curato, y montado en un mulo en compañía de un arriero se fué á Madrid, donde se metió á clérigo saltatumbas, viviendo de la misa, del *gori gori* y demás medios del oficio.

Habitaba una pequeña casuca independiente, de un solo piso bajo, é innoble, en una de las calles más apartadas del barrio de Toledo, asistido por una vieja que hacía junto á él un efecto mayor que el de una calavera, porque le mostraba hasta dónde pueden ir en lo repugnante, sórdido y antipático, la juventud, la belleza y el alma.

Parecía que don Sebastian había tomado á su servicio aquella harpía para mortificarse por sus pecados.

III

Un día se encontró de improviso con un sobrino, hijo de su hermano mayor.

Era un mozo de diez y ocho años, muy bien hecho, muy guapo, muy vivo, y al parecer muy inteligente.

Este es el Retuerta de nuestro cuento.

Su tío nos ha servido únicamente de prólogo, de prólogo, de entrada.

El cura miró con entrecejo á su sobrino.

—¿A qué vienes? ¿Quién te envía? ¿Qué es esto?—le preguntó ágridamente.

El muchacho no se desconcertó; le dijo que se había venido huyendo con algunos dinerillos que había hurtado á su madre; que habían querido hacerle cura, carrera que él detestaba: que traía en el cuerpo los estudios que en Oviedo había hecho en filosofía y letras, en que era licenciado, y que en el punto en que se le había querido poner el sombrero de tres picos y el manto del seminario, se había expontaneado, y declarádose á sí mismo en el goce de su completa y absoluta *autonomía*. Que él había meditado mucho sobre la *ciencia del espíritu*; que á fuerza de evoluciones metafísicas de su razon, había comprendido que él era un universo individual, un *modo de sér consciente de la materia*; que su escuela era el *racionalismo puro*: en fin, que estaba completamente en el terreno de lo positivo; que trabajaría, que ayudaría á su tío, y que si éste no le acogía se iría por el mundo entregado á la fatalidad, esto es, á la lucha con lo necesario.

IV

—¿Y dónde has estudiado tú esa filosofía de la que me has dado un resumen completo en cuatro palabras?—le preguntó don Sebastian que le miraba con una perfecta frialdad.

—En mi universo,—respondió el muchacho.

—¿Y cuál es tu universo?

—Yo.

—¡Ah! ¡El hombre universo, el microcosmos!—dijo con una absoluta indiferencia el cura:—y luego, con un marcado interés que sonaba á avaricia, dijo:

—Pero tu universo no puede subsistir sin absorber de otros universos lo que le sea necesario para conservarse; tú eres un universo robusto, y, francamente, yo no tengo medios para atender á su conservacion.

—Perfectamente: eso lo tenia yo pensado; es más, no tenia que pensarlo: yo sé que nadie vive más que de lo que tiene, de lo que vale ó de lo que le dan, que es suyo, porque en él existe la causa de que se lo den.

Y sacando de su bolsillo un puñado de duros, dijo:

—Yo creo que dándole á usted una peseta diaria, podrá usted darme, no importa de qué género sea, la libra y media de materia alimenticia que yo necesito para conservarme.

La mirada del cura se había fijado avara en la plata que tenia en la mano su sobrino.

Había como veinte duros, y entre ellos doreaba una onza.

—Pero, ¡y tu madre! ¡Tú has matado á tu pobre madre hurtándola sus ahorros!

—Francamente, mi madre, cuyo amor tengo de un modo infinito, ha comprendido que yo no servia para cura, y ha

hurtado á mi padre: yo dije que la había hurtado; pero esto no es exacto, sino filosóficamente, porque yo he sido la causa ocasional del hurto.

Y luego el muchacho añadió:

—Me bastan un rincón, un comistrajo y una tabla donde poner los libros: la lavadura de ropa, el vestido y el labado corren por mi cuenta: el pago de la manutención será por adelantado.

Y contó seis duros, que entregó á su tío.

Este los tomó y los guardó sin salvada alguna.

El muchacho se echó en el bolsillo el resto del dinero que, con el ruido que produjo, le alargó los dientes al cura. Sin más discusión, Retuerta fué admitido por su tío, que escribió á su hermano, diciéndole que tenía á su cargo al muchacho, y que debía estar tranquilo.

Retuerta fué establecido en una boardilluela casi habitable que había sobre la cocina.

Se le armó una cama como se pudo, se le dió una mesa y una silla, y héte aquí establecido á Retuerta.

V

Retuerta no se descuidó.

Escribía muy bien y muy largo, y encontró acomodo como escribiente en la curia.

Trabajando mucho, ganaba de tres á cuatro pesetas diarias.

Gastaba lo ménos posible.

No fumaba, no iba al café, no se reunía con amigos: verdad era que no los tenía.

De tiempo en tiempo, cuando el magrísimo trato que recibía en casa de su tío le hacía sentir un exceso de debilidad, se metía en una taberna y se atracaba de callos y caracoles.

Se llevaba trabajo á su casa, y se estaba velando hasta que se concluía á la luz de una vela de sebo, puesta en una palmatoria de Alcorcón.

Según él, el hombre debía ponerlo todo en relación con sus fuerzas, no violentarlas, pero tampoco dejar la menor parte de ellas en reposo: toda actividad produce un resultado: Retuerta buscaba constantemente los medios de aumentar su fuerza individual: el dinero es la vida; Retuerta era avaro de dinero, porque era avaro de vida; materialista por instinto, había llegado á ser materialista por razón, á la manera que la razón se revela en él.

¡Y extraño fenómeno! Su materialismo, bien analizado, venía á demostrar un idealismo, un espiritualismo extraordinarios.

El sentía la divinidad y buscaba la prueba de la inmortalidad de su sér, encontrándolas ó creyendo encontrarlas en sí mismo.

El se había dicho: lo que yo no siento para mí no existe; luego lo que yo siento, tiene en mí mismo su razón de ser; luego yo soy un universo, puesto en relación con otros universos: toda fuerza que de los universos puestos en relación conmigo adquiera, me aumentará; toda fuerza que pierda, me disminuirá; la idea que tengo de lo infinito está en mí, y es una parte de mí sér: la idea que de la divinidad tengo es mía: luego yo soy un universo cuyo Dios es suyo, y un Dios que es la virtualidad de mi universo: luego yo soy universo y Dios, puesto que mi universo proviene de mi sentimiento, que es el Dios que mi universo anima: la razón de su actividad consciente, y por consecuencia mi actividad, Dios, y Dios, como yo, en perfecta relación con mis necesidades.

Y así se pasaba las noches de claro en claro Retuerta, buscando en sí mismo la razón absoluta de su sentimiento, perdiéndose en una metafísica extraña, cuya razón de ser estaba en el sentimiento de su egoísmo absoluto.

Para el todo era físico: todas sus propensiones, todos sus deseos, todas sus necesidades resultantes de su actividad necesaria, gestiones de fluidos, atracciones ó repulsiones; asimilaciones ó desemejanzas: cuando á la vista de una mujer hermosa se sentía atraído, cuando no podía desechar su recuerdo, salía del paso en la explicación de este fenómeno con lo de la influencia magnética, con lo de la tendencia que todos los semejantes tienen á refundirse; una necesidad, un hambre como otra cualquiera, que cuando se satisfacían pasaban; respecto á la idea del remordimiento por el mal causado á otro, le parecía una locura: el resultado de la reflexión del dolor ageno en el sentimiento propio á causa de debilidad.

Le parecían monstruosos y absurdos los códigos, resultado del estado rudimentario de la inteligencia humana. Para él no había derecho alguno racional fuera de la teoría de la fuerza predominante. Las leyes amparadoras del débil, eran la obra de la cobardía de los débiles, y se perdía en círculos viciosos, puesto que, si él no conocía otro derecho que el de la fuerza, debía reconocer que la acumulación de la fuerza individual para constituir la fuerza social, con el objetivo de la igualdad de todos los asociados ante un derecho común tendiente á la conservación de todos bajo el nombre de justicia, es decir, de principio contrario á toda acción nociva en la fuerza individual, era una fuerza acumulada, ni más ni ménos que todas las fuerzas predominantes.

Todo lo que contenía, reprimía, moderaba ó inutilizaba su actividad propia, era odioso é infame para él: toda norma, todo precepto, toda organización, abusiva: el hombre había sido hecho de sí mismo, en sí mismo y por sí mismo para el goce completo de su libertad absoluta. Todo lo contrario era el resultado de la ceguera, de la ignorancia humana. El hombre físico era aún un hembrion; el hombre meral estaba completamente por hacer: él, pues, era uno de los elegidos que por la revelación del espíritu al espíritu, conocía la verdad de la vida; era, por consecuencia, un universo, un infinito, un Dios: fuera de él no existía nada para él.

Retuerta acabó de aberrarse, y dijo rotundamente en su conciencia: «universo, esto es, yo: Dios, esto es, yo: toda actividad en mí inmanente, mía: yo, razón de mí mismo: lo que está en mí, es mío: lo que no está en mí, no existe.

Y como era idealista como un diablo, acabó por decir: yo soy Dios, y por sentir por sí mismo un misticismo que ni el de San Francisco de Sales, ni el de Santa Teresa.

Avara el alma de sensaciones candentes, la pasión tomaba en él formas sublimes: lo fantaseaba todo; pero dentro de la escuela que él fatalmente se había hecho para sí mismo: él materializaba la sublimidad que sentía y se defendía de

toda absorción con toda su fuerza de voluntad, que era extraordinaria.

Así formado moralmente le había echado de sí la Universidad de Oviedo.

VI

Su vida era monótona: su único afán, adquirir por los medios calificados de lícitos; respetando en las leyes y en las costumbres dos fuerzas colectivas contra las cuales se sentía impotente: dotado de una sensibilidad extraordinaria, tenía una gran delicadeza de conciencia, que él materializaba, y de la que se defendía llamándola debilidad: su vida era una espantosa lucha interna: un infierno; una juventud sin frescura y sin perfume; una oscilación entre su naturaleza propia y la artificial que él se había hecho pretendiendo explicárselo todo por la razón y negando rotundamente todo lo que por medio de la razón no podía explicarse.

VII

Su vida externa era uniforme y seria: su asiduidad para el trabajo, su humor siempre igual, frío es cierto, pero al parecer, respetuoso á todo; las ventajas físicas que debía á la naturaleza, su sagaz cuidado para evitar todo choque que pudiera colocarle en una situación desventajosa, le habían captado el aprecio general.

Sólo su tío, que se le parecía mucho, decía:

—Este chico es un condenado.

VIII

Su soberbia, hija de la alta estimación que por sí mismo tenía, le atormentaba. Las superioridades que violentamente sufría, le irritaban. El afán de ponerse en evidencia y de ser admirado, le consumía. El oficio de escribiente, aunque él no lo aparentaba, le humillaba. El hubiera preferido estar en medio de la naturaleza, lejos de la sociedad, viviendo como los salvajes, del animal que cojiese, de la fruta de los árboles. Le mortificaba ser uno de tantos en quien nadie reparaba: un individuo de la multitud.

El necesitaba predominar.

Tenía la palabra fácil y ardiente; discursaba con éxito: sus paradojos hacían fortuna. Se le presentaba un camino, muchos caminos: el profesorado, la política, la literatura.

—¡Si yo fuera diputado! —exclamaba.

Y un universo de grandeza en que resplandecía la diadema, el poder sin límites, se desplegaba en su fantasía.

Hizo oposición á una cátedra de literatura; sus ejercicios fueron brillantes. Sin embargo no logró ni aunque le pusieran en terna.

Probó la bella literatura.

Pero se encontró con que no era poeta. Tuvo á lo ménos el buen sentido de conocerlo.

La gloria literaria le estaba vedada.

Probó otro camino: la política.

Se lanzó al periodismo: de la gaceta subió al fondo: pero era incisivo, mordaz, atrabiliario.

Lo juzgaba todo con su extraño ideal, se irritaba y producía artículos virulentos.

A la tercera denuncia que produjo, le echaron del fondo. Le dejaron la crítica.

Allí no importaba: un autor zurrado no puede producir denuncias y suspensiones y multas como un ministro herido.

Se despachó á su gusto.

Pretendió llevar á la literatura el espíritu de su escuela; se hizo una reputación á fuerza de audacia y de extravagancias, levantó á nulidades y especuló con sus alabanzas: echó soberbia y se hizo insoportable.

Acabó al fin por hacerse odioso y por poner en ridículo á los periódicos en que escribía.

Se le cerró también esta puerta, ó más bien esta ventanilla.

Se revolvió jadeante entre aquella sociedad maldita, entre aquel *vulgo ignorante* que no lo comprendía.

Le ateró la miseria.

¿Porque cómo volver á ser escribiente de la curia? ¿Cómo descender?

IX

Entonces, tocando el dolor material, permitásenos la frase, se achicó: dudó de sí mismo.

—No, no,—dijo:—ni yo soy un universo, ni yo soy un Dios: yo soy un modo de ser del sér, sujeto como todo lo que existe á una ley que siento y que no comprendo: cuando he pretendido desenvolver mi actividad por mi voluntad, he encontrado siempre dificultades insuperables: yo estaba ciego, me arrastraba una idealidad que me ha llevado de desengaño en desengaño: que Dios no existe en el hombre, es indudable: no puede ser Dios el que no es omnisciente ni omnipotente; lo finito no puede concebirse ni aun de una manera abstracta: lo infinito no es más que una idea de correlación: no existiendo Dios en manera alguna en el hombre, la idea de Dios no es más que el resultado de la acción del yo humano, que se pierde en el error, que se espanta del no sér y conociendo la muerte del cuerpo busca la inmortalidad del alma: el hombre no puede concebir á Dios; Dios no cabe en su sentimiento: si existe Dios es un misterio: y el misterio que el hombre no puede esclarecer, para el hombre es la nada. No hay Dios: si el hombre es la razón, la razón no le sirve de nada: no va más allá de los fenómenos tangibles. Yo no puedo creer en aquello que no puedo explicarme. No, no hay Dios. El hombre es materia, no más que materia; el sentimiento *in se et per se* tan decantado, es una manera de sensibilidad en relación con el sér que la produce: el horror que el hombre siente á la muerte, contradice su tendencia, su creencia de la inmortalidad individual de su espíritu: si el hombre creyese verdaderamente en la inmortalidad de su alma, buscaría ansioso la destrucción de la materia bruta que encierra su alma, que la envilece con una esclavitud horrible y una ignorancia vergonzosa; no, no hay alma, no hay Dios; no hay más que una actividad múltiple é incesante: modos de ser del sér universo. El misterio.

Tanto en fin se dió á luchar consigo mismo Retuerta, que al fin se embrolló: las nieblas de su espíritu se condensaron, sobrevino en su inteligencia un caos, y entonces no murmuró

con Kant: «No hay más verdad que la duda», sino que gimió con Sócrates: «Sólo sé que no sé nada».

X

Se resignó á una vida horrible sin fé y sin esperanzas: sintió de una manera abrumadora el peso de la vida, y acabó por decir desesperado:

—El hombre es el último de los séres; el hombre es el sér más imperfecto; el hombre es el sér inferior del universo, puesto que tiene el sentimiento de su impotencia.

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

(Concluirá en el próximo número.)

CRÓNICA.

Aceptad la invitación tentadora del sol, salid al campo y vereis que ahora ofrece una incopiable variedad de colores y de matices. Pero si quereis gozar los últimos momentos de alegría de la naturaleza parecida á los gladiadores y á los mártires en que al morir sonríe, no perdais el tiempo, que el otoño, como los cuadros disolventes desaparece apenas visto. Lo que no puede negarse es su inclinación á la melancolía y á la tristeza. Basta ver cómo pone amarillos, pámpanos, castañares y robledales, para convencerse de que tiene el color de la ictericia; basta sentir la vecindad del frío para que arrojemos todas nuestras pasiones. Hasta el amor sienta la cabeza y se hace formal y sério si los hay. No hay más que verle. O se casa ó va con las manos metidas en los bolsillos.

Si á los alabarderos del teatro Real les sucediera lo mismo, esto es, si tuvieran siempre las manos en los bolsillos, el Paraíso no sería muchas veces campo de terribles batallas como ahora acontece. Pero en contra del vicio de aplaudir sin motivo, hay la virtud de chichear aunque los agentes de orden público se desesperen, y los conflictos se cuentan por las representaciones. ¡Pocos son hasta ahora! Cuando al Sr. Rovira le sueltan los pleitos, los primeros tenores cojen un catarro. A estas horas suponemos acatarradas á las bambalinas.

Una cosa hemos notado que falta en la lista de la compañía: el pato.

Porque los abonados le pagan.

**

El orgullo olímpico del Sr. Cánovas del Castillo puede estar satisfecho. Los periódicos nacionales se convierten en biógrafos suyos ó hacen apoteosis de su nombre; los periódicos extranjeros tienen á empeño hacer la pintura de nuestro estado social presente, que lleva el nombre del señor Cánovas á manera de marca de fábrica. Dos pruebas elocuentes de que, aun cuando no lo parezca, es verdad esto que decimos: un artículo de Mr. Louis Lande, publicado en la *Revue de Deux Mondes*, de que se habla mucho, y un artículo de *El Liberal* titulado ¡Cánovas! de que se habló no poco.

Resulta del artículo de Mr. Lande, y no es lo malo que estas cosas se digan, sino que no tengan contestación, que los intereses generales se sacrifican al interés y al orgullo de unos pocos; que no existe Gobierno representativo, porque al despotismo de los reyes absolutistas ha sucedido el despotismo de los ministros; que hay que dudar que en España existe la seguridad de las personas y de las propiedades, condición primera de toda sociedad apenas organizada; que se podría citar alguna dirección general donde permanecen estacionados millones de expedientes, esperando sin duda en sus respectivas taquillas la trompeta del juicio final; que no hay estadística; que se tardan diez ó doce años en examinar las cuentas de las dependencias del Estado; que el público ignora siempre á cuánto asciende el déficit verdadero; que hay caciques bastante poderosos para hacer que se traslade el juez de su partido ó el administrador económico de su provincia; y en suma, que nuestras desventuras son tan grandes como que tenemos para remediarlas á quien más las aumenta y acibara.

Porque el Sr. Cánovas no es hombre de Estado. Antes que la *Revue de Deux Mondes* lo dijese *El Liberal* había dicho al reaparecer cumplida una suspensión de veinte días:

«No puede cerrar el periódico de las revoluciones el que sólo sabe aprovecharse de ellas.

No puede ser dominador del militarismo quien es engendro suyo.

No puede regenerar el sistema parlamentario quien hace de la elocuencia una Celestina y un botón del gesto.

No puede dar autoridad al sistema constitucional quien cree que los Ministerios son perchas de uniformes de ministros.

¿Qué grandes problemas ha resuelto personalmente el Sr. Cánovas para ser aclamado grande hombre nacional?

Los hombres nacionales se llaman Cavour, Bismarck, Thiers, no por lotería del destino ni ternura de sus agradecidos, sino porque representan ideas nacionales. La unidad italiana; la patria alemana; la liberación del territorio...

Ni siquiera ha sabido el Sr. Cánovas ser consecuente con la soberbia de la humildad. De ser plebeyo se ha envanecido; de no llevar condecoración alguna. Pero al fin ¡claudicó! No comprendió que es más grande dar Toisones que llevarlos.

No ha sabido ser plebeyo.

Seguimos creyendo que el día que caiga del pedestal será lo que las estatuas de la plaza de Oriente, que puede consultar á su paso todos los días: cuando estaban en las régias terrazas... ¡magníficas esculturas!... descendidas hasta esperar su rehabilitación delante de las puertas... ¡distinguidos guardacantones!»

Lo hemos dicho repetidas veces y los sucesos han venido á confirmar nuestro fundado anuncio. El Sr. Cánovas del Castillo dando poder, influencia, prestigio, autoridad y elementos de vida á los tradicionalistas, cometió un error gravísimo de que ya ha comenzado á arrepentirse. Creyó encontrar aduladores en los que no podían nunca dejar de ser enemigos. Mientras resistió á convenirse de que en las honradas masas carlistas no se había renunciado á adorar, aunque en secreto, á los antiguos ídolos, ¿qué otro sistema debía emplear que el de la seducción y el de la prodigalidad? Pero el engaño no podía durar mucho tiempo. De las honradas masas no venía nadie al campo conservador, si no era para ganarse por el viaje mitras y prebendas. Era necesario el arrepentimiento, y el arrepentimiento no se hizo tardar. Fueron su expresión enérgica y airada la circular, mandando á las autoridades de Vizcaya, Guipúzcoa y Alava, que vigilen á los sacerdotes que prediquen en vasconce, y la orden prescribiendo el total planteamiento de las leyes provincial y municipal en el territorio vascongado. El reto estaba lanzado y la batalla debía comenzarse muy pronto. Ya se han cruzado los primeros disparos. El cura de Lequeitio y el cura de Zumaya, son las primeras páginas de la historia de la guerra del tradicionalismo rebelde y la política conservadora burlada que ahora comienza. Y cosa extraña. Aunque es cosa corriente que apelar al Nuncio, es como hablar con una pared maestra, esta vez la intervención del Nuncio fué eficazísima. La ley liberal y las masas carlistas, se han salvado juntas.

Extrañar del reino al cura de Lequeitio, era una arbitrariedad indisculpable. Pero el acuerdo quedó tomado por unanimidad en el Consejo de ministros y bien lo prueban las vacilaciones de la prensa ministerial. Si después se ha dejado sin cumplimiento, débese en gran parte á la actitud de la prensa liberal, que en esta ocasión, inspirándose, como siempre, en un espíritu de amplia justicia, olvidando al adversario político para acordarse solo del ciudadano arbitrariamente perseguido, ha condenado la política incierta, sin propósitos, sin explicación posible del Sr. Cánovas del Castillo al mismo tiempo que condenaba el error y el absurdo.

La tregua ha vuelto á romperse. Primero, choque de ideas: más tarde torrentes de sucesos sin ventura.

Los fusionistas, para pronunciar discursos, salen fuera de Madrid; y para distraerse de sus pesadumbres, van de caza.

Como estamos en otoño pasan los días viendo caer la hoja.

Pero no puede negarse una cosa.

Que los fusionistas están ya en el campo.

La baja de los fondos públicos ha sido el suceso de muchos días, el tema de todas las conversaciones, la pesadilla del Gobierno, el laberinto en que los periódicos ministeriales se perdieron para no volver á encontrarse con la verdad y con la lógica, el asombro de los que no juegan á la Bolsa, la causa de muchas inquietudes, de muchas zozobras y de muchas ruinas, el argumento para una tragedia realista bursátil que podría titularse *La Desesperación*, un motivo poderoso para protestar contra ese afán inmoderado de empeñarse en jugadas peligrosas, que si unas veces lleva en breve tiempo á la opulencia y á la fama, conduce otras derechamente y con rapidez extraordinaria al descrédito y á la miseria.

Lo de siempre. Se maldice el agiotage, se cuentan las víctimas de la tormenta, se echa con la suspensión de pagos un bote salva-vidas á los naufragos, se admiran las fabulosas ganancias de los elegidos, se agrandan las desdichas de los desheredados y... vuelta á empezar. Las cuentas del rosario de conflictos bursátiles no se acaban nunca.

Con ocasión del pánico de la Bolsa podía hablarse de las condiciones de nuestra Hacienda en su desdichadísimo estado actual, pero es esta larga tarea y para momento más oportuno la dejamos. Noticias anunciando un arreglo inmediato de la Deuda pública facilitaron notablemente las jugadas á la alza para las cuales más que nada se había apelado á la pignoración de títulos en todos los establecimientos de crédito. Por esto, lo que se había creído triunfo milagroso de la hacienda conservadora, ha sido y es en gran parte obra del agiotage, cuyas terribles consecuencias nunca deploraremos bastante.

De todas las explicaciones que de la última baja se han dado, ninguna tan graciosa, ya que no fundada, como la de *La Epoca*. Queriendo demostrar que no podía ser persistente dicha baja, *La Epoca* no ha llamado en su auxilio á los bajistas, sino al Diccionario de la lengua.

Esta explicación nos parece muy ingeniosa, pero muy poco práctica. Mas ya que *La Epoca* señala el camino, le aconsejamos un medio seguro

para atravesar el terrible conflicto bursátil que atravesamos.

Que regale un ejemplar del Diccionario de la Academia á cada uno de los jugadores de Bolsa que van á quedar en la miseria.

La asociación para la reforma de los aranceles de Aduanas, á cuya incansable actividad y á cuyos valiosos esfuerzos se debe en gran parte que las influencias proteccionistas del país no hayan destruido hasta el último indicio de las reformas económicas de la Revolución de Setiembre, en perjuicio del comercio, de la industria y del consumidor, vuelve de nuevo, pasada la necesaria tregua del estío, á proseguir su obra utilísima y regeneradora.

Ya están acordados los trabajos preparatorios de una *meeting* para tratar de la producción vinícola del país y de la necesidad de que se celebre un tratado de comercio con Inglaterra para dar más facilidades á la exportación de vinos al Reino Unido, con lo cual se favorecería desde luego y aparte de otras ventajas generales, los intereses de los viticultores españoles.

Dicho *meeting* no podrá celebrarse antes de mediado el mes de Noviembre. Echegaray se ausenta de Madrid por algunos días, y el autor de *Lo que no puede decirse* tiene que decir en el *meeting* muy buenas cosas. Hablarán también Figuerola, Rodríguez, Azcárate, Moret, Pedregal... la elocuencia que se ha propuesto hacer la apoteosis de Noé.

La tribuna de los libre-cambistas va á ser esta vez el escenario del teatro Real. Palcos y butacas estarán ocupados por distinguido público. No faltará más que la orquesta, pero si los proteccionistas hablan habrá música.

Las notas de entusiasmo por la libertad van á ser más altas que las notas de Gayarre.

Galdós va á publicar una edición ilustrada de sus admirables *Episodios Nacionales*; Nuñez de Arce colecciona todos sus poemas en un libro que van á ilustrar Vierge, Madrazo, Pradilla, Palma-rolí, Villegas y otros pintores españoles de no menos mérito y renombre; Campoamor escribe un nuevo poema para aumentar el brillante catálogo en que están inscriptos *El tren expreso* y *Por don de viene la muerte*; Moreno Nieto va á discutir el problema fisiológico en su discurso de apertura del Ateneo, y dos jóvenes de no gran nombre literario, pero sí de grandes merecimientos, Martos Jimenez y Gomez Ortiz, redactan las *Memorias* que en la sección de ciencias morales y políticas, y en la de literatura de dicho ilustrado centro, van á discutirse durante el curso próximo.

Después de estas noticias se comprende que el problema que Figaro planteaba diciendo, «no se escribe por que no se lee ó no se lee porque no se escribe» ha dejado de serlo. Pero hay otros que á reflexiones no menos dolorosas se prestan.

Se habla mucho de los grandes inconvenientes que produce esa afición insensata de nuestra juventud por las carreras literarias; se aconseja á los jóvenes que abandonen las Universidades por la agricultura y las letras de imprenta por las letras de cambio; se reconoce que es entre nosotros tristísima y angustiosa la situación de publicistas y literatos ¿pero qué se hace para remediarla?

Es este camino estrecho y penosísimo de las letras más temible que el del Calvario, porque al fin de él pocas veces se ve la gloria. Pero aun las que con grandes probabilidades de lograrla le siguen, ¿qué facilidades encuentran en él? ¿Qué favores reciben de esos que tanto aparentan llorar sus desventuras? Menos que la crítica despiadada, la indiferencia y el olvido.

Los autores dramáticos, como más en íntima y directa relación con el público, alcanzan éxitos ruidosos y anuncios repetidos desus obras. No lo sentimos, porque igual y aún mejor fortuna queremos para los que á escribir libros literarios y científicos se consagran. Pero permítansenos lamentarnos de que una comedia en un acto proporcione á su autor más popularidad que la que una novela notable ó un libro en que se discuten problemas sociales interesantísimos alcanzan. ¿Por qué así? Porque la crítica ha emigrado de la prensa, cediendo el puesto al favor y al elogio inconsiderado, y cuando el favor falta, para una obra notable, que además del talento exigió de su autor largas vigilias, se estima premio y recompensa bastantes una breve noticia.

Y no se diga que deber del verdadero mérito es huir de los elogios. Debe huir, sí, de ser él mismo quien se los proporcione; pero al elogio de la crítica tiene derecho. Que la misión de la crítica no sea de crueldad sino de justicia; que cuando se presenta una obra en que se ven del género destellos admirables, no quiera para desautorizarla aplicar á ella las reglas de que Boileau hizo irritante tiranía; que cuando se trata de una obra en que todo se sacrifica á las reglas retóricas, á la pureza de la dición, á lo delicado de las frases, no lamente en ella la falta de esos argumentos que sorprenden menos por la novedad que por los absurdos, y la crítica, reverenciada y enaltecida, favorecerá grandemente el progreso de las ciencias y de las letras, alentando á los escritores con sus sabios consejos y al público con sus imparcialísimas sentencias.

Necesita de este firme propósito de enmienda en penitencia de algunas injusticias cometidas. Byron, desterrado del imperio de la poesía por la

Gaceta de Edimburgo; Víctor Hugo, tenido por un loco; Shakespeare, condenado sin piedad por Moratin, pregonan errores que la crítica debe borrar con su cordura y buen sentido.

Los que todo lo elogian á destajo no son de nuestro reino. A los que cegados por un censurable pesimismo olvidan que la ciencia es perfectible y el arte no, hay que contestarles con Víctor Hugo: «No, ni decadencia, ni plágio, ni repetición. Identidad de corazón, diferencia de espíritu; todo es eso. Hamlet es Orestes con el sello de Shakespeare; Figaro es Scapin con el sello de Beaumarchais; Grangomier, es Sileno con el sello de Rabalais.

En la calle de la Libertad el francés ha triunfado del árabe. El teatro de la Alhambra no se llama así, sino *Folies*. Arderius le ha dado por apellido el suyo, y por inquilinos la compañía, que puede llamar suya también, porque le sigue á todas partes con una fidelidad digna del diploma de una Sociedad Económica de las que premian á los fieles, y no de la Iglesia. De que *Ya no hay Pirineos* nos han convencido, más que la zarzuela de este nombre, los trenes de recreo. Y la prueba de que para el éxito de las importaciones extranjeras de mala fabrica los hay, es que el señor Arderius ha tenido que volver á *Los Madriles* y á aquella galería fotográfica en que figuran Robinson y el general Bum Bum, Frascuelo y el Rey Midas, Genoveva de Brabante y la Pepa, un ratero y un agente de Orden público, Pascual Bailon y Juan García.

Desde que la temporada comenzó, por el escenario del Teatro *Folies Arderius*, donde *El asesino de Arganda* murió de mala muerte, han pasado: cantores suecos; gimnastas, prestidigitadores, concertistas de guitarra, manufautistas, mujeres gordas y hombres serpientes. El favor del público se explica.

No va á ver un escenario.

Va á ver un arca de Noé.

Si el inspirado autor de *La danza macabra* hubiera retardado su venida á Madrid algunas semanas, un público brillante, el mismo que asiste á los conciertos de primavera hubiese acudido al Teatro del Príncipe Alfonso para premiar con aplausos entusiastas su rara habilidad como pianista y su talento como compositor. Nos ha visitado antes de que las corridas de toros terminasen y esto ha sido un mal. El público, entre Saint-Saens y Lagartijo, no ha dudado. Las estocadas á volapié triunfan de los nocturnos y de las polonesas.

Saint-Saens ha recibido del público grandes aplausos; de la crítica justos aplausos; pero en el teatro del Príncipe Alfonso no ha encontrado la inspiración que le aconsejaba su deseo.

Hubiera querido asunto para un poema titulado *El Torrente* y tendrá que contentarse en escribir uno que deberá llamarse *El Desierto*.

Vico y Calvo se han cruzado en la línea de Zaragoza cuando iba el primero á regentar el teatro de Pignateli, y venía el segundo á presentarse por vez primera en esta temporada en la escena del teatro, donde no hay orquesta y tienen palco gratis los concejales. Es de suponer que los empleados de la estación donde los dos trenes se cruzaron presenciarían un extraño y fantástico espectáculo, verían á D. Alvaro el Indiano, y á Diego Marsilla, conferenciando en el andén. Después las locomotoras silbaron echándose de perdonas vidas, sonó la campana anunciando el momento de partir, y D. Alvaro y Diego Marsilla se separaron con tristeza. Poco después debió sonar también la hora de los celos. Vico notaría que Calvo se llevaba con la Mendoza Tenorio, á Leonor de Vargas, y á Isabel Segura, y declamaría el monólogo del *Nudo Gordiano* ó algún otro monólogo. Calvo se presentaba á la noche siguiente en el teatro Español, y obtenía una ovación inmensa. Dentro de quince días le tocará á Vico desquitarse.

Si el sistema de viajes de ida y vuelta no acaba pronto, como en los carteles de los toros «si el tiempo lo permite» va á ser preciso poner en los del teatro Español algunas veces esta otra advertencia. «Si el tren no descarrila.»

—En los estrenos teatrales que hasta ahora van verificados salen por igual el elemento militar y el elemento civil. Para un *Coronel Esteban* hay un *Corregidor de Almagro*.

—¿Y que le han parecido á usted?

—Que el Coronel ha quedado muy pronto en situación de remplazo, y que al Corregidor le han *dimilitado* cuando apenas había tomado posesión.

Noticias de Marruecos. Al Sr. Cánovas del Castillo le han regalado dos caballos magníficos.

Pero aunque el regalo es muy rico el sultán no ha sabido dar gusto al Presidente del Consejo de Ministros.

Le manda los caballos con aparejos, y él los necesita desbocados.

MIGUEL MOYA.

BUEN NEGOCIO.

Es el mundo un mercader,
y es tu belleza una alhaja
y los placeres y el lujo
son el precio en la subasta.

Mucho valen, mucho valen
los tesoros de tus gracias,
más él es rico, tan rico
que Dios sabe lo que gasta.

Pide sin miedo y tu boca
será medida sin tasa
porque él echa en estos casos
la casa por la ventana.

Bien pronto se cierra el trato,
es cuestión de dos palabras,
porque entre gente de rumbo
mano á mano, toma y daca.

No vaciles cuando puedes
vender tu virtud tan cara
Mira tú si es buen negocio:
él te compra y tú lo pagas.

JOSÉ SELGAS.

A LA LUNA.

Cual ígneo faro de la noche oscura
contemplo tu melena brilladora,
y el campo de tu pálida hermosura
que las ondas del piélago colora.
En torno de tu rostro fulgurante
la sombra ahuyentas del sereno cielo,
y reflejas del sol la luz radiante,
ocultando tu rayo vacilante
de opaca nube en el plomizo velo.

Tal vez del bosque entre la sombra espesa
finges leves imágenes divinas,
ó acaso melancólica iluminas
la negra cruz de solitaria huesa.
Bruñido disco de luciente plata
en tí los hombres vieron,
y de tu luz la hermosa catarata
rendidos adoraron;

que un dios, en su ignorancia, te creyeron,
ó la amante del sol te imaginaron.

La ardiente fantasía
en tí miró la nacarada cuna
de sus ansias de amor y de poesía,
y en tu vago fulgor soñaba, ¡oh Luna!
encontrar el espíritu anhelante
la alma ilusión, de rostro peregrino,
que el pecho palpitante
oculta, guarda y misterioso anida,
calmando los rigores del destino
y dorando las sombras de la vida.

¡Cuántas veces mi mente soñadora
forjó bañarse en tu postrer reflejo,
á su luz protectora
flotar del lago en el azul espejo,
y envuelta en nubes de oscilante niebla
cruzar el éter y pisar tu seno,
que el pensamiento estático y sereno
de amantes hadas y de génius pueblal

Mas ¡ah! vana ilusión del desvarío;
la madre ciencia te arrancó tus galas,
é Ícaro osado, el pensamiento mío
en su divina luz quemó sus alas.
Tu soñada existencia misteriosa
cayó como la piedra en el vacío,
y rompiendo los límites oscuros
que mezquina la mente señalara,
de nueva luz los horizontes puros
la ciencia inunda con su lumbré clara.
Pasó la imagen que la duda ofrece,
pasó del sueño la ilusión querida;
mas si el fantasma loco desaparece,
¡Cuán extraño á mis ojos resplandece
el verdadero cuadro de tu vida!

¡Tinieblas por do quier!... géritos ántros
que helarán el humano pensamiento,
y condensan las sombras de los siglos
en su fondo terrible y macilento.
Abismos y montañas altaneras,
y simas y planicies grieteadas,
y cráteres y circos y barreras,
y salvajes llanuras desoladas.

Altivas torres y profundos huecos,
cual los bordes oscuros de una tumba,
y el peñasco que mudo se derrumba
en los páramos lóbregos y secos.
Ni una flor, ni un arroyo, ni una fuente;
todo es piedra en tu sér, y todo es ciego,
¡que llevas en tu entraña un mar de fuego,
y un mundo de cenizas en tu frente!

En tus senos sin luz y sin colores,
el sol rojizo su fulgor derrama,
y sin doradas gasas de vapores,
brillante eleva su encendida llama
sobre un fondo de lúgubres horrores.
Su luz en tus montañas reverbera,
y nuevos soles tus montañas fingen,
y en nuevo cuadro á la razón asombras,
ostentando entre mágicas lumbreras
vagos puntos de fúlgidas esferas
y mares de tinieblas y de sombras.

Y en medio de tu fúnebre sudario,
cendal inmóvil de maciza piedra,
que se extiende en tu seno solitario
y que á la mente arredra.

¡El silencio do quier, la muda calma,
y, cual la roca inerte,

la sosegada vida de la muerte
y el sueño melancólico del alma!
¡Lluvia de fuego y sombras incesante,
de tinieblas y luz consorcio rudo,
eternas luchas y combate mudo,
oscuras simas y fulgor radiante,...
y... la nada; el espíritu atrevido
de tus senos huyó, ó acaso mora
en el fondo de un cráter sumergido,
extraño sér que su sepulcro adora...
Mas ráudo el pensamiento, que, en su vuelo,
al mirarte, tu vida le fascina,
cruzar pretende tu salvaje suelo,
y cual rompe las nubes en el cielo
el sol, y los espacios ilumina,
al fin se lanza á tu región ignota,
quiere saber tu impenetrable arcano,
su inútil ciencia delirante agota,
y en vano gime y se retuerce en vano!...
¡Oh, Luna! ¡Oh, blanca Luna! El pecho mío
también sintió tan insaciable anhelo;
que en alas ¡ay! del huracán bravío
yo escalaré los mundos del vacío,
y en tí posará mi atrevido vuelo!
¡Dáme tus alas, huracán! Ufanos
romperemos la bóveda azulada,
y cruzando los senos de la nada
seremos de los cielos soberanos;
que yo, en la luna, si mi vida incierta
no estallará, doblando sus latidos,
como estallan los gases comprimidos
en el seno fatal de tumba yerta,
de los oscuros ántros el sendero
hollará audaz con planta valerosa;
del hondo cráter y el abismo fiero
cruzará por la sombra tenebrosa,
y arrogante mirando cara á cara
su faz horrible, con altivos ojos,
negro, sin luz y sin cambiantes rojos,
¡el espacio infinito contemplará!

PLÁCIDO LANGLE.

COLON Y LOS PINZONES.

PALOS 3 DE AOSTO DE 1492.

Improvisación á mi querido amigo el Excmo. señor
don Luis Hernandez Pinzon.

¡Tres de Agosto! ¡Horrible día!
Uno gime y otro reza;
Madre hay que blasfema impía.
¡Al partir cuánta tristeza!
¡Al volver cuánta alegría!

—¡Que van el áncra á levar!
Dice angustiada la madre
Sus hijos al despertar.

—Corre, ven, ven abrazar
Por vez postrera á tu padre.

—¿Os vais? ¿Os vais? ¿Dónde? ¿A qué?

—A donde ninguno fué.

—¡Ni ireis vosotros tampoco!

¿Quién os guía? Un viejo loco,

—No, que nos guía la fé.

—¿Su terquedad os arranca

De los vuestros de ese modo?

¿Qué dijeron con voz franca

Los sábios de Salamanca,

Esos que lo saben todo?

Creyéronle en Portugal,

Y en secreto el rey desleal

Lanzó á los mares su flota;

Dios castigó crimen tal;

No hallaron la tierra ignota.

—Acortad las reflexiones,

Que el corazon no es de piedra,

Y respondo á esas razones,

Que donde van los Pinzones

Ningun marino se arredra.—

Si Colon la Capitana,

Manda la Pinta Martin;

Caravela que irá ufana

Cuál águila soberana

Del uno al otro confin.

Y es su hermano su piloto,

Hábil marino tambien,

Que ya el seno nunca roto

Del lejano mar ignoto

Certeros sus ojos ven.

¿Quién manda la nave aquella?

Otro Pinzon; es la Niña.

Ya ansiando seguir su huella

La espuma rizada y bella

Ante la proa se apiña.

Va en tal intento su ciencia,

Su valor y su experiencia,

Y sus tesoros colmados.

¡Todo lo arriesgan osados

Si aventuran su existencial

Ya nace el sol, sol de gloria

Para aquellos españoles,

Que cuidados la historia

Alumbrará su memoria

Entre millares de soles.

Ya van de la patria en nombre

De un mundo ignorado en pos;

Mas su arrojo no os asombre,

Pues aunque los guía un hombre,

Tal obra, es obra de Dios.

Y si no logran á España

Ofrecer con noble aliento

El mundo que Atlante baña,
Siempre quedará la hazaña
De morir en tal intento.

Pronto hollarán sus antenas
De ese mar la latitud;
¡Cuánta gloria y cuántas penas!
¡En cambio, grillos, cadenas
Y de un rey la ingratitud!

Que el invencible adalid
Que cruzó de polo á polo,
Ya sin fruto seca vid
Sucumbió en Valladolid
¡Ultrajado y pobre y solo!

Lo mismo en amarga queja
De aquel gran emperador
Que la ingratitud refleja,
Murió pobre en Castilleja
Cortés el Conquistador.

¡Tres de Agosto! ¡Hermoso día!
De Colon el alma pia
Gozosa á los cielos se alza,
Que España su empresa ensalza
Con orgullosa alegría.

Si dignos sus hechos son
De su génio sin segundo,
Sin los hermanos Pinzon
Quizá no hubiera Colon
Descubierto el Nuevo Mundo.

Y así las generaciones
Gozando sus ricos dones
De los siglos á través,
Si adoran al Genovés,
Bendicen á los Pinzones.

EDUARDO ASQUERINO.

Rábida 3 de Agosto de 1880.

UNA DE TANTAS.

Prodiga, generosa,
contigo fué natura
y te dió la fragancia y la hermosura
que suele dar á la encendida rosa,
émula de la llama,
y el hombre, apasionado, que te mira
y en la belleza plástica se inspira,
con entusiasmo tu beldad proclama
esclavo de tus gracias sin segundo;
mas si el hombre rendido á tus antojos,
se asoma al precipicio de tus ojos
ve un abismo profundo.
¡Lástima que natura, generosa,
al darte la belleza estatuaría,
que es frágil y sujeta á la precaria
fortuna veleidosa,
tal vez por un olvido, no te diera
la BELLEZA MORAL, que es la primeral

FRANCISCO FLORES GARCIA.

LAS BELLAS ARTES.

PINTURA.

Es el limpio fanal del universo;
el marco de brillantes panoramas;
el mar con sus abismos insondables
y sus lucientes olas de esmeralda;
el cielo con sus nubes y sus astros;
el arroyo que claro se desata
y copia en su cristal plantas y flores;
el horizonte, las divinas alas
de las deslumbradoras mariposas;
el ocaso, la noche, la mañana,
y el espejo grandioso en que los mundos
con sus luces y sombras se refractan.

ESCULTURA.

Es la forma, es el arte que de un mármol
una figura celestial arranca;
el alma de infinitas religiones;
Atenas floreciente y decantada;
el abultado pecho de la hermosa;
el altivo palacio y la montaña;
la obra que Dios, artífice supremo,
fabricó, poderoso, de la nada;
el espectro que llora en las ruinas;
el plano entero de la hermosa Italia;
la lluvia, en fin, cuyo cincel de gotas
la verde espiga de la tierra saca.

MÚSICA.

Es el cantar que entonan las edades;
el lenguaje sublime de las hadas;
el ritmo de los ejes de la tierra;
el canto del torrente y la cascada;
el són del huracán; las dulces trovadas
que las aves entonan en las ramas;
el placer de la córte y de la aldea;
del amoroso lábio la palabra;
los sentidas canciones populares...
Arte del sentimiento, arte formada
de notas, ruisenores invisibles
cuyo precioso nido son las almas.

POESÍA.

«Es el limpio fanal del universo;»
«el lenguaje sublime de las hadas;»
«el alma de infinitas religiones;»
la música del beso regalada;
el mundo del amor y del espíritu;
la rota almena; el opulento alcázar;
la luz del rayo; el grito de los mares;

el inmenso rumor de las batallas;
el color y el perfume de las rosas;
la historia de los pueblos; la mirada
de unos hermosos ojos; el espacio;
el cielo; el campo; el mar; la flor; el aura.

ANDALUCÍA.

Cielo brillante; fuentes rumorosas;
ojos negros; cantores y verbenas,
aromas de jazmines y azucenas;
rostros tostados; perfumadas rosas.

Bellas noches de amor esplendorosas;
mares de plata y luz; brisas serenas;
rejas de nardos y claveles llenas;
serenatas; mujeres deliciosas.

Cancelas; orientales miradores;
la guitarra y su triste melodía;
pátios; mantillas; huertas; ruisenores;
rica y deslumbradora poesía...

Hé aquí el pueblo del sol y los amores;
la mañana del mundo: ¡Andalucía!
MANUEL REINA.

CUENTO DE VIEJAS. (1)

A MI QUERIDO AMIGO EL ILUSTRADO DOCTOR
DON PEDRO GALLARDO.

Quando yo era pequeño, ¿quién no lo ha sido?—
y tenía una abuela que ya he perdido,
me contaba al dormirme más de una historia
que aun guardo en los rincones de mi memoria.
Una noche de invierno fría y oscura
en que el viento silbaba por la llanura
y cayendo en torrentes y anchos raudales
resbalaba la lluvia por los cristales,
sentada junto al fuego la pobre vieja
refería en voz baja dulce conseja,
y—escucha—murmuraba su voz divina—
cómo nació en el mundo la medicina.

«Una noche muy mala, noche de cuento,
en que como ahora silba silbaba el viento
y cayendo en torrentes y anchos raudales
resbalaba la lluvia por los cristales,
en humilde cabaña y humilde lecho,
estrechando convulsa contra su pecho
el exánime y débil cuerpo de un niño,
objeto delicado de su cariño,
una madre lloraba porque tenía
tan enfermo á su hijo que se moría!
Cubierto su semblante de triste llanto,
con la voz embargada de llorar tanto,
movía lentamente sus grandes ojos
al pié del duro lecho, puesta de hinojos.
De su dicha pasada, de su cariño
fué prenda encantadora siempre aquel niño;
encanto en que cifraba sus alegrías;
estrella de sus noches, sol de sus días.
¡Y el niño se moría!... Ya era su acento
blanda queja del aura, ténue lamento,
de dolorosa angustia voz de agonía,
con la cual de su madre se despedía.
Y es que en aquellos tiempos, rudos, fatales
no existía remedio para los males.
De pronto aquella madre desconsolada
abarcó todo el cielo con su mirada,
y con acento lleno de fé sencilla
dijo corriendo el llanto por su mejilla:
—Dios bondadoso y fuerte, mi voz te implora;
escucha á esta apenada madre que llora.
Si te llevas al hijo que quiero tanto,
¿qué haré en el mundo sola con mi quebranto?
Oyó Dios el acento triste, afligido,
y de tanta desgracia compadecido,
—Baja, le dijo á un ángel, baja á la esfera
y dá paz á esa madre que desespera.—
Batió entónces el ángel sus alas de oro
y dejando el brillante celeste coro,
entróse en la cabaña; con embeleso
depositó en la boca del niño un beso,
y al ceder de improviso la calentura
alzó el niño la frente límpida y pura;
y abrazando á su madre, que de alegría
tan pronto sollozaba como reía,
con voz que presagiaba dichas y bienes
le preguntó riendo: —Madre, ¿qué tienes?—
Y le abrazó su madre con ansia loca
uniendo á la del niño su dulce boca.
Y dijo Dios al ángel:—Vive en la tierra
donde el mal y la muerte te harán la guerra.
No dejes de estar nunca cerca del hombre:
repite á sus oídos mi santo nombre
y mantén los recuerdos en su memoria
de mi bondad, inmensa como mi gloria.
Sé su sostén, su amparo; sé su consuelo
y dile cuando muera dónde está el cielo.
Las lágrimas que robes á su quebranto
salpicarán de perlas tú hermoso manto;
y el ángel que sumiso su voz oía
vive junto á nosotros desde aquel día.»

Al llegar á este punto de su conseja
lloraba de entusiasmo la pobre vieja;
y—ahí tienes, terminaba su voz divina,
cómo nació en el mundo la medicina.—
EUGENIO DE OLAVARRÍA Y HUARTE.

(1) Esta poesía fué escrita para la solemnidad organizada en Toledo por los médicos de la beneficencia, en honor del eminente doctor Sr. Sanchez de Toca.

ANUNCIOS.

Les annonces étrangères sont reçues à Paris, Agence Havas, 8 Place de la Bourse et à Madrid Agence Havas-Fabra, calle de la Bolsa, 12.—Ces agences ont la regie exclusive des dites annonces.

GUERLAIN DE PARIS

15, Rue de la Paix—ARTÍCULOS RECOMENDADOS

HOTEL SAN GEORGES Y DE AMÉRICA
Paris, 10, Rue St. Georges
Cerca de la nueva ópera y de los Boulevares.
BERNARDO FERRAS, PROPIETARIO.
Mesa redonda y á la carta. Cocina española y francesa.
Esta casa se recomienda por sus precios módicos y esmerado servicio.

CASA GENERAL DE TRASPORTES
DE
JULIAN MORENO
CONTRATISTA DE LOS FERRO-CARRILES
DE MADRID Á ZARAGOZA Y ALICANTE,
Y
UNICO CONSIGNATARIO DE LOS VAPORES-CORREOS DE

A. LOPEZ Y COMP.ª
MADRID.—ALCALÁ, 28.
PALACIOS Y GOYOAGA
SASTRES.
3. PUERTA DEL SOL PRAL. 3.



VAPORES-CORREOS TRASATLÁNTICOS DE A. LOPEZ Y COMPAÑIA.

NUEVO SERVICIO PARA EL AÑO 1880.

PARA PUERTO-RICO Y HABANA.

Salen de Cádiz los días 10 y 30 de cada mes, y de Santander y Coruña los días 20 y 21 respectivamente, admitiendo pasajeros y carga. Se expenden tambien billetes directos vía de Cádiz, para

SANTIAGO DE CUBA, GIBARA Y NUEVITAS,

con trasbordo en Puerto-Rico á otro vapor de la empresa, ó con trasbordo en la Habana, si se desea.

Rebajas á las familias, y en el precio de las literas retenidas por los pasajeros, para su mayor comodidad, además de las que ocupen.

Más informes en Cádiz, A. Lopez y compañía.—Barcelona, D. Ripoll compañía.—Coruña, E. da Guarda.—Valencia, Dart y compañía.—Málaga, Luis Duarte.—Sevilla, Julian Gomez.—Madrid, Moreno y Caja, Alcalá, 28.

CÁPSULAS y GRAGEAS
De Bromuro de Alcanfor
del Doctor CLIN
Laureado de la Facultad de Medicina de Paris. — PREMIO MONTYON.
Las Cápsulas y las Grageas del Dr. Clin se emplean con el mayor éxito en las Enfermedades Nerviosas y del Cerebro, las Afecciones del Corazon y de las Vías respiratorias y en los casos siguientes: Asma, Insomnio, Tos nerviosa, Espasmos, Palpitaciones, Coqueluche, Epilepsia, Histerico, Convulsiones, Vertigos, Vahidos, Alucinaciones, Jaquecas, Enfermedades de la Vejiga y de las Vías urinarias, y para calmar las excitaciones de todas clases.
— Desconfiar de las falsificaciones y exigir como garantia en cada frasco la Marca de Fábrica (depositada) con la firma de CLIN y C.ª y la MEDALLA del PREMIO MONTYON.

GRAGEAS, ELIXIR y JARABE
DE
Hierro del Dr Rabuteau
Laureado del Instituto de Francia.
Los numerosos estudios hechos por los sabios mas distinguidos de nuestra época, han demostrado que las Preparaciones de Hierro del Dr Rabuteau son superiores á todos los demas Ferruginosos en los casos de Clorosis, Anemia, Palidez, Pérdidas, Debilidad, Estenuacion, Convalecencia, Debilidad de los Niños, y las enfermedades causadas por el Empobrecimiento y la alteracion de la Sangre a consecuencia de las fatigas y excesos de todas clases.
LAS GRAGEAS DE HIERRO RABUTEAU no ennegrecen los dientes y las digieren los estómagos mas débiles sin la menor molestia: se toman dos grageas por la mañana y dos por la tarde antes de cada comida.
EL ELIXIR DE HIERRO RABUTEAU está recomendado á las personas cuyas fuerzas digestivas estan debilitadas: una copa de licor mañana y tarde despues de cada comida.
JARABE DE HIERRO RABUTEAU especialmente destinado á los niños.
El tratamiento ferruginoso por las Grageas Rabuteau es muy económico.
ACOMPANA A CADA FRASCO UNA INSTRUCCION DETALLADA.
Desconfiar de las falsificaciones y sobre cada frasco exigir como garantia la Marca de Fábrica (depositada) con la firma CLIN y C.ª y la Medalla del PREMIO MONTYON.
El Hierro Rabuteau se vende en las principales Droguerías y Farmacias.

NOTICE.

Advertisers and subscribers are requested to apply to our sole Agent in the United Kingdom Mr. P. Sando, 18 Anley Road, West Kensington Park W., of Whom may be had full particulars.

CÁPSULAS MATHEY-CAYLUS
Preparadas por el Doctor CLIN. — PREMIO MONTYON.
Las Cápsulas Mathey-Caylus, con tenue envoltura de Gluten, no fatigan el estómago y estan recomendadas por los Profesores de la Facultad de Medicina y los Médicos de los Hospitales de Paris, para curar rápidamente las Pérdidas antiguas ó recientes, la Gonorrea, la Blenorragia, la Cistitis del Cuello, el Catarro y las Enfermedades de la Vejiga y de los Organos genito-urinarios.
DEBEN TOMARSE DE 9 A 12 CÁPSULAS AL DIA.
Acompaña á cada frasco una instruccion detallada.
Las Verdaderas Cápsulas Mathey-Caylus se encuentran en las principales Droguerías y Farmacias, pero debe desconfiarse de las falsificaciones y exigirse en cada frasco la Marca de Fábrica (depositada) con la firma CLIN y C.ª y la Medalla del PREMIO MONTYON.

Agua de Colonia imperial.—Sapoceti, jabon de tocador.—Crema jabonina (Ambrosial Cream para la barba.—Crema de Fresas para suavizar el cutis.—Polvos de Cypris para blanquear el cutis.—Stilboide cristalizado para los cabellos y la barba.—Agua Ateniese y agua Lustral para perfumar y limpiar la cabeza.—Pao Rosa.—Bouquet María Cristina.—Ramillete de Cintra.—Ramillete de la condesa de Edia.—Heliotropo blanco.—Exposicion de Paris.—Ramillete Imperial Ruso.—Perfume de Francia, para el pañuelo.—Bouquet Imperial del Brasil.—Agua de S. M. el rey Don Fernando.—Agua de Cidra y agua de Chipre para el tocador.—Alcoolat de Achicoria, para la boca.

VENDAJE ELECTRO MEDICAL

INVENCION CON PRIVILEGIO DE 15 AÑOS, s. g. d. g.

de los Hermanos MARIE, Médicos-Inventores, para la cura radical de las Hernias mas ó menos caracterizadas.—Hasta el dia, los vendajes no han sido mas que simples aparatos para contener las hernias. Los Hermanos MARIE han resuelto el problema de contener y curar por medio del VENDAJE ELECTRO-MEDICAL, que contrae los nervios, los fortifica sin sacudidas ni dolores y asegura la cura radical en poco tiempo.—GABINETE: rue de l'Arbre-Sec, 46, PARIS.
Vendaje sencillo: 25 fr.—Indicar el costado.—Exigir la firma del inventor.

BANCO DE ESPAÑA.

Vacantes cuatro plazas de escribientes en las sucursales de este Establecimiento en Málaga, Oviedo, Tarragona y Pamplona, con el sueldo anual de 1.250 pesetas respectivamente, pueden solicitarlas los aspirantes aprobados para ingresar al servicio del Banco, presentando sus solicitudes en esta secretaría dentro del plazo de diez dias, á contar desde el de la insercion de este anuncio en la Gaceta de Madrid; advirtiendo que el órden de numeracion que haya correspondido á cada interesado en los últimos ejercicios practicados determina la preferencia para el nombramiento, el cual no será definitivo sino despues de haber dado el elegido pruebas positivas de su aptitud durante un periodo de tres meses, en que será destinado á trabajar en las oficinas de dicha sucursal, segun lo prescrito en el artículo 170 del reglamento.
Madrid 13 de Octubre de 1880.—El secretario, Manuel Ciudad.

BANCO HISPANO-COLONIAL.

Celebrado en este dia, con asistencia del notario D. Luis Gonzaga Soler y Plá, el sorteo de amortizacion de 4.500 billetes hipotecarios del Tesoro de la isla de Cuba, segun lo dispuesto en el art. 7.º del real decreto de 12 de Junio último, han resultado favorecidas las bolas números 79, 362, 571, 545, 857 y 86.
En su consecuencia quedan amortizados en el primer millar los números 79, 362, 571, 545, 857 y 86.
En el segundo millar los números 1.079, 1.362, 1.571, 1.545, 1.857 y 1.086.

Y así correlativamente en los restantes millares de los 750 de la emision.

Lo que en cumplimiento de lo dispuesto en el referido real decreto se hace público para conocimiento de los interesados, que podrán presentarse desde el dia 20 del actual á percibir las 500 pesetas, importe del valor nominal de cada uno de los billetes amortizados, presentando las carpetas provisionales y suscribiendo las facturas, que se facilitarán en las oficinas del Banco, Ancha, 3, Barcelona; en Madrid en el Banco Hipotecario de España, y en las provincias en casa de los corresponsales designados en cada plaza.

Barcelona 15 de Octubre de 1880.—El gerente, P. de Sotolongo.

OBRAS NUEVAS.

UN VIAJE A PARIS POR EMILIO Castelar, seguido de un guía descriptivo de París y sus cercanías, por L. Taboada.

Si París no es ya para muchos el cerebro del mundo civilizado, es sin duda para todos el corazon que regula y difunde el movimiento de las ideas. Por esto conviene siempre conocer ese foco donde se concentra é irradia á la vez toda la vida de nuestro siglo. Y este libro presenta la gran ciudad en una de las crisis más trascendentales de su dramática historia; el periodo en que se estableció por tercera vez la República, está

iluminado, más que descrito, por un pincel inimitable: la pluma de Castelar.

Parecíamos que completaría el conocimiento de ese fecundo escenario un guía de París y sus cercanías, cuyo mérito consiste principalmente en la abundancia de útiles noticias y en el método y la claridad de su exposicion. Con él son, en verdad, innecesarios los servicios de modestos y costosos tutores. Los suple sobradamente un precioso plano de París y los del Louvre, sin cuyo auxilio no podrán recorrerse aquellas vastas y ricas galerías.

Todo está contenido en un tomo manuable de unas 600 páginas, de letra compacta, que se vende á reales..... 20

TEATRO NUEVO, POR JOSÉ ROMAN Leal.—Con este título ha escrito el Sr. Leal un libro de tanta novedad como interés. Es un estudio de Filosofía y Estética aplicada al arte poético y determinadamente á la dramaturgia. Le sirven de motivo las obras de D. José Echegaray. Intercala en el centro los juicios críticos ya publicados separadamente, de *Olocura ó santidad* y *En el seno de la muerte*. Se divide este notable trabajo en cuatro secciones por capítulos. La primera, precedida de una introduccion interesante por los recuerdos de historia contemporánea que contiene, consta de ocho capítulos escritos con mucho vigor de estilo. En ellos plantea y desarrolla el autor su pensamiento sobre las condiciones que, con arreglo á las ciencias y sus grandes adelantos, debe tener el arte moderno, y deduce que es una necesidad de los tiempos dar forma amplia y grandiosa al Drama social con sentido moral y antropológico, y acometer con audacia y resolucion el problema de la Finalidad, que dice es immanente. Siguen á esta seccion los dos juicios críticos expresados, y termina el libro con otra seccion cuarta, donde aborda los problemas del principio moral y de la vida en relacion con el Universo por corrientes de ideas y de sensaciones, estableciendo, por último, las leyes fundamentales del criterio. Ofrece seguramente este libro tanta novedad en los pensamientos como en la forma de exponerlos. Precio del tomo, de 350 páginas, edicion de lujo, reales.... 20

GOTTSCHALCK, POR LUIS RIGARDO Fors, miembro del Liceo y Conservatorio de Música de Barcelona, del Ateneo de Madrid y de otras corporaciones científicas y artísticas, nacionales y extranjeras. Obra escrita expresamente para LA PROPAGANDA LITERARIA. Está impresa con todo lujo, en un tomo de 400 páginas, adornada con un magnífico retrato del celebrado pianista y una vieta de la tumba en que descansa, abiertos en acero por uno de los mejores artistas de Nueva-York. Está además enriquecida con un fragmento de música, autógrafa é inédita, del célebre artista. El autor de esta obra, tan competente en el arte musical como apreciado del público, ha escrito una interesante y minuciosa biografía del eminente artista, con quien vivió largo tiempo en Sur-América: á esta

biografía, formada con datos auténticos, irá unida la historia anecdótica de gran parte de las composiciones de GOTTSCHALCK, reveladas muchas de ellas en momentos de confianza por el propio artista. La circunstancia de que el autor de esta obra conoció íntimamente á GOTTSCHALCK, facilita la publicacion de los interesantes detalles de su muerte y de infinitos actos de la vida íntima del inspirado músico, cuya existencia fué una serie no interrumpida de accidentes á cual más dramáticos é interesantes.

Puede asegurarse que el libro del Sr. Fors sobre GOTTSCHALCK, es una obra que buscan con avidez y leen con placer los numerosos amigos del gran artista norte-americano y los entusiastas admiradores de su potente genio y vastísimo talento. Reales.. 30.

Los pedidos de cualquiera de estas obras se harán á la sucursal en Madrid de LA PROPAGANDA LITERARIA, calle de Leon, 12, principal, acompañando su importe en libranzas del Giro Mútuo ó sellos de correos.

LA AMERICA

Año XXI

LA REVISTA UNIVERSAL consta de 8 páginas (4 pliegos marca española) y hace tres grandes ediciones: una para España y el extranjero, esto es, toda Europa y Filipinas.

Otra que vá directamente desde Cádiz á Canarias, Puerto-Rico, Cuba, Santo Domingo, Haití, Jamáica y demás posesiones extranjeras en Ultramar.

Agente general en la Isla de Cuba el Sr. D. Alejandro Chao, director del acreditado establecimiento LA PROPAGANDA LITERARIA.

Este periódico quincenal, redactado por los primeros escritores de Europa y América, y muy parecido por su índole é importancia á la REVISTA DE AMBOS MUNDOS, se ha publicado sin interrupcion durante diez y nueve años. En él han visto la luz más de ocho mil artículos, todos originales y escritos expresamente por sus numerosos colaboradores, lo que puede justificarse consultando el índice que figura al fin de cada tomo. Para comprender toda su importancia, bastará decir que el Gobierno español, años hace, lo ha recomendado de real órden á los capitanes generales y gobernadores de la Isla de Cuba, Puerto-Rico y Filipinas; así es que nuestra REVISTA UNIVERSAL cuenta en dichos países con numerosos suscritores, como en toda la América, España, Francia, Inglaterra y el resto de Europa. El número de nuestros comisionados ó corresponsales excede de 400.

Bastan, pues, estas indicaciones para comprender las ventajas que ofrece un periódico tan antiguo y acreditado á los que acierten á escogerle como medio de publicidad.

Precio de suscripcion en España, 24 rs. trimestre.

En el Extranjero 40 francos.

En Ultramar, 12 pesos fuertes.

Precio de los anuncios, 4 reales línea.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE LOS SEÑORES M. P. MONTYA Y C.ª Caños, 1.